

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

POSGRADO EN LINGÜÍSTICA

**LA IRONÍA COMO RECURSO DE LA SÁTIRA POLÍTICA EN *BAOL*
DE STEFANO BENNI: UN ENFOQUE BASADO EN LA TEORÍA DE
LA RELEVANCIA.**

**TESIS
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRA EN LINGÜÍSTICA APLICADA**

**PRESENTA
SABINA LONGHITANO**

México, D.F.

2003

ÍNDICE

Introducción.	5
Capítulo 1. La Teoría de la Relevancia. Nociones generales.	11
1.1 Introducción.	11
1.2 La pragmática griceana.	12
1.3 La Teoría de la Relevancia.	15
1.3.1 El papel de la inferencia.	15
1.3.2 El contexto de interpretación y lo mutuamente manifiesto.	20
1.3.3 El concepto de relevancia.	22
1.3.4 El proceso de interpretación.	28
1.3.5 El debate en torno a la arquitectura de la mente: implicaciones para el estudio de la comunicación verbal.	34
1.3.6 Las habilidades pragmáticas en la estructura de la mente.	35
1.3.7 Estrategias de interpretación.	42
1.3.8 Mecanismos de significación: el concepto de semejanza interpretativa.	44
Capítulo 2. El lenguaje figurado.	47
2.1 Introducción.	47
2.2 La retórica clásica.	50
2.3 Problemas de la retórica clásica.	61
2.4 Los románticos y los neorománticos.	64
2.5 El estructuralismo y la neoretórica.	66

2.6 El enfoque griceano.	68
2.7 El lenguaje figurado como un caso de uso interpretativo: el enfoque de la Teoría de la Relevancia.	69
2.8 La ironía en la perspectiva de la TdR.	77
Anexo al Capítulo 2. Los tropos.	91
Capítulo 3. La interpretación literaria: una perspectiva cognoscitiva.	90
3.1 Introducción.	90
3.2 El texto.	91
3.3 Observaciones preliminares sobre la interpretación de textos escritos.	93
3.4 El contexto de interpretación de un texto escrito.	95
3.5 Estrategias de interpretación: interpretaciones espontáneas <i>versus</i> interpretaciones literarias. La interpretación literaria como explicación causal de procesos cognoscitivos.	96
3.6 El carácter gradual de lo literario.	101
Capítulo 4. El humor verbal en la perspectiva de la TdR.	107
4.1 Introducción.	107
4.2 Unas observaciones sobre el proceso de interpretación	108
4.3 El papel de la incongruencia en la interpretación humorística.	110
4.4 El humor verbal como expresión de actitud.	113
Capítulo 5. Análisis del primer párrafo de Stefano Benni (1990), <u>Baol. Una tranquilla notte di regime (Baol. Una tranquilla noche de regimen).</u>	126
5.1 Introducción.	121

5.2 Análisis del texto.	127
Conclusiones	146
Bibliografía	151

Introducción

El objetivo de esta tesis es proponer un análisis de la ironía basado en la Teoría de la Relevancia (Sperber y Wilson:1986/1995), para examinar su empleo como un recurso que permite la crítica político-social a través de la sátira en una novela italiana escrita al principio de los años noventa del siglo pasado: *Baol*, del escritor italiano contemporáneo Stefano Benni. Además, tratándose de ironía cómica, abordaré un análisis del humor verbal basado en el mismo marco teórico, el de la Teoría de la Relevancia, para definir rasgos pertinentes que se utilizarán finalmente para analizar el texto.

En el primer capítulo presento las nociones básicas de la Teoría de la Relevancia (de ahora en adelante TdR) como teoría cognitiva sobre la comunicación humana.

En el segundo, parto de la definición clásica del lenguaje figurado y de la ironía como parte de ello para exponer la propuesta de Sperber y Wilson (1981; 1986), quienes argumentan que no existe una diferencia de tipo cognitivo y de procesamiento entre lenguaje literal y lenguaje figurado, introduciendo la noción de uso interpretativo para explicar la variedad de las relaciones de un enunciado con la representación que representa. En la última parte del segundo capítulo, presento la caracterización de la ironía como una variedad de uso ecóico (Sperber y Wilson:1981; 1986; Wilson y Sperber:1992).

El tercer capítulo aborda el tema de la interpretación literaria desde una perspectiva cognitiva: hago observaciones sobre la interpretación de textos escritos con relación a la interpretación del discurso oral, considerando el texto como una evidencia de las intenciones comunicativas de su autor y los efectos poéticos como uno de los rasgos que definen la literariedad de un texto.

En el cuarto capítulo expongo una teoría del humor verbal basada en la TdR, que considera este fenómeno en términos de mecanismos de procesamiento de un cierto tipo de incongruencia, que lleva a la metarrepresentación de la actitud del comunicador.

Finalmente, en el quinto capítulo, analizo el primer párrafo de una novela titulada *Baol* del escritor italiano contemporáneo Stefano Benni, a la luz de la teoría presentada, tratando de aplicar, operacionalizándolos, los criterios establecidos en los capítulos precedentes.

Se trata de un texto cómico de ficción, con una función de sátira política, considerando la palabra “política” en su acepción más amplia, para incluir lo que generalmente se puede definir como social en general. Una actitud satírica usa la ironía para criticar, ridiculizándolos, a ciertos tipos de personas o de sociedad desde un punto de vista ético. *Baol* es una novela de ficción, sin embargo hace referencia a la realidad política, social y cultural de la Italia de los años noventa del siglo pasado, además de contener elementos de sátira que se pueden referir a cualquier sociedad occidental moderna.

Estamos frente a un texto literario, que se relaciona con rasgos de un género típicamente retórico como es la sátira, donde la ironía es usada básicamente como una forma de persuasión para tratar de cambiar el punto de vista del lector o, por lo menos, de manipular sus representaciones mentales sobre un tema público, político o social. El elemento cómico aligera el tono del discurso y se suma a la ironía, amplificándola.

Dado que los análisis tradicionales de este tipo de fenómeno se ubican en la estilística, la retórica y la crítica literaria, la aportación fundamental de este trabajo es tratar de integrar una dimensión pragmático-cognitiva a estos enfoques, mediante la adaptación del marco general de la TdR como teoría sobre la comunicación ostensiva humana¹.

El debate sobre la naturaleza y la función de la ironía se ha desarrollado en el campo de los estudios literarios y estilísticos y en el de la lingüística, más específicamente en el campo de la pragmática. Tradicionalmente, en la filosofía del lenguaje y en los estudios literarios, la ironía ha sido considerada

¹ El lenguaje es un típico ejemplo de comunicación ostensiva, ya que al usarlo, un hablante comunica también su intención clara y abierta de comunicar algo: no puede ser accidental como, por ejemplo, un gesto.

como un tropo o figura retórica en la que se comunica una proposición determinada, que podría haber sido expresada literalmente, y que generalmente significa lo opuesto de lo que dice explícitamente: se considera que el lenguaje figurado tiene un sentido literal escondido debajo de un sentido figurado, y que la comprensión de su significado pasa a través del rescate de este supuesto sentido literal.

La tajante división aristotélica entre forma y contenido, que está en la base de la filosofía del lenguaje tradicional, y consecuentemente de la retórica clásica y de cierta crítica literaria, se retoma, en la pragmática griceana, como postulación de dos mecanismos diferentes de procesamiento del lenguaje, uno que rescata el contenido explícito (“*what is said*”, en términos griceanos), basándose en la descodificación y la aplicación del Principio de Cooperación y de las cuatro Máximas Conversacionales, el otro, sucesivo en el tiempo, que rescata el contenido implícito (“*what is meant*”) por medio de inferencias. En el caso del lenguaje figurado y de la ironía (que Grice y los griceanos consideran clásicamente como un tropo), el reconocimiento de una violación patente de alguna máxima es lo que desencadena procesos inferenciales para restaurar el Principio de Cooperación en algún nivel: el resultado es la reducción del lenguaje figurado a un solo sentido, el literal.

Por su parte, la crítica romántica, reaccionando contra este enfoque, había declarado que el valor del lenguaje figurado, del lenguaje poético en general, es exactamente su inefabilidad, es decir, la imposibilidad de reducirlo al lenguaje literal sin que pierda irremediablemente su esencia.

En años recientes la TdR, que se coloca en el campo de la pragmática cognitiva, le ha reconocido a estos fenómenos expresivos un papel cognitivo y no puramente ornamental adicional de un supuesto “lenguaje literal”. Sperber y Wilson consideran que no existe una categoría natural correspondiente al lenguaje figurado y que éste no es una desviación, sino un mecanismo expresivo más, indispensable y fundamental del lenguaje, que contribuye a la estructuración de la realidad mental y del conocimiento

humano. En esta perspectiva, el lenguaje literal es sólo un extremo de un *continuum*, cuyo procesamiento está regido por un solo principio, el de Relevancia.

La abolición de la frontera entre el habla literal y el lenguaje figurado, o sea la superación de la dicotomía aristotélica entre forma y contenido para abogar por un único mecanismo de procesamiento del lenguaje, es un gran logro de la TdR y uno de los pilares de esta tesis.

En la TdR, la ironía no se concibe como un fenómeno del lenguaje figurado, sino que se le caracteriza de manera tal que resulta semejante al discurso referido, con la expresión de una actitud de disociación hacia lo que se está refiriendo indirectamente. Me parece que esta caracterización de la ironía resuelve muchos problemas de los enfoques precedentes, abriendo el campo para un nuevo análisis de este fenómeno expresivo tan importante en la comunicación humana.

Un análisis textual basado en la TdR da la posibilidad de tomar en cuenta, por un lado, la expresión de la intención comunicativa del autor y, por el otro, el proceso de recuperación de esta intención y de disfrute de la ironía por parte del lector. En la perspectiva de la TdR, la ironía es un caso específico de uso interpretativo² ecóico (Wilson y Sperber:1992), es decir, la interpretación de un discurso atribuible a alguien diferente del hablante al momento de la enunciación, implícita (o sea: no es atribuida explícitamente), y acompañada por una actitud implícita de disociación.

Una aportación que esta tesis pretende hacer es anclar el análisis estilístico a principios cognitivos: el nivel cognitivo y el estilístico están ordenados según una jerarquía precisa, ya que los procesos pragmáticos responden a reglas cognitivas generales, la calidad del texto a reglas culturales e

² Un punto fundamental de la TdR, en su análisis pragmático del lenguaje, es la diferenciación entre función descriptiva y función interpretativa, basada en la división, hecha en filosofía del lenguaje, entre uso y mención. Un enunciado puede representar cualquier representación que se le parezca en contenido, ya sea en términos de condiciones de verdad, y en este caso hablamos de descripción, ya sea en virtud de semejanza. Un enunciado entonces representa descriptivamente el estado de condiciones que lo harían verdadero en términos de condiciones de verdad, e interpretativamente una representación que se le parece en contenido. En el primer caso, se utiliza en virtud de sus condiciones de verdad para describir algo en el mundo, en el segundo, en virtud de su semejanza con algún otro enunciado. Si comunicar es manipular metarrepresentaciones, la intención informativa (descriptiva), es sólo una de las funciones de la comunicación; la posibilidad de usar cualquier expresión interpretativamente permite la expresión de otras intenciones y actitudes sobre lo que se está comunicando.

idiosincrásicas específicas, ligadas a la sociedad, al género literario y a las decisiones estilísticas del autor. El análisis estilístico tiene que estar basado sobre una explicación más general de los procesos pragmáticos para tener sentido.

Desde el punto de vista estilístico, trataré de aislar los mecanismos estilísticos y retóricos utilizados por el autor para amplificar las cualidades expresivas, estéticas del texto, haciéndolo más agradable, como algo que transmite efectos poéticos adicionales, que da al lector la posibilidad de disfrutar de un conjunto más amplio y matizado de implicaturas débiles típicas de los textos con calidad literaria, aunque estas implicaturas no sean cualitativamente diferentes de las que se pueden derivar en la comunicación hablada cotidiana, que funciona esencialmente de la misma forma.

Esto no significa que un mecanismo estilístico pueda *per se* codificar la ironía, o ser específico del tono irónico: sin embargo, hay ciertos rasgos retóricos y estilísticos que funcionan mejor que otros, o que son más utilizados que otros en el discurso irónico, por el tipo de inferencias débiles que se pueden derivar gracias a sus cualidades expresivas y connotativas. Dentro de este enfoque, el estilo se considera como algo gradual, relacionado con la finalidad del texto.

El texto que analizo es también un texto cómico, donde la comicidad es un recurso que se suma a la ironía amplificándola. Esta definición, basada en el sentido común de cualquier lector, se toma como punto de partida para presentar un análisis del humor verbal enfocado en la TdR.

En una perspectiva cognitiva, el humor, como la ironía, no es una propiedad del texto sino deriva de ciertos mecanismos de procesamiento: lo que es necesario estudiar son los procesos mentales a través de los cuales un receptor recupera la intención humorística de un comunicador. También el humor verbal tiene que ver con la expresión implícita de actitud. Sin embargo, en el humor verbal operan mecanismos más específicos ligados a repentinos cambios de prominencia entre supuestos contextuales, guiados por un cierto tipo de procesamiento de la incongruencia. Además, en el caso del humor verbal la disociación

es más implícita y la actitud de quien comunica es ligera y desenfadada, lo que no siempre es el caso de la ironía.

El análisis del texto nos puede dar indicaciones sobre cómo se relaciona el discurso irónico con el discurso cómico, de qué forma la expresión del humor verbal interactúa con la actitud irónica, a la luz de la intención comunicativa del autor, que es la de hacer sátira político-social.

CAPÍTULO 1. LA TEORÍA DE LA RELEVANCIA. NOCIONES GENERALES.

1.1. Introducción.

Explicar cómo acontece la comunicación verbal entre los seres humanos es el problema central para una teoría pragmática. Según el modelo de explicación clásico, o modelo del código, quien comunica codifica su mensaje en una señal que puede ser descodificada automáticamente por quien escucha, en virtud de poseer una copia idéntica del código utilizado por el comunicador mismo.

Sin embargo, este modelo ni explica la variedad y diversidad de las posibles interpretaciones de una oración, ni el hecho de que muchas veces nos comuniquemos por medio de oraciones no gramaticales o incompletas, y por qué la comunicación en general no se afecta cuando se cometen *lapsus linguae*. Este enfoque tampoco explica el funcionamiento de los malentendidos, ni la posibilidad de que diferentes sujetos tengan interpretaciones diferentes de un mismo enunciado, así como no explica el papel del contexto. Además, no nos dice nada sobre por qué un comunicador escoge una determinada formulación de su pensamiento -o sea sobre el estilo de la comunicación verbal- ni sobre fenómenos tan comunes como el lenguaje figurado o la ironía³. El enfoque clásico considera que el lenguaje verbal es la expresión literal del pensamiento, igual para todos los que comparten el código lingüístico utilizado, como un canal que lleva el pensamiento de un hablante al de otro de forma automática, mecánica, y, sobre todo, idéntica.

³ Estos argumentos son los que utilizan Sperber y Wilson (1986-1995).

Sin embargo, la comunicación verbal es un hecho mucho más complejo: ni los pensamientos de un hablante al enunciarlos, ni los de un receptor al tratar de reconstruir el significado del hablante, se pueden reproducir de forma exacta. La comunicación no emplea sólo un código: la descodificación lingüística es sólo un punto de partida para la comprensión, y no es suficiente para rescatar el significado total de un hablante (H). El H ofrece la evidencia de su intención de comunicar un determinado significado a una oyente (O)⁴, quien necesita inferir su significado a partir de la evidencia ofrecida. Un enunciado es una evidencia, lingüísticamente codificada, de la voluntad de un H de comunicar ciertas intenciones. La comprensión del lenguaje verbal tiene entonces un elemento de descodificación; sin embargo, el significado producido por la descodificación necesita ser enriquecido por medio de procesos inferenciales para llegar a la interpretación del significado del H. En otras palabras, y como lo mostraremos más adelante, el sistema lingüístico subdetermina siempre, y a cualquier nivel (Carston, 2002b), el significado comunicado.

1.2 La pragmática griceana.

La Teoría de la Relevancia parte de la pragmática inferencial de Grice, quien marcó un cambio tan importante en el estudio de los fenómenos de la comunicación verbal, que se le considera el iniciador de la pragmática moderna. Grice fue el primero en concebir el significado como la intención por parte de un H de producir algún efecto en su(s) O(s) a través del reconocimiento de esa intención. En consecuencia, la interpretación es concebida, en su enfoque, como un proceso de construcción de hipótesis sobre el significado que un H pretende transmitir (SW 1995).

Según Grice, la comunicación verbal es un acto cooperativo, es decir, implica un esfuerzo común de H y O para conseguir un objetivo: él de una comunicación exitosa. Desde su perspectiva, un H racional, al comunicar, obedece naturalmente a un Principio de Cooperación (PC), que establece que la contribución

⁴ Por convención y equilibrio se supone un H de sexo masculino y una O de sexo femenino.

del H a la conversación sea la requerida por el propósito o la dirección del intercambio comunicativo en que el H esté involucrado en ese momento. Tal principio general se desglosa en cuatro Máximas Conversacionales formuladas de manera prescriptiva como imperativos, a las cuales el H necesita obedecer en algún nivel para tener una comunicación exitosa, aunque, como veremos, su violación sea posible y de lugar a procesos inferenciales más complejos y conscientes.

La primera Máxima es la de Cantidad, que prescribe al comunicador no proporcionar ni más ni menos información de la requerida por los objetivos y la situación comunicativa. La segunda Máxima, la de Calidad, pide al comunicador abstenerse de ofrecer información que él sabe falsa, o para afirmar algo de lo cual no tiene la evidencia suficiente. La tercera es la Máxima de Relación y prescribe que la información sea relevante: esta máxima, mucho más compleja que las otras, será, vista desde una perspectiva cognitiva y no prescriptiva, una de las bases para el desarrollo de la Teoría de la Relevancia (Sperber y Wilson:1986,1995). La última Máxima la de Manera, se refiere a la claridad, secuencialidad, no ambigüedad, no prolijidad y al orden de la información.

Muchas veces el H decide violar de forma patente una máxima a favor de otra u otras para alcanzar el objetivo global de lograr comunicar; al reconocer la violación, las expectativas de la O la llevarán a reconciliar el comportamiento comunicativo del H, con la suposición de que está siendo cooperativo, y tratará de interpretar sus palabras más allá de su significado literal. Por ejemplo, en los usos figurados o no literales del lenguaje como son la metáfora y la ironía, el H viola la Máxima de Calidad, y una O necesita reconocer su intención comunicativa para inferir el “sentido figurado” de la expresión, tal y como se expone más detalladamente en el Capítulo 2.

Grice fue el primero en reconocer que la comunicación no depende únicamente del código lingüístico sino también de procesos inferenciales, los cuales no son estrictamente lógicos sino solamente probables. Él mismo distinguió entre comunicación explícita e implícita. El contenido explícito de un enunciado,

definido por Grice como “lo que se dice” (*what is said*), es la proposición expresada explícitamente por el puro significado lingüístico y literal del enunciado y es evaluable en términos de condiciones de verdad. En el contenido implícito, que es, según Grice, “lo que se comunica” (*what is meant*), se distingue entre implicaturas convencionales y no convencionales (Grice:1975).

Las implicaturas convencionales son contenido implícito que se deriva directamente de los significados de las palabras y no de factores contextuales⁵. Este tipo de implicatura, aunque no tenga una semántica de condiciones de verdad, no es cancelable y está ligada al significado léxico. A Grice no le interesa particularmente este fenómeno como objeto de estudio de la pragmática.

Las implicaturas no convencionales son, en cambio, unos supuestos comunicados cuyo significado no se genera exclusivamente a partir del significado léxico de las palabras (tal es el caso de las implicaturas convencionales que surgen del uso de conectivos como “pero”) sino por otros factores, y se dividen en conversacionales y no conversacionales.

Las implicaturas conversacionales, es decir, aquéllas que están ligadas al mecanismo de la comunicación, son el objeto de estudio de la pragmática griceana, y pueden ser generalizadas - independientes del contexto⁶- o particularizadas - estrictamente ligadas a un contexto específico-⁷ y son siempre lógicamente cancelables.

Por último, las implicaturas no conversacionales no atañen al campo de la pragmática ya que con frecuencia surgen de consideraciones culturales de naturaleza moral, estética, ideológica o social, y no de los principios generales que regulan la conversación y la comunicación verbal.

⁵ Compárese: “es moreno y guapo” con “es moreno pero guapo”. Ambas expresan la misma proposición y tienen las mismas condiciones de verdad. Son verdaderas si, y sólo si, el sujeto de quien se habla es moreno y guapo simultáneamente; la conjunción “pero” no afecta las condiciones de verdad del enunciado, sin embargo comunica implícitamente un (cierto grado de) contraste entre los elementos que une.

⁶ Un caso clásico es el de los cuantificadores; por ejemplo “algunos”, en oraciones como “algunos de ustedes tiene gripa”, que generan normalmente la implicatura “no todos”, aunque su significado lexical sea sólo “un número indefinido”.

⁷ Véase la siguiente conversación: “-¿Quieres un drink? -El alcohol me haría olvidar.”. Entender la respuesta es posible sólo conociendo el contexto, para saber si quien contesta quiere o no olvidar.

El significado explícito de un enunciado es, para Grice, su contenido proposicional, rescatable mecánicamente, ya que coincide con el significado lingüísticamente codificado, y equivale a su significado literal. En contraste, para rescatar las implicaturas convencionales y conversacionales, se requiere del reconocimiento de las intenciones del H al comunicar y para ello hay que recurrir a procesos inferenciales guiados por el Principio de Cooperación y las cuatro Máximas Conversacionales descritas anteriormente.

Los procesos inferenciales se desatan para restaurar la vigencia, en algún nivel, del Principio de Cooperación. Están guiados por el significado explícito del enunciado y el apego a dicho Principio, lo que implica generalmente la presunción del cumplimiento (aun parcial) de (algunas de) las Máximas, y por el contexto y la situación de su emisión.

1.3 La Teoría de la Relevancia (TdR).

1.3.1 El papel de la inferencia.

La TdR no reconoce la necesidad del Principio de Cooperación ni de las cuatro Máximas de Grice, postulando un mecanismo psicológicamente y cognitivamente plausible guiado por un único principio: el de relevancia, del cual hablaré más adelante.

Según la TdR, cualquier enunciado tiene diferentes interpretaciones posibles ya que el sistema lingüístico siempre subdetermina su contenido y por eso hay que entrar en procesos inferenciales para recuperar la información que un comunicador pretende transmitir. Esto acontece tanto al nivel de contenido explícito, como al implícito.

La distinción entre contenido explícito e implícito, hecha por Grice, reside en la distinción entre “lo que se dice”, que coincide con el contenido proposicional de un enunciado y está codificado por su forma lingüística, y “lo que se comunica”, o sea, el significado completo del H.

La TdR, en cambio, sostiene que hay una gran diferencia entre la forma lógica de un enunciado y su contenido explícito (el *what is said* de Grice), y que el lenguaje subdetermina a todos los niveles el significado comunicado, ya sea de la proposición expresada, de lo comunicado explícitamente, o del significado implícito que el H quiere comunicar.

Para la TdR, el campo de la semántica lingüística es una capa delgada de significado independiente del contexto (*context-free*). El *input* semántico lingüístico se reduce a la forma lógica de la expresión con algunas reglas de procesamiento –la sintaxis–, que son los elementos del significado que no cambian en el contexto. Según lo indica Carston:

"La semántica lingüística es una forma de aparear elementos con forma lingüística y ciertos tipos de información cognitiva, cuyo resultado es un esquema normalmente sub-proposicional en que se basa la construcción pragmática de representaciones plenamente proposicionales" (Carston, 2002a:136).

El hecho de que el lenguaje subdetermine el contenido proposicional de un enunciado es algo ampliamente reconocido por pragmatistas, semanticistas y generativistas. Hay elementos del lenguaje cuyo significado está inherentemente definido por el contexto, como los indéxicos⁸. Semanticistas como Stanley (2000) y Stanley y Szabo (2000) aceptan que estos elementos subdeterminan el contenido proposicional de un enunciado, afectando sus condiciones de verdad; sin embargo, postulan que la sintaxis de estos elementos genera o prevé unos constituyentes no articulados, parecidos a unas “instrucciones”, que nos permiten procesarlos correctamente, y, por lo tanto, el contenido explícito de un enunciado no está afectado o subdeterminado por la presencia de indéxicos.

Al contrario, a decir de teóricos de la TdR, los indéxicos representan una de las evidencias de la irremediable vaguedad del lenguaje, no sólo a nivel de contenido proposicional sino también a nivel de contenido explícito.

⁸ Por ejemplo, pronombres personales, demostrativos y referencias a tiempo y espacio como “hoy” y “aquí”.

En términos de la TdR, el contenido explícito, definido técnicamente como **explicatura**, no coincide necesariamente con el contenido proposicional. La explicatura de un enunciado coincide con la proposición que expresa sólo en un primer nivel, ya que sus condiciones de verdad dependen de las condiciones de verdad de la proposición expresada. También las **implicaturas**, o sea el contenido implícito, expresan proposiciones cuyas condiciones de verdad están determinadas de la misma manera que las explicaturas. En un segundo nivel, la explicatura puede expresar una actitud del H hacia la proposición enunciada (Wilson y Sperber:1993). Este tipo de explicatura, definida por la TdR como **explicatura de nivel superior**, consiste en un enunciado que incrusta (*embeds*) la proposición x expresada por la explicatura en una representación de nivel superior: Quien habla desea/ cree/ duda/ no piensa/ se burla de que / x.

Más adelante volveremos a hablar de la explicatura de nivel superior dentro del análisis de la capacidad metarrepresentacional de la mente (véase 1.3.5).

Los procesos inferenciales tienen un rol fundamental no sólo en la determinación del contenido implícito -de las implicaturas de un enunciado- sino también en el nivel de la explicatura, que se deriva de la evidencia lingüística por medio de procesos inferenciales.

La explicatura, según la TdR, es “el desarrollo pragmático de formas lógicas lingüísticas” (Carston, 2002b:5); es un proceso pragmático y no semántico aunque esté basado en un “esqueleto semántico” (Carston, 2002b:5); y consiste en la desambiguación de palabras ambiguas (con dos o más significados), la asignación de referencia a los indécicos y todos los procesos de enriquecimiento pragmático -que incluyen el estrechamiento, la ampliación y el relajamiento de los conceptos comunicados, llevando a la construcción de conceptos *ad hoc*, definido como un ajuste conceptual-. Estos son procesos inferenciales dependientes del contexto sin los cuales no se puede derivar la explicatura de un enunciado. Entonces,

para la TdR, y contrariamente a lo que en apariencia supuso Grice⁹, el lenguaje subdetermina un enunciado a todos los niveles, y los procesos inferenciales intervienen también a todos los niveles del proceso de comprensión.

En un ejemplo de Wilson y Sperber (2002):

Pedro: -¿Juan te pagó el dinero que te debía?

María: -Se le olvidó ir al banco.

Para entender por qué Pedro puede interpretar correctamente el enunciado de María, hay que pensar que Pedro le asignó un sujeto y una referencia a la tercera persona del verbo y concluyó que María está hablando de Juan; por otro lado, desambiguó la palabra “banco” que tiene varios significados, a saber: 1) institución financiera; 2) asiento, con respaldo o sin él, donde pueden sentarse varias personas; 3) concentración grande de peces, etcétera.

Pedro escogió el significado de “banco” apropiado para entender el enunciado de María como una respuesta satisfactoria a su pregunta. En este proceso inferencial de reconstrucción de la explicatura del enunciado, Pedro tenía ciertas expectativas sobre la respuesta de María: que fuera informativa, que respondiera a su pregunta: como veremos, expectativas sobre la relevancia –en un sentido técnico- de la respuesta de María. Además utilizó información proveniente del contexto, en este caso de su conocimiento del mundo, que le dice que el dinero se saca de un banco=institución financiera, que para sacar dinero de un banco hay que tener una cuenta allí o exhibir un documento, como un cheque, necesario para pedir legítimamente el dinero al cajero, etcétera.

Las explicaturas posibles de este enunciado son muchas, una por cada significado de cada palabra ambigua, combinadas con las referencias que se puedan asignar a los indéxicos: los procesos inferenciales

⁹ Grice habló muy poco del nivel explícito: en general la suya no puede ser considerada una teoría pragmática acabada, sino un conjunto de intuiciones geniales sobre la naturaleza del lenguaje, algunas de las cuales Grice exploró más, otras menos. Sus intereses como filósofo del lenguaje fueron el análisis de la noción de significado y la teoría de la conversación.

son entonces necesarios a todos los niveles del proceso de comprensión, no sólo a nivel de implicaturas, como sostenía Grice.

Además, pongamos el caso de que a Juan se olvide regularmente de pagar sus deudas, y que este hecho sea manifiesto a Pedro y a María; en este caso, María podría decir “se le olvidó de ir al banco” con una actitud de burla o incredulidad o resignación. Si así fuera, Pedro reconstruirá la explicatura de orden superior del enunciado, es decir: “María no cree/ duda/ se burla del hecho de que a Juan se le haya olvidado ir al banco”. En tal caso, María no está utilizando su enunciado para describir un hecho del mundo (de que a Juan se le haya olvidado ir al banco) sino para expresar una actitud *sobre* ese hecho.

Reconstruir la explicatura correcta, entre las muchas posibles, del enunciado de María -asignando correctamente la referencia, desambiguando correctamente la palabra “banco”, etcétera-, a partir de ciertas expectativas sobre su respuesta, llevará a Pedro a recuperar la proposición expresada por ella, la cual es una afirmación completa evaluable por medio de condiciones de verdad, y la actitud proposicional de María hacia lo que está expresando -la explicatura de nivel superior-: si lo está afirmando porque lo cree, o porque lo desea, si está reportando algo dicho por otra persona, etcétera

Desde la perspectiva de muchos teóricos, la tarea de una teoría pragmática es la de explicar con base en qué principio o principios se desatan los procesos inferenciales, es decir cómo un escucha puede rescatar el significado que un hablante pretende comunicar y no un significado cualquiera. En otras palabras, una teoría pragmática necesita explicar sobre qué fundamentos cognitivos y psicológicos acontece la comunicación.

Según Sperber y Wilson (1986/1995), un mecanismo fundamental de la cognición humana es la búsqueda de relevancia a todos los niveles, en un sentido técnico que definiré más adelante. Este principio funciona como criterio que nos permite escoger entre la cantidad enorme -potencialmente infinita- de

estímulos existentes en el mundo, para procesar los que son más relevantes en un determinado contexto de interpretación. Este proceso de rescate de una información interactúa con un contexto precedente.

1.3.2. El contexto de interpretación y lo mutuamente manifiesto.

Por **contexto de interpretación**, la TdR entiende el conjunto de supuestos que se emplean al procesar una información, lo que incluye material almacenado en la memoria de largo y de corto plazo, que puede ser conocimiento enciclopédico, creencias, verdades absolutas o sólo probables, información comprobada por alguna evidencia, informaciones salientes, evidencias directas disponibles en el momento de la interpretación, el contexto físico (más o menos limitado) en que la interpretación acontece.

El concepto de **manifiesto** es un concepto técnico de la TdR: todo lo que un individuo puede representarse mentalmente como verdadero o probable (no importa si verdadero o falso) al momento de la interpretación es manifiesto para este individuo en un momento dado. El conjunto de hechos que son manifiestos para un individuo en un momento dado conforman su **entorno cognitivo**.

Sin embargo, la comunicación no es un hecho simétrico. Para que la interpretación pueda tener lugar no es suficiente que algo sea manifiesto a un H y una O: el H necesita presuponer que la O tenga cierto contexto de interpretación, o sea, que ciertos supuestos sean manifiestos a la O si quiere que ella interprete correctamente su enunciación. En el caso contrario, debe de hacerlos **mutuamente manifiestos**, comunicándolos de forma explícita para guiar a la O en su proceso de interpretación. Todo lo que un H hace explícitamente manifiesto (no importa si verdadero o falso) a la O, para que ella lo represente mentalmente, incluyendo esta información en su contexto de interpretación, es lo que el H hace mutuamente manifiesto.

Por ejemplo, María y Pedro están contemplando el paisaje desde un mirador. María, indicándole a Pedro un cerro en la lejanía, le dice: “Una vez escalé ese volcán”. Para interpretar correctamente el

enunciado de María, Pedro no necesita ni creerle ni saber de antemano que el cerro en la lejanía es un volcán, ya que ella, al definirlo como tal, está haciendo mutuamente manifiesto el hecho de que se trata, o por lo menos que ella lo cree, de un volcán.

Estos supuestos están representados en la mente con diferentes grados de certidumbre, desde lo absolutamente cierto hasta lo probable, plausible, o sólo supuesto por *default*. El entorno cognitivo de cada individuo es una función de su entorno físico y de sus habilidades cognitivas; hay muchas cosas que no conocemos en un sentido estricto del término, que no podemos evaluar en términos de condiciones de verdad, sin embargo, nos son manifiestas ya que somos capaces de representarlas mentalmente como verdaderas o probables, y de hacer inferencias a partir de esta representación.

El concepto de manifestación como algo gradual resuelve una serie de problemas enfrentados por la filosofía del lenguaje y los pragmáticos griceanos sobre la definición del contexto de interpretación como algo mutuamente conocido o supuesto. Por definición, no se conoce más que lo que es verdadero, pero cuando interpretamos no utilizamos únicamente lo que sabemos con absoluta certidumbre. Un hecho, o un supuesto, puede ser manifiesto sin ser conocido y sin haber sido supuesto anteriormente, e incluso si es falso. No es necesario tener una representación mental precedente sino poderla construir al momento con base en el contexto, tampoco es necesario creerla, sólo asumir que el H, al hacerla manifiesta, la está indicando como necesaria para la interpretación de su enunciación. El hecho de que dos o más personas compartan el mismo entorno cognitivo no garantiza que los mismos supuestos sean mutuamente manifiestos, sólo que estas personas son capaces de albergar estos supuestos. El concepto de manifestación está basado en la inferencia libre, creativa, y, crucialmente, no demostrativa. La comunicación es un mecanismo imperfecto, y todos sabemos por experiencia que hay fallas, malentendidos, rupturas totales; una teoría pragmática tiene que poder explicar las razones de las fallas así como las del éxito.

1.3.3 El concepto de relevancia.

La TdR es una teoría sobre la comunicación ostensiva, es decir donde un H demuestra a una O su intención de comunicarle algo, y abierta, en la que un H quiere que su intención sea reconocida, quiere que una O construya una interpretación similar a lo que él quiere comunicar y le ofrece la mayor evidencia posible para lograrlo. Un enunciado no es una evidencia directa de lo que se dice, sino de la intención manifiesta por parte del hablante de expresar un cierto contenido.

En la comunicación hay dos intenciones fundamentales que coexisten. La primera es una intención informativa, la intención de modificar el entorno cognitivo de una O; la segunda, superpuesta a la primera, es una intención comunicativa que pretende hacer mutuamente manifiesta a la O la propia intención informativa. Esta última es crucial para que haya comunicación. La intención informativa se puede incumplir por mil razones: el H puede comunicar a la O algo que ésta ya sabía; puede estarle mintiendo y la O puede o no detectar la mentira, puede o no creer en lo que el H le está comunicando, dependiendo de su contexto - de su entorno cognitivo-, entre otras razones.

Si mi amiga Yanira me dice “Ya salió el quinto libro de Harry Potter”, y yo ya lo sabía, no pienso que Yanira tenga otra intención, al comunicármelo, que la de informarme de este hecho, y representarme mentalmente el hecho de que ella no sabía que yo conocía la salida del quinto libro de Harry Potter. En este caso su intención informativa se incumplió, pero hubo comunicación. Si Yanira y yo estamos en la librería Gandhi, y vemos que está a la venta el quinto libro de Harry Potter y Yanira dice “¡Ya salió el quinto libro de Harry Potter!” su intención no puede ser la de informarme, sino la de hacer mutuamente manifiesto que se ha dado cuenta de este hecho, tal vez porque sabe que me gusta Harry Potter y supone que ya habré notado que salió el quinto libro. Así pues, la información que yo recibo por Yanira no es sobre el libro sino sobre la actitud de ella acerca del libro. Si Mariana, de nueve años y fanática también de Harry Potter me dice “Salió el quinto libro de Harry Potter, ya lo leí y está muy bueno” y yo acabo de ir a Gandhi pero no vi el libro, pensaré que la niña me está mintiendo, ya que, según los supuestos que están en mi entorno cognitivo, si el quinto libro de Harry Potter hubiera salido yo me habría enterado antes que ella; además sé que en

la librería, si el quinto de Harry Potter hubiera salido, seguramente estaría a la venta como una gran novedad.

Una información nueva, al interactuar con el contexto de interpretación, puede producir unos cambios en el entorno cognitivo de la O. Dichos cambios son definidos como **efectos contextuales**, y funcionan ya sea reforzando o eliminando un supuesto contextual previo, o generando un nuevo supuesto, llamado **implicación contextual**, que deriva de la interacción entre el contexto y la nueva información, dado que no se puede derivar exclusivamente a partir del contexto ni de la nueva información en sí sino de la interacción entre los dos.

Sperber y Wilson no mencionan el debilitamiento de un supuesto contextual previo como un efecto contextual; mi sugerencia es que se incluya dentro de tal caracterización de los procesos cognitivos. Esto porque puede haber una información nueva cuyo grado de evidencia no sea suficiente para cancelar un supuesto contextual previo pero sí para ponerlo en tela de juicio, arrojar una nueva luz sobre un hecho que nos lleve a albergar el supuesto contextual previo con menos certidumbre¹⁰.

Por otro lado, el procesamiento de un enunciado –y de cualquier información- implica un cierto esfuerzo mental, debido a la mayor o menor complejidad de su forma, afectada por factores como lo reciente de su utilización, la frecuencia de uso de las palabras empleadas, la complejidad lingüística y lógica del enunciado, la accesibilidad y el tamaño del contexto de interpretación asumido por el H, o en el que el H pretende que este enunciado se procese, entre otros factores.

La **relevancia** de una información nueva en un contexto es mayor mientras más efectos tenga su procesamiento y menor mientras mayor sea el esfuerzo invertido en ello.

Llegamos así a la definición del concepto de **relevancia**:

¹⁰ Cuando se lo planteé personalmente a Deirdre Wilson, ella estuvo muy abierta a considerar esta hipótesis.

a) En igualdad de condiciones, mientras más efectos cognitivos genere una información en un contexto dado, mayor será su relevancia.

b) En igualdad de condiciones, mientras menor sea el esfuerzo de procesamiento de una información en un contexto dado, mayor será su relevancia (Sperber y Wilson 1986-1995:153).

Sperber y Wilson sostienen que los seres humanos dirigimos naturalmente, y de manera automática, nuestra atención a la información que nos parece relevante. De estos supuestos se deriva el

Principio Cognitivo de Relevancia: La cognición humana tiende a dirigirse hacia la maximización de la relevancia (Sperber y Wilson 1986-1995:47-48).

Se define **relevancia máxima** como la mayor cantidad de efectos contextuales que se puede lograr procesando una información dada, en una situación específica. La relevancia es inversamente proporcional al esfuerzo hecho para procesar esta información: al mayor esfuerzo corresponde la menor relevancia.

Los seres humanos tendemos cognitivamente hacia la obtención de una relevancia máxima, es decir a obtener el máximo efecto contextual con el mínimo esfuerzo. La cantidad enorme de estímulos cognitivos del mundo externo nos obliga a decidir a cuáles estímulos damos más atención y cómo los procesamos para obtener el máximo de información por el mínimo esfuerzo. Los estímulos cognitivos no están diseñados para llamar nuestra atención, somos nosotros que decidimos a qué estímulo vale más la pena ponerle atención y por qué.

La comunicación verbal, al contrario, es un estímulo ostensivo que está diseñado con el objetivo de llamar nuestra atención para que lo procesemos; está diseñado para modificar nuestro entorno cognitivo de la forma entendida por el comunicador. Si comunicarse con alguien significa ofrecerle cierta información, los enunciados no pueden producir una expectativa de relevancia máxima, ya que, si fuera así, podríamos seguir procesando el mismo enunciado *ad infinitum* para seguir derivando efectos contextuales, y no tendríamos un criterio posible para escoger entre las diferentes interpretaciones del

enunciado. En la comunicación, cada enunciado produce unas expectativas en cuanto a los efectos cognitivos en relación con los esfuerzos de procesamiento, definida como **relevancia óptima**:

Un enunciado, en una interpretación dada, es óptimamente relevante si, y sólo si:

a) Es al menos lo suficientemente relevante para ameritar los esfuerzos de procesamiento de la O.

b) Es el más relevante posible dadas las habilidades y preferencias del H (Sperber y Wilson 1986-1995:158).

Este principio (que no es una máxima, como las de Grice, a la que se puede obedecer para optimizar la comunicación o que se decide violar) define las características mínimas y máximas de las expectativas de relevancia en la comunicación verbal. Una O espera de un H que su intención de comunicarle alguna información sea suficientemente relevante para ameritar un cierto esfuerzo de procesamiento. La noción de relevancia es una razón, un concepto comparativo y no absoluto, que depende de la interrelación de la nueva información con el contexto específico de interpretación (que incluye los conocimientos manifiestos al H y a la O), poniendo en relación inversa los efectos contextuales con el esfuerzo de procesamiento que se requiere a la O para recuperarlos.

La primera cláusula de la definición de relevancia óptima excluye algunas potenciales interpretaciones de un enunciado y favorece otras; recordemos que estamos hablando de comunicación ostensiva abierta, en donde el H quiere que la O construya la interpretación que él quiere comunicar y la impulsa activamente para alcanzar este objetivo. La segunda parte de la definición de relevancia óptima da cuenta de la variabilidad de la comunicación, que depende del individuo que está comunicando, de sus conocimientos, de sus habilidades como comunicador (incluyendo su manejo de la lengua), de sus decisiones con respecto a la relevancia de un enunciado en un contexto determinado, de su disposición a ser sincero o no, a ser exhaustivo o reticente. La segunda cláusula de la definición de relevancia óptima tiene también otra

consecuencia, que la primera interpretación que parezca óptimamente relevante será la única que la O tomará en cuenta; una vez satisfecha su expectativa de relevancia con el menor esfuerzo posible, la O no necesita invertir más esfuerzo en encontrar otras interpretaciones.

Todo este proceso está guiado por un sólo principio cognitivo que es el de la búsqueda de relevancia óptima. Éste es el criterio general que permite a la O escoger entre las posibles interpretaciones de un enunciado y detenerse una vez que su expectativa de relevancia óptima ha sido satisfecha. Crucialmente, este criterio permite que se rescate una sola interpretación posible, considerándola como el significado que el H quiere comunicar.

A partir de la definición de relevancia óptima se deriva que comunicar implica que el estímulo usado sea digno de la atención de quien escucha, formulado en el **Principio Comunicativo de Relevancia:**

Cada expresión lleva consigo la presunción de su propia relevancia óptima (Sperber y Wilson 1986-1995:158).

El principio comunicativo de relevancia determina a qué información se pone atención, qué supuestos previos se activan, cuáles informaciones se rescatan de la memoria y se usan como un contexto, cuáles inferencias se producen, entre otros.

Por otro lado, el hecho de que cualquier esfuerzo adicional en el procesamiento de una información tenga que ser compensado por efectos adicionales, da una explicación psicológicamente plausible de los varios niveles de interpretación posibles; por ejemplo, en el discurso literario o poético.

Como se expone detalladamente en el capítulo 3, según la perspectiva de la TdR, el lenguaje poético y literario no difiere cualitativamente del lenguaje cotidiano. Sin embargo, una característica de la “literariedad” es un uso “vago” del lenguaje, cuya interpretación óptimamente relevante no consiste en recuperar una sola implicatura fuerte, es decir comunicada de forma clara y unívoca por el H, sino por un abanico amplio de implicaturas débiles cuya reconstrucción y apreciación requiere un mayor esfuerzo de

interpretación por parte de la O, recompensándola con la reconstrucción de un significado rico, complejo y matizado.

La TdR, entonces, explica el proceso de comprensión como reconstrucción del significado del H por parte de la O en términos cognitivamente y psicológicamente plausibles, ya que el principio comunicativo de relevancia no se concibe como una regla que se aprende sino como la descripción de un mecanismo cognitivo innato. Este proceso de comprensión sigue un camino de menor esfuerzo en el acceso a ciertas hipótesis interpretativas y su comprobación, y se detiene una vez que se satisfizo la expectativa de relevancia óptima de la O.

Veamos unos ejemplos:

Estamos en un hotel en Bagdad al principio de abril de este año. De improviso, alguien irrumpe en nuestra habitación gritando:

“¡Están bombardeando!”

La primera interpretación óptimamente relevante de este enunciado en este contexto es 1) “Los aviones angloamericanos están arrojando bombas de racimo sobre esta parte de la ciudad”. En este punto, no seguiremos haciendo hipótesis acerca de los otros posibles significados del enunciado, como por ejemplo

2) “Los precandidatos al puesto de delegado arrojan de una avioneta volantes de propaganda sobre los ciudadanos del DF”.

Al contrario, trataremos de refugiarnos en el sótano antes de ser alcanzados por un fragmento de bomba. El mismo enunciado, si pronunciado por alguien en la parada del autobús en el parque central de Coyoacán mientras llueven del cielo papelititos amarillos y se oye el ruido de una avioneta, será automáticamente interpretado en el sentido 2)¹¹.

Además, el mismo hecho de que el H nos está comunicando algo que, por ser mutuamente manifiesto, no puede ser suficientemente relevante y el uso de una metáfora como “bombardear”

¹¹ El contexto de la guerra de Irak está tan presente para algunos de nosotros que con muy poco esfuerzo podríamos construir también la primera interpretación y hacer una nota mental de ir a la marcha contra la guerra del sábado siguiente. Sin embargo, no tomaríamos esta interpretación como óptimamente relevante, y por ende no pensaríamos que sea la que el H haya pretendido comunicarnos. La interpretación óptimamente relevante del enunciado tiene que ser la segunda de todos modos. La reconstrucción del significado 1) sería una inferencia muy débil porque el texto no ofrece suficiente evidencia para suponer que el H haya querido comunicarla con un enunciado tan elíptico en el contexto arriba mencionado.

para describir el hecho arriba mencionado, pone en marcha procesos inferenciales más sofisticados para satisfacer nuestra expectativa de relevancia óptima. La mayor cantidad de esfuerzo invertida en la interpretación es recompensada por la reconstrucción de la actitud del H *sobre* el hecho mismo, ya que del verbo “bombardear” se derivan una serie de inferencias débiles (que en este caso son implicaciones contextuales, derivándose de la interrelación entre el contexto de interpretación y unos supuestos contextuales previos) como “los precandidatos al puesto de delegado están haciendo una campaña electoral agresiva”, “este es un método de propaganda caro por el uso de una avioneta”, y seguir derivando inferencias más y más débiles según las propias ideas políticas, o el interés y la accesibilidad del tema, entre otros factores.

En seguida, trataré de describir con más detalle el proceso de interpretación, dando una definición más precisa de los procesos inferenciales involucrados y de la diferencia entre inferencias fuertes y débiles. En los capítulos 2 y 3 se presentará el análisis del lenguaje figurado y de los efectos literarios y poéticos desde la perspectiva de la TdR.

1.3.4. El proceso de interpretación.

El *input* del proceso de interpretación es la evidencia lingüística dada por un enunciado, que interactúa con el contexto de interpretación en el sentido técnico de la TdR. La comprensión se define como proceso rápido, inferencial en línea (*on line*), que, partiendo de un "esqueleto semántico" (Carston, 2002a:134, 2002b:5), deriva al mismo tiempo la explicatura o el contenido explícito del enunciado a través de procesos inferenciales que incluyen la desambiguación, la asignación de referentes para los indécicos y procesos de enriquecimiento pragmático como el ajuste conceptual y la construcción de conceptos *ad hoc* (Carston, 2002b:6,12; Pilkington, 2000:96), y las implicaturas, que son proposiciones inferidas únicamente por medio de procesos pragmáticos, no gobernados de manera tan directa por el significado lingüístico, aunque no puedan tampoco estar totalmente desvinculadas ni prescindir de él.

Las hipótesis que hace la O sobre el contenido explícito e implícito se desarrollan en paralelo, frecuentemente en un contexto bastante específico de expectativas sobre la relevancia de un enunciado.

El contenido proposicional de un enunciado puede ser explicado, implicado o ambos: puede haber proposiciones -evaluables según condiciones de verdad- que se deriven de la explicatura, y proposiciones que se deriven de las implicaturas de un enunciado. El resultado de este proceso de ajuste mutuo de explicaturas e implicaturas, que se mueve hacia adelante y hacia atrás (o sea, no es un proceso estrictamente secuencial) y es guiado por la búsqueda de relevancia óptima, es un conjunto de efectos contextuales estructurados como premisas y conclusiones.

Los procesos inferenciales de **saturación pragmática**, definidos por la TdR como “un proceso de desarrollo pragmático de la forma lógica del enunciado (...) en que se le agrega a la forma lógica descodificada un elemento conceptual, estrechando o reforzando, ampliando o debilitando un concepto dado”, son necesarios para rescatar tanto las explicaturas como las implicaturas (Carston:2002a). Este proceso llega a la construcción pragmática de conceptos, o "conceptos *ad hoc*".

Por ejemplo, caminando en la calle veo un graffiti que dice: “No más sangre por petróleo”.

La forma lógica de este enunciado es muy elíptica, y para derivar la explicatura de la oración necesito entrar en procesos inferenciales partiendo de los supuestos contextuales sobre la guerra contra Irak:

1) Estados Unidos y sus aliados declaran que están atacando Irak en nombre de los derechos humanos. Sin embargo, buena parte de la opinión pública mundial -con la que yo estoy de acuerdo- sabe que:

2) EU sólo se mueve para defender sus intereses y en muchas ocasiones ha demostrado un enorme y absoluto desprecio hacia los derechos humanos.

3) EU tiene pocos yacimientos de petróleo y su política desde el comienzo del *boom* industrial ha sido la de acaparar lo más posible de las reservas de petróleo del planeta.

4) Irak tiene enormes yacimientos de petróleo y, por eso mismo, ha sido un área de fuerte intervención encubierta estadounidense, como todo el Medio Oriente.

5) En 1991 se produjo una crisis similar. EU bombardeó Irak por meses, y declaró, junto con la ONU, un embargo durísimo que decretó el aislamiento económico de ese país árabe. Para mitigar

los efectos del embargo, la ONU implementó un programa de emergencia llamado Petróleo por alimentos.

Basándose en estos supuestos contextuales como premisas y en la decodificación automática de la forma lógica del enunciado, que es incompleta, los procesos inferenciales que se desatan reconstruyen al mismo tiempo explicatura, explicatura de nivel superior e implicaturas:

Los EU no tienen que hacer más guerras a causa de -ni a cambio de- petróleo en Irak -o en Medio Oriente, o en cualquier otra parte del mundo-.

Nada en el texto indica explícitamente una referencia a EU, o a una coalición encabezada por EU, o a los exponentes más agresivos del capitalismo occidental, o a los países más representativos de la cultura occidental: el contenido exacto de la inferencia depende naturalmente del contexto de interpretación del individuo. Sin embargo, parte de esta información contribuye al contenido explícito del enunciado, ya que le asigna una referencia al texto.

Ya hubo una guerra “similar” en 1991: aunque no lo sepa, la palabra “más” me hace manifiesto que ya hubo sangre por petróleo.

Para interpretar “sangre” como “guerra” hago un ajuste conceptual de la palabra “sangre” en este contexto de interpretación.

El “por” me indica al mismo tiempo una causa, y un intercambio evocándome el programa Petróleo por alimentos mencionado arriba.

La referencia final a un lugar depende de la inferencia que me parezca más relevante a partir de mi contexto de interpretación, que puede ser más o menos amplio, radical, “politizado”, interesado, enfocado en algo en específico o no.

Para recuperar el significado que el comunicador pretende dar, explicatura e implicaturas van juntas; no hay nada en la forma lógica del enunciado que me indique que se habla de EU, de Irak o de cualquier otro país en especial, sin embargo, yo no espero completar primero la forma lógica del enunciado para tener la explicatura y luego añadir lo que falta. No es psicológica ni cognitivamente plausible que yo reconstruya algo como:

*Nadie tiene que derramar la sangre de alguien más a cambio de petróleo.

O cosas más descabelladas como:

*No se puede intercambiar la sangre con el petróleo.

No es plausible que yo tenga que partir de este “contenido explícito” para empezar a derivar las implicaturas.

Además, estoy reconstruyendo la explicatura de nivel superior al mismo tiempo:

Quien escribió el enunciado está expresando su rechazo hacia la guerra en Irak; o hacia las guerras que EU declara por sus propios intereses económicos; o en contra de las guerras de control de las áreas petroleras; o en contra de guerras disfrazadas de misiones humanitarias.

Otras inferencias podrían derivarse de la forma del enunciado que evoca la deliberación “humanitaria” de la ONU nombrada “petróleo por alimentos”, tales como:

“Una sola gota de sangre vale más que miles de barriles de petróleo. Aunque fuera derramada una sola gota de sangre, sería un precio demasiado alto para defender los derechos sobre el petróleo”.

La palabra “sangre” puede evocarme el tipo de guerra que se está librando, que, a pesar de las declaraciones oficiales, es una guerra contra los civiles, y entonces podría seguir derivando más y más implicaturas. Sin embargo, no interpreto primero el concepto general de “sangre” derivando de él muchas implicaturas inútiles a mi interpretación, sino que opero directamente un ajuste conceptual sobre esta palabra para adaptarla al contexto de interpretación.

Como se puede ver, el contexto de interpretación de cada individuo desata procesos inferenciales más o menos complejos, y hasta cierto punto diferentes, que enriquecen la forma explícita del enunciado e intervienen en todas las etapas del proceso de interpretación, guiados por el principio comunicativo de relevancia que determina la selección de un contexto de interpretación y pretende reconstruir una representación similar a la comunicada por el comunicador.

Hay muchos tipos de procesos inferenciales: los que rescatan el contenido explícito por medio de desambiguación, asignación de referentes y ajuste conceptual -estrechamiento o enriquecimiento pragmático- que permite evaluar el contenido proposicional, en términos de condiciones de verdad, de un enunciado; los que rescatan las implicaciones -lógicas, no cancelables, correspondientes más o menos a la definición de Grice de implicaturas convencionales- y las implicaturas -no lógicas, cancelables-, seleccionando en el proceso aquellos supuestos contextuales que puedan servir de premisas para la interpretación para generar nuevos supuestos contextuales.

Ya que el concepto de manifestación es un gradiente y no un absoluto, las implicaturas crean un espacio conceptual de interpretación. La TdR distingue entre **implicaturas fuertes**, que comunican una proposición de forma clara, dejando poco espacio a la imaginación en el proceso interpretativo: son las premisas o conclusiones que una O necesita derivar para entender el enunciado, que son comunicadas de manera clara, de las cuales el H se hace enteramente responsable; e **implicaturas débiles**, que normalmente conforman un abanico más amplio pero más indefinido de implicaturas, pueden ser inferidas por la O, al mismo tiempo que la O se asume parte de la responsabilidad de la derivación. Cuanto más amplia sea la gama de inferencias posibles entre las que la O puede elegir, más débil será el carácter de la implicatura correspondiente y menor la responsabilidad que puede atribuirse al H por la recuperación de las mismas (Sperber y Wilson, 1986/1995:197-202, Curcó, 1995:4).

Considérese el siguiente diálogo:

Sabina: ¿Quieres comer en mi casa?

Mauricio: No tengo hambre.

La respuesta de Mauricio no es explícita, sin embargo, Sabina inferirá claramente que la respuesta es “no”. Otros tipos de inferencias débiles que Sabina puede derivar, por ejemplo “Si Mauricio no tiene hambre es porque acaba de comer, ya que Mauricio siempre está hambriento” contribuirán muy marginalmente a la relevancia de la respuesta de Mauricio. Éste es un típico caso de comunicación basada sobre inferencias fuertes.

Considérese este otro ejemplo:

Sabina: ¿Qué dijeron en “Hechos”?

Mauricio: Bush quiere aplastar a Saddam como una cucaracha.

En este caso, la inferencia fuerte es muy claramente que Bush quiere matar a Saddam, en la base del supuesto contextual que si uno aplasta una cucaracha la mata. Pero además de esta inferencia fuerte, se pueden derivar unas cuantas inferencias débiles que aumentan la relevancia del enunciado, ya que matizan su significado y lo enriquecen, generando más efectos contextuales.

A partir de supuestos contextuales como:

“Una cucaracha es un insecto asqueroso que nadie o muy poca gente ama, respeta o defendería, que a nadie le da lástima matar”, “normalmente las cucarachas se matan de forma rápida, no se le

hace un juicio ni se pregunta uno si de verdad merecen ser aplastadas”, “matar una cucaracha da asco, sin embargo, es necesario”, se pueden derivar muchas inferencias débiles que comparan la vida de Saddam a la de una cucaracha, que describen su muerte como un hecho sin importancia, como la muerte de una cucaracha, y que quien lo mata se está tomando la molestia de hacer un “trabajo sucio”, como es el de matar una cucaracha para hacer limpieza, eliminando algo indeseable, etcétera.

Además, Mauricio no está citando literalmente lo que el noticiero dijo, sino dando una interpretación libre. Otras inferencias se podrían derivar a este punto sobre la actitud de Mauricio hacia “Hechos”. La derivación de este tipo de implicatura varía de individuo a individuo. Cada quien se asume parte de la responsabilidad de su interpretación, ya que los supuestos conceptuales que se pueden seleccionar para interpretar este enunciado son muchos, y su contenido no es preciso e igual para todos. En este caso hay un núcleo conceptual que Mauricio está comunicando de forma más clara, sin embargo su comunicación tiene un elemento de vaguedad que le permite a Sabina derivar un abanico más amplio y, por lo mismo, menos preciso y determinado, de efectos contextuales.

La posibilidad de comunicar a través de un gradiente de implicaciones, desde las implicadas más fuertemente, más definidas y claras pero por lo mismo menos expresivas, hasta las implicadas muy, muy débilmente, que dejan mucho a la imaginación de la O, enriqueciendo su proceso de interpretación pero dándole también menos seguridad sobre el significado exacto que el H quería comunicar, presente en todo tipo de comunicación humana.

Este recurso se explota más regularmente -y de una forma más creativa e interesante- en la comunicación poética, donde típicamente la relevancia reside en un abanico amplio de inferencias débiles que producen muchos pequeños cambios en el entorno cognitivo de la O comunicando sensaciones y sentimientos vagos y complejos, como expondremos en el tercer capítulo.

1.3.5 El debate entorno a la arquitectura de la mente: implicaciones para el estudio de la comunicación verbal.

En años recientes se ha explorado la idea de que la mente humana es parcial o totalmente modular en un sentido técnico, es decir: dividida en subsistemas de procesamiento, cada uno especializado en un dominio y en tareas específicas; con determinados circuitos neuronales dedicados a dichas tareas, y consecuentemente con una ontogenia específica y problemas y “rupturas” específicas; con ciertas características de rapidez, automaticidad, inaccesibilidad a la conciencia y un cierto grado de especificación innata. Hay un gran debate sobre si la mente es totalmente modular (*Massive Modularity Hypothesis*: Cosmides and Tooby:1994, Sperber:2000) o si la modularidad es una característica de los sistemas periféricos y necesita de un sistema central para recolectar e integrar la información recibida por los módulos (Fodor:1983). En este tema interviene también el debate sobre cuánto y sobre todo qué tipo de información es innato en la mente y cuánto se aprende con el tiempo y la experiencia.

Un punto crucial es la definición de las propiedades características de los módulos, donde lo más controvertido es el concepto de encapsulación, es decir, la impermeabilidad de los módulos a estímulos que no provengan de su dominio (por ejemplo los sonidos no afectan el módulo de la visión), y la consecuente mayor o menor posibilidad de un módulo de “cooperar” con otros sin pasar (o pasando por) un sistema central. Si se supone que la encapsulación es una característica fundamental de los módulos, hay que postular algún sistema central no modularizado que recoja e integre la información recibida por todos los módulos, o algún mecanismo en la estructura de los módulos que lleve información procedural/algorítmica sobre cómo operacionalizar su información para ponerla en relación con otra información.

En cambio, si se definen los módulos como encapsulados en mayor o menor grado, o si se distingue entre la arquitectura de los módulos especificando más sus características para postular algún mecanismo

de intercambio de informaciones entre ellos, o bien, la posibilidad de que algunos módulos puedan utilizar información proporcionada por otros, o sea, si se ve la encapsulación como una cuestión de grado, se puede suponer que la mente sea toda modularizada, lo que parece más probable desde una perspectiva evolutiva (Sperber:2000).

Según Sperber (2000) podría existir un módulo conceptual que sirva exactamente para juntar e integrar la información que proviene de los sistemas perceptivos. Hay evidencia para afirmar que hay sistemas conceptuales con dominio específico comunes en las especies, como la física ingenua (conocimiento sobre propiedades básicas de los objetos, peso, densidad, existencia independientemente de la propia, reacciones físicas), la biología ingenua (reconocer especies vivientes de no vivientes) y la psicología ingenua o teoría de la mente. Estos sistemas tienen características de módulos, pero no están encapsulados.

En este punto del debate parece haber al menos tres diferentes tipos de sistemas mentales posibles (Carston:1996): módulos en el sentido de Fodor (1983), con la propiedad-clave de la encapsulación, o sea, los 5 sentidos y el lenguaje en el sentido chomskiano; sistemas de dominio específico con cierto grado de encapsulación y de especificación innata, como la teoría de la mente, la teoría de los números; y finalmente, habilidades automatizadas, cuasi-modularizadas en la perspectiva de Karmiloff-Smith (1992), quien intenta conciliar la visión constructiva epigenética de Piaget con el modularismo “absoluto” de Fodor (1983).¹²

1.3.6. Las habilidades pragmáticas en la estructura de la mente.

Una función crucial de la inferencia en el proceso de interpretación es la de identificar el comportamiento verbal del H como algo intencional, o sea, reconocer su intención comunicativa. La

¹² Para mayores detalles sobre la teoría de la mente, véase Leslie:1987, Leslie y Happé: 1989; Fodor:1983; Happé:1993; Sperber:2000; Wilson:2000; Happé-Loth:2002.

tendencia a interpretar el comportamiento de los demás como algo intencional, guiado por creencias, deseos, intenciones, es una capacidad de la mente humana fundamental a nivel evolutivo. En años recientes esta tendencia se ha estudiado dentro del área de investigación de la teoría de la mente, que, como expusimos en el apartado precedente, se considera un módulo de la mente humana (Leslie:1987) y se define como la capacidad de un individuo de atribuir a otros creencias y estados mentales, especialmente aquellos que son distintos de los propios.

En la perspectiva de la TdR, la comprensión de enunciados - la capacidad pragmática- es un submódulo que se ha desarrollado en la evolución a partir del módulo general de teoría de la mente y ha co-evolucionado con ella, enriqueciéndola, ya que los *inputs* que el lenguaje ofrece son infinitamente más ricos y articulados que cualquier otro estímulo ostensivo. La capacidad pragmática tiene rasgos característicos de rapidez, automaticidad, especificidad del estímulo (estímulos ostensivos), y principios y estrategias de interpretación específicos, los de la relevancia, justamente. Sin embargo, esta capacidad puede utilizar información proveniente de cualquier dominio para interpretar un enunciado, es muy sensible al contexto y es engañable, ya que los procesos inferenciales son crucialmente no demostrativos, aunque se apoyen en una evidencia parcialmente codificada como la lengua y a un contexto de interpretación; las expectativas de una O se pueden manipular para hacerle creer que la propia intención comunicativa es diferente de la real.

La TdR es una teoría pragmática de tipo cognitivo que considera que el lenguaje y el pensamiento son distintos y su relación es representacional, ya que lo que el lenguaje comunica se representa en la mente. Lo que se comunica se "traduce" en representaciones mentales (Wilson:2000, Sperber:2000). La capacidad de comunicar supone un cierto grado de capacidad metarrepresentacional, es decir, usar representaciones para representar otras representaciones o pensamientos, metarrepresentando así también el contenido y no sólo la forma de estas representaciones (Sperber, 2000:117-118).

Por ejemplo, si Sabina le dice a Mauricio “Hoy también has llegado tarde a nuestra cita”, Mauricio puede representarse la oración de Sabina a un nivel puramente formal, algo como “Sabina está diciendo algo” o “Sabina está pensando algo y lo está diciendo”. Este tipo de metarrepresentación, que no representa el contenido de lo representado, no es, evidentemente, suficiente para comunicar.

La capacidad metarrepresentacional del pensamiento y del lenguaje humano es muy compleja. Tiene características de recursividad y composicionalidad, está basada sobre la posibilidad de interpretar cualquier tipo o carácter de expresión como representativo de cualquier otro tipo o carácter de expresión al que se parezca en algún aspecto relevante: en otras palabras, sobre la posibilidad de usar el contenido de representaciones para metarrepresentar.

El sistema cognitivo humano tiene un conjunto muy grande y variado de representaciones conceptuales: entre otras cosas, es capaz de representarse algo, y a la vez el hecho de estarlo representando, usando la representación de forma "opaca". El ser humano tiene la capacidad de “enmarcar” una representación, en cuanto tal, dentro de una representación más grande o compleja, y usar conscientemente la representación “opaca” como representación icónica de otras representaciones.

El concepto de explicatura de nivel superior (presentado en 1.3.1) parte del reconocimiento de la metarrepresentacionalidad de la comunicación verbal, que permite expresar dos o más niveles de representación. Una representación x de nivel más bajo, que puede ser una representación pública, privada o abstracta (Wilson:2002) y tiene un carácter proposicional, es decir, es evaluable en términos de condiciones de verdad, ya sea a nivel de la explicatura o a nivel de implicaturas; esta primera representación está incrustada en una representación de nivel más alto que comunica el significado que el H quiere expresar, generalmente un enunciado o un pensamiento complejo que puede incluir una actitud del H . Esta representación, si es comunicada abiertamente, se define como explicatura de nivel superior, cuyas condiciones de verdad están determinadas por la proposición incrustada. Para poder entender esta

representación, la O necesita poderse metarrepresentar la actitud proposicional del H al comunicar, por ejemplo, el H cree/ duda/ desea/ espera que x, donde x es la proposición de nivel más bajo incrustada. De hecho, cualquier enunciado en forma interrogativa explícita tiene una explicatura de nivel superior del tipo: el H no sabe/ quiere saber si x; cualquier enunciado en forma imperativa tiene una explicatura de nivel superior del tipo: el H desea que x (Sperber y Wilson:1988).

Esto implica la capacidad de atribuir estados mentales e intenciones a los otros, y de poder metarrepresentar esos estados mentales.

Para ilustrar, considérense los siguientes ejemplos:

1) Si estamos en una conferencia y yo los miro y finjo ostentosamente estar dormida, ustedes entenderán que estoy haciendo (fingiendo dormir) una representación (dormir = aburrimiento) para comunicarles -intencionalmente, ostensivamente- mi actitud de aburrimiento hacia la conferencia.

2) Les envió un fax de invitación a mi fiesta de cumpleaños con un pequeño mapa del camino a seguir desde el metro CU hasta mi casa. Si ustedes reconocen correctamente que mi intención es la de explicarles icónicamente la forma más fácil de llegar a mi casa (usando un mapa para representar su camino a mi casa), reconocerán también el tipo de metarrepresentación que yo hago del camino (real, material, hecho de asfalto, con tráfico y semáforos) en un pedazo de papel, simplificándolo al máximo y dejando sólo los elementos que sirven para señalar mi casa. Si en la esquina de mi casa hay una panadería, pondré un letrero de "PAN", y ustedes entenderán que tendrán que dar vuelta donde hay una panadería -no donde hay un pedazo de papel que dice "PAN"- y por cierto que no se perderán si el letrero, en lugar de decir "PAN", dice "Panadería Santo Domingo".

3) Si dibujo sobre la avenida con el gis una flecha apuntando hacia mi casa, estoy usando un símbolo para decir algo como "ir hacia la dirección señalada por la flecha". Para usar este símbolo necesito representarme mentalmente la flecha como algo que pueda señalar hacia mi casa, debo atribuirle un contenido y estar consciente de hacerlo. Asimismo, necesito pensar que ustedes también, reconociendo mi intención de guiarlos de alguna forma hacia mi casa, se puedan representar la flecha con un contenido similar al que me estoy representando yo, puedan metarrepresentar mi representación a partir del reconocimiento de mi intención al dibujar la flecha.

Si dibujara un puerquito con la trompa apuntando hacia mi casa, podría ser más expresivo, más bonito, pero ustedes podrían no reconocer mi intención informativa, y no ser capaces de

metarrepresentarse una representación con un contenido suficientemente similar al mío para interpretar mi mensaje. Para ustedes la flecha tendrá significado si reconocen mi intención de comunicarles algo y le darán a la flecha un contenido representacional suficientemente similar al mío para entender mi intención.

Al utilizar estos símbolos estoy explotando la posibilidad humana de manipular varios niveles de representación, o representaciones de representaciones. El uso de una representación para representar a otra se define como metarrepresentación.

La capacidad metarrepresentacional es la que nos permite hacer mutuamente manifiesto un estímulo de la intención comunicativa del H, ya que el concepto de manifiesto implica la representación mental por parte de O y H- A través de este estímulo, el H quiere hacer manifiesto, o más manifiesto, un conjunto de supuestos a la O.

Cuando el estímulo es un enunciado, el contenido del significado es un conjunto de supuestos incrustado en la intención informativa que, una vez que es mutuamente manifiesta, es transparente. Por eso se necesita de una representación de cuarto orden:

- 1) El H quiere
- 2) Que la O crea
- 3) Que el H quiere
- 4) Que la O crea que x, donde x es un supuesto o una información. (Sperber:1994).

En una comunicación normal entre adultos, quien interpreta el mensaje metarrepresenta los pensamientos del hablante como algo que el hablante pueda pensar que sea relevante para la oyente. La comunicación es entonces, vista en esta perspectiva, un juego de representaciones, donde un H necesita representarse, por un lado, su intención comunicativa y el contenido de su comunicación, y, por el otro, cómo este contenido puede ser relevante para la O. Por su parte, la O necesita metarrepresentarse la intención comunicativa del H y lo que el H haya podido pensar que sea relevante para ella para poder

interpretar su comunicación. Esto nos da la posibilidad de interactuar con los otros seres humanos interpretando sus expresiones verbales como reflejos de sus intenciones y de manipular las representaciones mentales de los otros modificándolas de alguna forma comunicando nuestras actitudes o intenciones de forma ostensiva, es decir comunicando a quien escucha la intención de comunicarle algo y/o nuestras actitudes hacia lo comunicado.

La comprensión verbal consiste en la formación, por parte de la O, de una metarrepresentación de una representación del H. La O necesita representarse, al mismo tiempo, el contenido que un H quiere que se represente, y el hecho de que el H quiere que ella se represente que él quiere comunicarle una representación.

En la comunicación lingüística se utiliza el material decodificado sólo como una evidencia a partir de la cual se ponen en marcha los procesos inferenciales necesarios para la construcción del significado que el H pretende comunicar.

Hay tres niveles siempre presentes de representación mental (Wilson:2000):

a) Un nivel abstracto, en que la representación de propiedades del contenido de pensamientos o enunciados se reduce a sus propiedades lógico-semánticas y se puede evaluar en términos de lógica formal, o sea, de condiciones de verdad.

b) Un nivel mental o privado (ocurre dentro del individuo: pensamientos), que incluye el nivel abstracto más propiedades psicológicas.

c) Un nivel público (la comunicación entre dos o más individuos, que tiene la forma lingüística de enunciados), que incluye el nivel abstracto y el mental más cualidades comunicativas.

La capacidad metarrepresentacional nos da la posibilidad de reflexionar sobre las propiedades formales del contenido de las representaciones abstractas (privadas y públicas), sobre las proposiciones que expresan, atribuir representaciones mentales (privadas) a otras personas, hacer ejercicio de lectura de la

mente e interpretar representaciones públicas. Representaciones públicas y privadas se pueden considerar no sólo en su dimensión abstracta o lógico-formal, sino también en un contexto específico de emisión. Todos estos procesos, muy complejos, tienden a ocurrir de manera espontánea e inconsciente, pero también pueden desarrollarse de forma más reflexiva.

Estos tres niveles de metarrepresentación -abstracto, privado y público- están siempre presentes en la comunicación verbal ostensiva abierta, aun con predominio variable de un nivel sobre otro, como tres capas de representación, y, por consecuencia, de procesamiento de la comunicación. Cualquier enunciado en una situación comunicativa tiene estos tres niveles: un nivel abstracto proposicional, lógico-formal, anclado a condiciones de verdad; un nivel privado, ya que cualquier enunciado es la representación del pensamiento de alguien; y finalmente un nivel público, comunicativo, ligado a la ostensión y a la atribución de intenciones.

Si Sabina le dice a Mauricio: “Hoy también llegaste tarde a nuestra cita”, Mauricio puede evaluar la proposición expresada por Sabina en términos de lógica formal, de verdad o falsedad del enunciado con respecto al estado de cosas que representa. Por ejemplo, Mauricio puede contestar: “No es cierto. Ayer no llegué tarde”, ya que la palabra “también” presupone una recurrencia; o puede decir “Sí, es verdad que hoy llegué tarde pero ayer no.” En este caso estará partiendo de las propiedades abstractas, lógico-semánticas, del enunciado para contestarle a Sabina. Mauricio necesita también atribuirle a Sabina, sobre la base del enunciado comunicado, una representación mental privada como “Sabina está molesta porque yo llego siempre tarde”. Finalmente, Mauricio tiene que interpretar el acto comunicativo ostensivo de Sabina atribuyéndole una intención comunicativa: “Sabina quiere que yo me dé cuenta que ella está molesta porque yo llego siempre tarde”.

Como podemos ver, estos tres niveles están presentes y entrelazados, aunque su predominio puede variar. A partir del reconocimiento del carácter representacional y metarrepresentacional de la comunicación humana, la corriente de estudios de pragmática con un enfoque cognitivo originada por

Sperber y Wilson (1986/1995) estudia la comunicación verbal ostensiva abierta como representación de los pensamientos y manifestación y reconocimiento de las intenciones.

Hay muchos estímulos en el mundo que pueden llamar nuestra atención y ser representados: una característica peculiar del uso del lenguaje es la de proporcionar un estímulo ostensivo, diseñado para ser reconocido como un acto de comunicación que lleva consigo una intención por parte de quien comunica.

1.3.7. Estrategias de interpretación.

Las expectativas de relevancia de un individuo pueden ser más o menos sofisticadas. La O puede presuponer que el H es competente, es decir, que tiene un conocimiento adecuado del código lingüístico y del argumento del que está hablando, y/o que es benevolente, o sea, que tiene la intención de comunicarle todo lo que sabe, que conoce como verdadero sobre un dado argumento, o ninguno de los dos. En otras palabras, una teoría pragmática psicológicamente plausible tiene que explicar por qué mentimos a propósito, damos información equivocada, somos reticentes, y cómo podemos detectar estos elementos. Al final, si la comunicación es una forma de manipular representaciones mentales, necesitamos mecanismos que nos protejan del engaño, o, desde otro punto de vista, mecanismos que nos permitan engañar, manipular sin ser manipulados (Sperber:1994).

Estudios sobre el desarrollo de la Teoría de la Mente en los niños y en los autistas, que son individuos con una Teoría de la Mente más o menos dañada o subdesarrollada (Leslie-Happé:1989, Happé:1993, Happé-Loth:2002), han demostrado que la estrategias de comprensión cambian con la evolución normal de un sujeto.

En la primera etapa, la única estrategia de interpretación es la de Optimismo ingenuo, donde la O presupone que el H es competente, o es capaz en todos los sentidos de proporcionarle una información óptimamente relevante, y benevolente. En este caso la O presupone una relevancia real, escogiendo la

interpretación que sea más relevante para sí misma y presuponiendo una identidad absoluta entre las intenciones del H y sus propias intenciones.

Si mi amiga Yanira me dice: “Acaba de salir el último disco de la Baobab Orchestra”, mi estrategia de interpretación será la del Optimismo ingenuo: le creo porque, por un lado, pienso que jamás Yanira me daría una información que no es cierta y porque sé que ella está siempre más informada que yo, o sea, presupongo su competencia, y, por el otro, pienso que ella no quiere mentirme, que desea proporcionarme una información correcta y lo más exhaustiva posible, es decir, presupongo su benevolencia. Puedo interpretar de esta forma porque presupongo una identidad absoluta de mis intenciones y de las de Yanira con respecto a la Baobab Orchestra y a su último disco.

Los niños debajo de una cierta edad interpretan todo según esta estrategia ya que no pueden concebir que los otros individuos puedan tener información e intenciones que ellos mismos no poseen: piensan que todos sabemos y sentimos lo mismo, como se ha visto en numerosos experimentos (Sroda y Bezuidenhout:1998).

En la segunda etapa, un individuo desarrolla la habilidad de interpretar un enunciado según una estrategia de optimismo cauto, presuponiendo en el H benevolencia pero no necesariamente competencia: la O presupone relevancia tentativa, lo que el H podría haber pensado que sea óptimamente relevante para la O. Esta estrategia es la que se aplica en casos de relevancia o irrelevancia accidental, o sea cuando hay un elemento importante del contexto que no es mutuamente manifiesto, lo que puede llevar a un desfase en la interpretación que sin embargo no es debido a una intención encubierta del H sino a una diferencia en los supuestos contextuales de partida, o sea en el contexto de interpretación. Si Yanira me dice “Acaba de salir el último disco de la Baobab Orchestra” y yo ya lo sabía, no voy a pensar que Yanira me quiere manipular, sino simplemente que Yanira no sabía lo que yo sabía, que pensó que esta información iba a ser relevante para mí por una diferencia en lo que es manifiesto a mí y a ella.

En la última etapa, un individuo es capaz de adoptar una estrategia de entendimiento sofisticado: la O no presupone que el H sea ni competente ni benevolente. La O necesita metarrepresentarse los pensamientos del H sobre sí misma, lo que el H supone que sean sus expectativas, ajustando su discurso a este tipo de expectativas para manipular a la O y hacerle creer lo que él quiere que crea. Si la O está consciente de esta posibilidad, tendrá una expectativa de relevancia pretendida, o aparentada: tratará de rescatar lo que ella piensa que el H puede haber supuesto que le parecería óptimamente relevante a ella (Sperber:2000; Wilson:2000). Esta estrategia permite desarrollar mecanismos de producción y detección de mentiras.

Un buen ejemplo de este tipo de estrategia es el discurso de la CECU, Comisión Organizadora del Congreso Universitario cuya elección debería de haber sido anulada por su total falta de representatividad. La CECU, después de haber tardado más de un año en empezar a organizar el Congreso, convoca a todas las dependencias a realizar foros de diagnóstico local en un plazo sumamente corto, con poca publicidad y sin prever mecanismos concretos para implementar la participación de la comunidad, especialmente de sus miembros más desprotegidos. Si la CECU en su convocatoria habla de “participación real de toda la comunidad universitaria en la toma de decisión” o de “mecanismos de participación democráticos e incluyentes”, yo, maestra de asignatura del CELE y de la FFYL, no puedo suponer ni competencia ni benevolencia para interpretar su discurso: sé que la CECU utiliza el tipo de discurso que toda la comunidad académica se espera de ella para aparentar una seriedad y un real interés hacia los problemas de la UNAM, que en realidad no tiene, ya que si los tuviera implementaría medidas reales para que toda la comunidad, o gran parte de ella, tomara efectivamente parte en el proceso de toma de decisiones sobre la agenda del Congreso.

1.3.8 Mecanismos de significación: el concepto de semejanza interpretativa.

Si la relación entre lenguaje y pensamiento es una relación metarrepresentacional, la comunicación verbal ostensiva tiene con el pensamiento una relación de semejanza, y no de identidad como se asumió en el modelo del código: cada expresión interpreta un pensamiento en virtud de su semejanza con éste.

Este concepto es definido como **semejanza interpretativa** (Sperber y Wilson:1986/1995). Cada expresión es, en un primer nivel, la interpretación del pensamiento del H. En un segundo nivel, un enunciado puede utilizarse para comunicar cualquier otra expresión en virtud de la semejanza interpretativa entre ambos.

La idea del lenguaje como metarrepresentación hace posible la distinción entre el **uso descriptivo y el uso interpretativo** de un enunciado. En el primer caso, un enunciado se utiliza para representar un hecho del mundo en virtud de que la forma proposicional de ese hecho que representa es verdadera. En el segundo, un enunciado se usa para representar otra representación que tiene una forma proposicional en virtud de la similitud entre los contenidos proposicionales de ambos (Sperber y Wilson:1981, 1986). Uso descriptivo e uso interpretativo son mutuamente excluyentes.

El concepto de semejanza interpretativa es un concepto técnico que permite dar una explicación única de todas las metarrepresentaciones. La semejanza puede ser de varios tipos: perceptual, lingüística, lógica, matemática, conceptual, estilística, tipográfica. La semejanza interpretativa es una semejanza de contenido, la forma proposicional de una expresión se parece a otra en la medida en que las dos comparten implicaciones analíticas (que son implicaciones lógicas no triviales, recabadas de una sola premisa, válidas por la forma proposicional de la expresión independientemente del contexto) e implicaciones contextuales (derivadas por el contenido proposicional de la expresión en un determinado contexto).

Por ejemplo, si digo “Mi hermano se llama Carlo”, este enunciado describe un hecho del mundo y es verdadero si y sólo si mi hermano (el hermano de quien escribe) se llama efectivamente Carlo. En cambio, si digo “Mi hermano es el cachorro de la familia”, estoy haciendo un uso interpretativo de este enunciado, ya que “cachorro”, en términos propios, es un animal y no una persona. Este enunciado interpreta un pensamiento como “Mi hermano es el hijo menor de la familia”, en virtud del hecho que ambos comparten suficientes implicaciones analíticas (su forma lógico-proposicional es muy similar) y contextuales (ya que

“cachorro” significa “animal joven de edad, inmaduro todavía” y comparte con el concepto de “hijo menor” suficientes implicaciones en este contexto).

Un subtipo de semejanza interpretativa es la **interpretación ecóica**, que es la mención no literal e indirecta (o sea, no una cita explícita, directa y literal, sino una interpretación del sentido general) de un enunciado dicho por alguna otra persona y hecha no sólo para un propósito informativo, sino para expresar simultáneamente una actitud hacia el enunciado reportado.

Por ejemplo, en el diálogo reportado en 1.3.6:

Sabina: -¿Qué dijo Bush de la negativa de Francia a hacerle guerra a Irak?

Clara: -Que se van a arrepentir, pinches franceses.

En este ejemplo es evidente que Clara, al interpretar el discurso de Bush (no lo está mencionando literalmente), está simultáneamente expresando una actitud de desaprobación hacia ese discurso.

La distinción entre uso interpretativo y uso descriptivo, junto con el concepto de relevancia, es fundamental para entender el tratamiento que le da la TdR al lenguaje figurado y, por ende, su análisis de la ironía, tradicionalmente considerada parte del lenguaje figurado, a la cual caracteriza como un tipo de interpretación ecóica indirecta, acompañada por la expresión de una actitud disociativa del H, más similar al lenguaje referido que al lenguaje figurado (Sperber y Wilson:1981, 1986,1988, 1990, 1998; Sperber:1984; Wilson y Sperber:1992). En el próximo capítulo abordaré estos temas.

CAPITULO 2. EL LENGUAJE FIGURADO.

2.1. Introducción.

La retórica ha sido definida como “el arte de elaborar discursos gramaticalmente correctos, elegantes, y, sobre todo, persuasivos. Arte de extraer, especulativamente, de cualquier asunto cotidiano de opinión, una construcción de carácter suasorio (persuasivo, NdR) relacionada con la justicia de una causa, con la cohesión deseable entre los miembros de una comunidad y con lo relativo a su destino futuro”¹³.

Lausberg (1949:9) define la retórica como “Un sistema más o menos elaborado de formas lingüísticas y de conceptos que pueden servir para el objetivo de obtener el efecto deseado por quien habla en una situación dada”.

Este conjunto de teorías genera una técnica normativa que se ha construido a partir de la teoría clásica de Platón y, especialmente, de Aristóteles quienes han sido re-leídos y reinterpretados en muchas direcciones en el transcurso de los siglos.

Es preciso recordar que el mundo antiguo hasta (por lo menos) la invención de la prensa no tenía con los textos la misma relación que se tiene en el mundo moderno, donde hay derechos de autor y existe el delito de plagio: la retórica clásica, así como ha llegado hasta el siglo XXI y como se expone en los modernos tratados de retórica, es un conjunto de técnicas que se ha ido definiendo durante los siglos y no constituye un *corpus* absolutamente coherente.

¹³ Beristáin:426.

Resultado de dos milenios de tradición, reelaboración y reinterpretación de los textos de Platón y Aristóteles, a través de los compendios de Cicerón y Quintiliano, retomada y “cristianizada” por los Padres de la Iglesia, reformulada en la Edad Media como *Ars poetriae* o *Ars dictaminis* (preceptos prácticos para componer, respectivamente, poemas y epístolas), revitalizada en el Renacimiento gracias a la filología y al descubrimiento de los textos originales de los autores antiguos (el caso más notable es el descubrimiento en 1416 del manuscrito completo de la *Institutio Oratoria* de Quintiliano), la retórica fue enseñada en las universidades a lo largo de todo el siglo XVII a pesar de los ataques cada vez más violentos que le llegaban desde la filosofía de la ciencia, que consideraba el discurso retórico como contrapuesto al discurso dialéctico de la demostración científica. Locke la calificó como arte del engaño, y D’Alembert como algo pueril y pedante que se opone a la filosofía.

En el siglo XVIII, la influencia de la lógica y la fusión ya completa de la retórica y la poética promueven un proceso de “literaturización de la retórica” (Beristáin:437) en autores como Vico y Fontanier. Kant y Croce sucesivamente atacaron la retórica como algo que engaña a la audiencia con juegos de apariencia hermosa, robados a la poesía, para perseguir el provecho del orador. Consideran a la retórica como un conjunto de estrategias de seducción utilizadas por políticos y abogados corruptos, y la contraponen al discurso filosófico racionalista que persigue la verdad científica o filosófica absoluta. Estos autores proponen una retórica al servicio del discurso verdadero, justo y legítimo, una retórica al servicio de la moral, una argumentación moralista, que remonta a ciertos diálogos de Platón, pasando por San Agustín y los autores cristianos.

Finalmente, en los siglos XVIII y XIX, asistimos a un declinar de la retórica clásica que se reduce paulatinamente a una teoría del estilo¹⁴.

¹⁴ Todas las informaciones de este párrafo (y muchas más) se encuentran bajo la voz “retórica” de Beristáin:2000 (p.426-443).

Se pueden trazar líneas generales de desarrollo de una corriente dominante de la retórica que ha influido en las ciencias del lenguaje, en la crítica literaria y estilística, en el discurso forense, filosófico y científico, hasta ser retomada en el siglo XX desde varios puntos de vista y con varias finalidades, como veremos más adelante.

La retórica se ha colocado en la encrucijada de la demostración filosófica, por un lado, y la argumentación y convencimiento por medio de técnicas estético-poético-literarias, por el otro, entre lo útil y lo placentero, entre la demostración hermenéutica y las técnicas para manipular y seducir a una audiencia sin importar el contenido del discurso. Ha sido considerada al mismo tiempo un instrumento al servicio de la verdad, y una técnica inmoral que puede convencer de cualquier cosa, adornar las mentiras para que parezcan verdades, argumentar en favor de cualquier tesis independientemente de su contenido.

En primera instancia podemos distinguir entre una *retórica en sentido general*, como fenómeno expresivo del lenguaje humano, y una *retórica clásica*, como descripción teórica y normativa de este fenómeno. La retórica es a la vez una práctica, una técnica comunicativa, un análisis de la forma en que nos expresamos y una teoría, es la disciplina que incluye un conjunto de doctrinas como ciencia del discurso (lugar de teorías filosóficas) y como conjunto de las normas que codifican su buen funcionamiento, o sea una preceptiva. En inglés hay dos palabras distintas: *rhetoric*, son las prácticas retóricas y *rhetorics* es la teoría que las estudia sistemáticamente.

Si bien por *retórica en sentido más amplio* se entiende el arte del discurso en general, la retórica clásica se ha ocupado históricamente del discurso de parte, especialmente del discurso pronunciado en el juzgado, pero también de “cualquier discurso dirigido hacia el convencimiento, con la intención de orientar al auditorio hacia una opinión y/o una decisión” (Lausberg:1949:9).

En términos modernos, podemos decir que las formas lingüísticas y retóricas se llenan de contenido según la intención del emisor, y tienen un efecto real sobre un receptor. Este último tiene que compartir

con el emisor su código lingüístico, pero no tiene que conocer necesariamente las formas retóricas que el emisor está utilizando para que estas formas tengan sobre él el efecto deseado. Esta diferencia de información entre emisor y receptor vale también para la literatura y la poesía: el lector necesita tener un conocimiento de la situación del discurso y del código lingüístico del texto, sin embargo, no necesita estar consciente de las formas retóricas usadas por el autor para disfrutarlas.

La retórica clásica tiene un aspecto cognitivo y uno técnico-normativo. Es, por un lado, un intento de descripción de los mecanismos y las formas de la comunicación natural desde un punto de vista de eficacia comunicativa, de adecuación a un objetivo; por otro lado, la tradición retórica constituye un *corpus* de saber técnico, explícito, muy codificado (aunque a veces poco claro), que ha influenciado las formas de expresión escrita en la cultura occidental.

Una potencialidad del análisis retórico es, entonces, analizar el estilo de un autor-emisor como una evidencia, como un instrumento de su intención de provocar determinados efectos sobre el lector-receptor.

2.2 La retórica clásica.

La retórica como arte de la elocuencia nace en Sicilia, como técnica empleada en los juicios para el derecho de propiedad, y de allí pasa a Atenas con los sofistas, que se presentaban públicamente como educadores y maestros de sabiduría y dominaban la retórica y la dialéctica como el arte de explorar los múltiples aspectos de cualquier asunto, poniendo en evidencia los argumentos más aptos para alcanzar un objetivo, y dejando en la sombra los demás argumentos.

La retórica antigua abarca tres géneros de discurso: el deliberativo, cuyo objetivo es aconsejar algo útil y desaconsejar algo dañino o peligroso; el judicial, donde se trata de defender al justo y culpar al injusto para inducir a los jueces a tomar una decisión; el demostrativo o epidíctico, cuya función es halagar lo bonito y despreciar lo feo.

La retórica de los sofistas se define como una técnica de persuasión, caracterizada por un fuerte aspecto práctico y normativo, y se compone de tres partes principales: la primera es la *inventio* que se desarrolla a partir de la *quaestio*, el tema del discurso, y es la búsqueda de argumentos que funcionen como un formulario de preguntas básicas (¿quién? ¿qué cosa? ¿dónde? ¿con el auxilio de qué? ¿por qué? ¿cómo? ¿cuándo?), que se desarrolla en una tópica, o sea en *loci*, lugares comunes estereotipados.

La segunda parte es la *dispositio*, que concierne el orden del discurso. Desde este punto de vista el discurso se divide en *exordium*, o comienzo, en que el orador captura la benevolencia del público (*captatio benevolentiae*) y anuncia la *partitio*, que explicita la división sucesiva del discurso. Siguen la *narratio* o recuento de los hechos, la *confirmatio*, donde el orador presenta sus argumentos, y la *confutatio*, donde se refutan los posibles argumentos del adversario. Finalmente un *epilogus* o epílogo, en que se retoman los puntos y se trata de conmover el público.

La tercera parte es la *elocutio*, que tiene el objetivo de darle una forma lingüística adecuada a los diferentes elementos del discurso.

Adversario de los sofistas, considerados como técnicos formalistas del discurso, Platón rechaza una retórica cuyo objeto es lo verosímil y le contrapone una retórica filosófica, que es la dialéctica, que tiene como objeto la verdad y presupone un compromiso ético del orador hacia el objeto de su discurso y un interlocutor activo, como acontece de hecho en los Diálogos platónicos.

En cambio, Aristóteles reserva un lugar importante a la retórica, definiéndola como “el arte de descubrir los medios de persuasión posibles con referencia a cualquier argumento”, cuyo instrumento es el entimema o silogismo probable, que se basa sobre premisas verosímiles fundadas sobre la *dóxa* u opinión común. Si para Aristóteles la dialéctica era la parte de la lógica que no trataba lo necesario sino lo probable, ya que sus demostraciones no son ciertas, el pensamiento tardío antiguo y medieval identifican la dialéctica con la lógica. En cambio, el descubrimiento y la lectura de los textos originales aristotélicos que se dio con la

escolástica en el siglo XIII, le dio a la dialéctica un lugar cercano al de la retórica, con la cual en un punto pareció identificarse.

La retórica aristotélica se configura especialmente como arte del razonamiento, su sistema comprende una teoría de la argumentación que es su eje principal y garantiza su relación con la lógica, por un lado, y con la filosofía, por el otro, como teoría de la elocución y de la composición del discurso. Una demostración se hace por medio del *exemplum* o ejemplo -lo que en dialéctica es el procedimiento inductivo¹⁵- o del entimema, que en dialéctica correspondería al silogismo, rey del procedimiento deductivo, con la diferencia de que el silogismo lógico está anclado a las condiciones de verdad y, en cambio, el entimema llega a conclusiones probables pero refutables¹⁶

La retórica aristotélica se introduce en Roma gracias a Cicerón, él mismo un orador, quien acentúa el aspecto práctico más que el filosófico de la retórica, y especialmente a Quintiliano, que nos ofrece el tratado de retórica clásica más completo y claro al resumir el sistema aristotélico, dándole sin embargo un enfoque más técnico y normativo y menos especulativo y filosófico. Con él la retórica se vuelve también un arte de la composición escrita. Éste será el comienzo de una transformación que se cumplirá en los siglos sucesivos, ya que, mientras Aristóteles había separado la retórica, como arte oratoria, de la poética como arte de la composición literaria, ahora las dos disciplinas tienden a confundirse hasta el punto que la retórica se considera como una segunda poética, y a la poética se le llamará segunda retórica.

¹⁵ El *exemplum* es análogo a la similitud pero más largo: se presenta algún hecho o persona como similar a otro hecho o persona ya conocido y fijado históricamente: “George Bush, como un nuevo Alejandro Magno, mueve a la conquista del Oriente para difundir los valores de la civilización occidental”. Si se expresa con una sola palabra es una antonomasia, ver n.7.

¹⁶ Ejemplo de silogismo lógico: Sócrates es mortal (*propositio*, o presentación de la conclusión final por demostrar); Todos los hombres son mortales (premisa o prueba mayor); Sócrates es un hombre (premisa o prueba menor); Sócrates es mortal, como se tenía que demostrar (conclusión). El silogismo puede tomar la forma de una oración condicional: Si todos los hombres son mortales y si Sócrates es un hombre entonces Sócrates es mortal. En el *entimema* se suprimen partes de la demostración, obteniendo como efecto una argumentación sólo probable pero no estrictamente lógica, por ejemplo: Tú también te puedes equivocar porque eres humano (falta de la premisa mayor Todos los humanos se pueden equivocar). O: Ganaremos porque somos los más fuertes (falta la premisa: los más fuertes son los que ganan); o: La guerra contra Irak es justa porque Saddam tiene armas de destrucción masiva (faltan muchas, muchas premisas...). Hay muchas tipologías de *entimema*, más o menos probables, según el tipo de premisas, su orden, etc. Véase Lausberg, 1969:370-377.

El objetivo pragmático cede el paso al objetivo estético. La antigua retórica del razonamiento se transforma hacia la retórica del estilo, con la desaparición de las formas republicanas y el surgimiento del imperio romano, la necesidad de convencer por medio de la elocuencia desaparece, cediendo cada vez más lugar a la necesidad de deleitar por medio de la literatura. De las particiones de la retórica, la *elocutio* se desarrolla como exposición minuciosa, clasificatoria por un lado y normativa por el otro, de las posibilidades expresivas del lenguaje según la finalidad del discurso, y resulta en un muestrario de figuras retóricas, de tipologías de desviación de las palabras de su “significado literal” para expresar un significado figurado diferente.

Según Aristóteles, el discurso se elabora en cuatro fases, y las primeras tres son casi simultáneas: *Inventio, dispositio, elocutio y actio*. A esta última (que se divide en *pronuntiatio y memoria*) concierne la pronunciación efectiva del discurso, la actuación del orador, la memorización y dramatización oratoria, por eso es la parte más periférica de la retórica, dando lugar a preceptos sobre la buena presentación física del orador, su actitud y postura hacia el público, el tono de su voz. Cicerón, como buen técnico, abunda sobre la *actio* en el *De Oratore*.

La *inventio* abarca lo relativo a la concepción del discurso, al hallazgo de las ideas generales, los argumentos, los recursos persuasivos o sea los *exempla*, o casos concretos, y los *tópoi*, o *loci* que son lugares comunes o específicos y sirven como premisas del entimema. La exposición clásica relativa a la *inventio* es entonces una tópica, un formulario de *tópoi* del exordio, de la narración y del epílogo, y de los estereotipos que estos contienen.

La *dispositio* organiza la materia hallada por la *inventio* y se define como “la distribución útil de argumentos y partes en los lugares oportunos” (Quint., *Inst. orat.*, VII,1,1). La idea básica es que hay un orden natural, que respeta la sucesión cronológica y la consecuente relación lógica de causa y efecto de los hechos. Se puede derogar al orden natural en favor de uno artificial para fines pragmáticos -dicho en

términos modernos: por supuesto, los antiguos maestros de retórica no utilizaban este término-, es decir, para aumentar la eficacia argumentativa, lo mismo que para fines estilísticos o estéticos.

La *elocutio* es la forma que se le da a este contenido en oraciones gramaticalmente correctas, llegando a la precisión, claridad y elegancia, a un estilo apto para conducir a la persuasión del público por medio de las figuras retóricas que se dividen en tropos, figuras de palabra y figuras de pensamiento, de las cuales hablaremos en seguida.

En la base de todo este sistema está la distinción entre forma y contenido, entre un sentido literal, o propio de las palabras, y un sentido figurado, que es una desviación, un cambio del sentido literal que sigue mecanismos identificables y puede, por eso, ser entendida, se usa para aumentar la expresividad del discurso, y, por ende, su poder de convencimiento. El mismo vocablo “tropo”, que designa la sustitución de una expresión propia por una impropia de sentido figurado, significa “dirección”, ya que una expresión, desde su propio contenido semántico literal, se dirige o desvía hacia la expresión de un contenido diferente (Mortara Garavelli, 1988:144)¹⁷.

Actualmente, observa Beristáin (2000:428), se le llama retórica sólo a la *elocutio*, que concierne al uso del lenguaje figurado y al análisis de la organización general del discurso: ambos determinan la producción y el procesamiento de ciertos efectos estilísticos.

La cualidad necesaria de la *elocutio* es el *aptum*, “lo adecuado”, la conveniencia del discurso a su tema, a las circunstancias, a los objetivos, a las características del estilo o del género al que pertenece. Esta virtud de la *elocutio*, esencialmente pragmática, es el punto de partida y de llegada de las otras, que son la corrección gramatical y sintáctica, por un lado, y la claridad de exposición, por el otro. Estas tres virtudes, aptitud, corrección y claridad, son necesarias para cualquier discurso. La última es la elegancia, lograda

¹⁷ La pragmática moderna, en particular la TdR, cuestiona la oposición, propia de la retórica clásica, de sentido literario y sentido figurado.

con el uso oportuno de las figuras retóricas u *ornatus*, y está basada, como expusimos, en la diferencia entre forma y contenido del discurso.

El *ornatus* es “un lujo del discurso” (Lausberg:1949, 162), ya que la retórica clásica lo considera como “el ropaje lingüístico correcto, pulcro, gracioso y adornado con que se visten las ideas” (Beristáin:165). El supuesto de base es que hay un sentido literal siempre rescatable detrás del *ornatus*, que éste es una añadidura, algo que se sobrepone al sentido literal, con la intención de *delectare et movere* (deleitar y convencer). La cantidad y el tipo de *ornatus* recomendado están ligados a la teoría de los géneros literarios.

La retórica clásica divide el *ornatus* en *ornatus verborum* o *in verbis singulis* (de las palabras solas), y *ornatus sententiarum*, o *in verbis coniunctis* (de las oraciones).

Para cada uno de estos dos niveles, se distinguen¹⁸: alteraciones que afectan la corrección gramatical o sintáctica del discurso, llamadas respectivamente barbarismos y solecismos o, recientemente, metaplasmos (nivel fonético) y metataxas (nivel morfosintáctico)¹⁹, alteraciones que afectan la claridad o comprensibilidad del discurso, cuya peculiaridad se basa en la relación no unívoca²⁰ entre significante y significado, pues se puede dar como relación equívoca (homónimos), multívoca (sinónimos) o diversívoca (cuando no hay coincidencia ni entre significantes ni entre significados)²¹. Finalmente, hay alteraciones producidas por sustitución del significado literal con uno figurado, o sea, por el uso intencional y relevante (no en sentido técnico, sino en sentido coloquial), por fines expresivos y no por error o simple descuido,

¹⁸ Esta distinción, hecha por la retórica clásica, ha sido formulada en términos estructuralistas en el siglo XX por el grupo μ o de Lieja y está presente en Beristáin:2000.

¹⁹ Un ejemplo de barbarismo es la mala ortografía de una palabra (Beristáin:74), por ej. *ahuacate* por *aguacate*, o su sustitución innecesaria con la de otro idioma, como *drink* por *bebida*; un ejemplo de solecismo es *fuistes* por *fuiste*. Sin embargo, si estos fenómenos se practican conscientemente con fines expresivos se consideran respectivamente un metaplasmo (que incluye los préstamos de palabras extranjeras, los neologismos, las palabras dialectales o de jerga o idiomáticas) o una figura o *schema*, y se permiten como licencia poética (Beristáin:211).

²⁰ Por univocidad se entiende la relación que se da entre lexemas que coinciden por su forma y por su contenido conceptual (Beristáin:497).

²¹ La homonimia es una relación equívoca, de identidad entre significantes pero no entre significados, por ejemplo, la palabra *banco* en sus acepciones de “asiento sin espalda”, de “institución financiera” y de “conjunto de peces”. La sinonimia es una relación multívoca, una equivalencia de significado con una diferencia de significante, por ejemplo: *vuela* en lugar de *corre* (Beristáin:476). Muchas veces la sinonimia se presta a procedimientos metafóricos. Las relaciones diversívocas son, en cambio, relaciones entre palabras que no comparten ni forma ni significado, por ejemplo, *casa* y *zapato* (Beristáin:497).

o *lapsus linguae* de un *verbum improprium* (palabra impropia) en lugar de un *verbum proprium* (palabra propia); estos son los tropos, figuras de significación o figuras retóricas propiamente dichas (Lausberg, 1969:117).

La retórica clásica considera los tropos como giros de palabras “en los que el cuerpo léxico está desviado de su contenido original y dirigido hacia otro distinto con el objeto de provocar lo que los antiguos llamaban *alienación*, los teóricos desde mediados del siglo XVIII *impresión estética*, y los formalistas y estructuralistas de este siglo *extrañamiento*” (Beristáin:213).

Los tropos, que atañen al *ornatus in verbis singulis*, se han clasificado con base en su relación con el “significado literal” que substituyen. La primera clase es constituida por tropos por dislocación de límites, que se dividen en tropos cuyos límites semánticos se dislocan en el mismo campo del contenido

conceptual, como perífrasis²², sinécdoque²³, antonomasia²⁴, énfasis²⁵, litote²⁶, hipérbole²⁷ y tropos cuyos límites se dislocan fuera del campo del contenido conceptual, como la metonimia²⁸.

La segunda clase agrupa los tropos por traslocación o salto: metáfora²⁹ e ironía³⁰, entendida clásicamente como “uso del vocabulario del adversario”, para que el receptor reconozca su propia falta de

²² Perífrasis: figura retórica que consiste en utilizar un frase para decir lo que podría expresarse con una palabra (Beristáin:395): “Nuestra máxima casa de estudios” en lugar de “la UNAM”.

²³ Sinécdoque: figura retórica basada en “una dislocación al nivel conceptual de la denominación del objeto que se quiere denominar” (Lausberg, 1969:192), basada sobre una relación entre un todo y sus partes. Hay una sinécdoque “de espacio mayor” (Lausberg, 1969:194) donde una parte se expresa por medio de una totalidad, por ejemplo, “los mortales” por “los hombres”, ya que la palabra “mortales” abarca también los otros seres vivos. La parte se expresa con el todo, el singular con el plural, el objeto con la materia, y una “de espacio menor” donde “lo más amplio se expresa por medio de lo más estrecho” (Lausberg, 1969:198), por ejemplo, “el pan cotidiano” en lugar de “el alimento cotidiano”, “no tengo techo” por “no tengo casa”, “el gringo controla Centroamérica” por “Estados Unidos controla Centroamérica”.

²⁴ Antonomasia: variación de la perífrasis y de la sinécdoques (Lausberg, 1969:203 y Beristáin:475) pero aplicada a los nombres propios. Consiste en la sustitución de un nombre propio con una pequeña perífrasis o con un apelativo: El defensor del Occidente (para referirse a Bush). La antonomasia vossianica es la sustitución de un nombre propio con otro nombre propio: El Superman del Occidente (Bush, de nuevo); el Beethoven del son cubano (Rubén González).

²⁵ Énfasis: define una característica con un concepto que la contiene sin nombrarla explícitamente, y tiene afinidad con la sinécdoque de espacio mayor y con la antonomasia: “Hay que ser hombre” (Lausberg, 1969:208) para definir una característica prominente del hombre, normalmente el valor. Hay una detracción de las palabras que corresponde a una ampliación de la cosa. Es un tropo que “manifiesta un contenido exacto mediante una expresión que corresponde a dicho contenido inexactamente” (Beristáin:171). Se puede usar, como la perífrasis, para “evitar la expresión de un contenido indeseado o peligroso”, y en este caso se presta para expresar intenciones lúdicas, irónicas o alusivas (Beristáin:171).

²⁶ Litote: figura en la que, para afirmar algo, se niega su contrario: “no muy pequeño” para decir “muy grande”; “no ignoro” para decir “lo sé”. Lausberg, 1969:211, la define como “una ironía de disimulación con valor perifrástico”.

Beristáin (305) la define como una figura de pensamiento en la que “para mejor afirmar algo, se disminuye, se atenúa o se niega aquello mismo que se afirma: “Conoce usted poco este problema” por “Desconoce totalmente”. En este caso coincide con el eufemismo. Por lo que atañe la relación de la litote con la ironía (Beristáin:306), véase *infra*.

²⁷ Hipérbole: es una amplificación creciente aplicada a las palabras aisladas con evidente intención de provocar un efecto de extrañamiento más allá de la credibilidad (Lausberg, 1969:212): “Te estuve esperando por eras geológicas”; “Te llamé mil veces”. De la hipérbole combinada con otros tropos (Lausberg, 1969:215, Beristáin:258), particularmente con ironía y metáfora, nos ocuparemos más adelante. “El carácter aritmético de la operación es en la hipérbole tan evidente como en la litote (Beristáin:257)”.

²⁸ Metonimia: “dislocación de la denominación afuera del nivel del contenido conceptual” que se mueve en niveles que “corresponden a una concatenación de un fenómeno de la realidad con las realidades que lo rodean” (Lausberg, 1969:216). “Sustitución de un término por otro cuya referencia habitual con el primero se funda en una relación existencial” que puede ser: 1) Causal: “eres mi alegría” 2) Espacial: “tiene corazón” 3) Espacio-temporal: “defendió la cruz” (el cristianismo) (Beristáin:327). La definición de la metonimia es especialmente complicada, y sus fronteras con la metáfora, por un lado, y con la sinécdoque, por el otro, no son muy claras (Beristáin:327-331, Lausberg, 1969:217-225).

²⁹ Metáfora: “figura (...) que afecta al nivel semántico de la lengua y que tradicionalmente solía ser descrita como un tropo de dicción o de palabra (a pesar de que siempre involucra más de una de ellas) que se presenta como una comparación abreviada y elíptica (sin el verbo) (Beristáin:310-311) “cabellos de oro” por “cabellos como el oro”.

“La metáfora es la sustitución de una palabra apropiada (“guerrero”) por una palabra cuyo significado entendido propiamente está en una relación de semejanza con el significado adecuado de la palabra sustituida (“león”), (Lausberg, 1969:228) “Aquiles es un león”.

³⁰ Ironía: “Figura retórica de pensamiento porque afecta a la lógica ordinaria de la expresión. Consiste en oponer, para burlarse, el significado a la forma de las palabras en oraciones, declarando una idea de tal modo que, por el tono, se pueda comprender otra, contraria (...). Cuando lo que se invierte es el sentido de palabras próximas, la ironía es un tropo de dicción y no de pensamiento (...) (Beristáin:277).

credibilidad y la entienda en sentido opuesto (Lausberg, 1969:232). Esta definición de ironía como “vocabulario del adversario” nos parece particularmente interesante para la perspectiva de la TdR y será retomada más adelante.

Finalmente, la tercera clase de tropos es la que abarca a los que lo son por extrañamiento, fuera del contexto, que juegan sobre sinonimias casuales no contextualizadas, como es la metalepsis, que es un uso trópico de un sinónimo incorrecto, o sea no apropiado en el contexto³¹. Esta impropiedad contextual puede llegar a considerarse como un error, o como un fenómeno caótico, tal es el caso de ciertas traducciones de traductores automáticos, por ejemplo, cuando se traduce el clásico binomio *Natur und Geist* (Naturaleza y Espíritu) con *Landschaft und Genspenst* (Paisaje y Fantasma) (ejemplo de Lausberg, 1969:173).

Estos diez tropos, según la tradición clásica, se pueden componer entre ellos. Lausberg distingue tropos de combinación metafórica como perífrasis, antonomasia vossiana, sinécdoque, metonimia, y tropos de combinación irónica: litote, hipérbole (Lausberg, 1969:235). Según la retórica clásica, la metáfora se puede expresar por medio de una perífrasis, si ésta contiene un elemento de comparación implícita; la antonomasia vossiana (véase nota 7) tiene un valor intrínseco de comparación entre dos personas o personajes; el uso de la parte por el todo y la relación causa-efecto se hace sobre la base de la similitud, y de una similitud prominente. La hipérbole y la litote, en cambio, por expresar un contenido excesivo o contrario, se prestan a la ironía.

En el *ornatus in verbis coniunctis*, siempre considerado como desviación del sentido literal, se distinguen figuras de palabra y figuras de pensamiento.

Las figuras de palabras son clasificadas, según las categorías básicas de mutación, en figuras por amplificación, detracción y orden, o permutación. Entre las figuras por amplificación se clasifican las

³¹ La definición de la metalepsis y su distinción de otros tropos como metáfora y metonimia es particularmente complicada, mostrando la dificultad de clasificación propia de todo el sistema: véase Beristáin:320-21, Mortara Garavelli, 1988:143-44.

figuras por repetición (de miembros sinónimos o parcialmente sinónimos)³² y las por acumulación (de miembros no sinónimos que pueden tener entre ellos una relación de similitud o de oposición)³³. Las figuras por detracción o supresión omiten algún elemento de la oración y su figura base es la elipsis, que puede ser gramatical, o sea, ser una detracción que afecta la sintaxis o la morfología normal, y que está generalmente codificada por las gramáticas como decir *cuarta* por *cuarta hora*, o bien puede ser retórico-expresiva.³⁴ Finalmente, las figuras por orden o permutación, que son un fenómeno de la *dispositio* (disposición) aplicado a la *elocutio* (Lausberg, 1969:329), incluyen los casos en que se cambia la disposición natural de las palabras a favor de una disposición artificial.³⁵

Los criterios de clasificación de las figuras de pensamiento según la retórica clásica no son homogéneos y aún menos coherentes que los empleados para las figuras de palabra, que, aunque no sean clasificadas de forma homogénea, se anclan más claramente a los niveles de la lengua, es decir, se pueden distinguir figuras de palabra a nivel fonético, como el anáfora o el *omeoteléuton*, a nivel semántico, como la

³² Las figuras por repetición se dividen en figuras con repetición de miembros iguales (cuya repetición se puede dar a contacto o distanciadas las unas de las otras, por ejemplo: ¡Oh Dios, Dios, por qué me abandonaste!; ¡O Dios, por qué me abandonaste, o Dios!), cuya figura de base es el anáfora, y repetición con variación de forma de la palabra, como el poliptoton (por ejemplo singular-plural, el mismo verbo conjugado en diferentes personas), la sinonimia, y los procesos de énfasis, donde la repetición de la palabra acontece en un contexto que enriquece enfáticamente su significado, como en la *distinctio* y la *reflexio* (Lausberg, 1969:241-292 clasifica minuciosamente estas figuras según el ritmo de repetición, la igualdad total o parcial de la palabra repetida, su función sintáctica).

³³ Las figuras por acumulación van añadiendo significados como miembros de una oración: la acumulación puede ser coordinante o subordinante, y su figura base es la *enumeratio*, o enumeración, y se clasifica según la relación semántica entre los miembros enumerados, puede resolverse en acumulación desordenada o *congeries*, en la polarización de dos miembros, etcétera (para una clasificación detallada, véase Lausberg, 1969:293-316).

³⁴ La detracción se da por expulsión de un miembro de la oración, que se utiliza una sola vez y se deja tácito las siguientes veces, y puede ser complicada por el hecho de que la función sintáctica y/o el valor semántico del miembro expulsado pueden variar (*zeugma*: Lausberg, 1969:320-326); se da también por compresión, o elipsis gramatical (omisión de partes de la oración) o retórica (*asíndeton* u omisión de la conjunción “y” en miembros coordinados). Para una clasificación del asíndeton según la relación semántica entre sus miembros, véase Lausberg, 1969:328.

³⁵ El anástrofe es la inversión de un orden típico como adjetivo-sustantivo o verbo-complemento. Por ejemplo, “mi corazón me robó”; el hipérbaton o separación de dos palabras que tienen un estrecho vínculo sintáctico, ejemplo: “Mi partido corazón”. Un uso extendido y mezclado de anástrofe e hipérbaton da como efecto una *mixtura verborum*. Otra categoría de figuras por orden es el *isócolon*, que consiste en la correspondencia sintáctica de la composición de las partes, con un fuerte efecto de simetría, que puede ser reforzado por igualdad o similitud fonética de las palabras involucradas con efectos de sonido: aliteración (repetición insistente de los mismos sonidos), omeoteléuton (misma terminación). Dentro del *isócolon* puede haber variaciones como la inversión del orden de los miembros (*quiasmo*), o la variación de la simetría sintáctica (*variatio*). Lausberg, 1969:329-362 clasifica minuciosamente las variaciones posibles.

enumeración, y a nivel sintáctico, como el anástrofe, el quiasmo, el *isócolon*³⁶. Los criterios de clasificación de las figuras de pensamiento parten de conceptos vagos y poco definidos, que a veces coinciden con hechos comunes a más de una categoría, oscilando entre criterios argumentativos, de análisis del discurso, pragmáticos, gramaticales-sintácticos. Como observa el mismo Lausberg:

Las figuras de pensamiento atañen a las ideas encontradas por quien habla para la elaboración de la materia: por lo tanto, son propiamente objeto de la *inventio*. Su análisis escolástico en el marco de la *elocutio* se explica con el hecho de que elaboración intelectual y formulación lingüística son un proceso inseparable (...). La sistematización de las figuras de pensamiento es difícil” (Lausberg, 1969:363).

Bice Mortara-Garavelli subraya que la inseparabilidad entre contenidos y formas, cosas y palabras, es lo que dificulta las clasificaciones de la retórica clásica:

Las clasificaciones de las “figuras de pensamiento” aparecen todas no homogéneas, menos atendibles que las taxonomías correspondientes de las figuras de palabra, que tenían al menos como base de comparación alguna individuación de estructuras gramaticales. Las figuras de pensamiento, al contrario, se caracterizaron por el fundamento incierto de conceptos vagos, mal (o nunca) definidos, que se hacían coincidir intuitivamente con procedimientos discursivos comunes a más de una figura (...). En la prueba de los hechos, se volvía difícil definir esquemas de pensamiento con los instrumentos del antiguo “arte de bien hablar”. Fundada sobre la distinción entre *res* (cosas, contenidos) y *verba* (palabras, formas), la bipartición de las figuras pone en tela de juicio esta misma separación, ya que las *res* también, aún “contenidos”, son analizables en cuanto “materia formada”, no un magma inseparable, pero la “forma” no se puede identificar *sic et simpliciter* con “las palabras”. (...) Ninguna maravilla entonces si los mismos hechos discursivos son para unos figuras de pensamiento, para otros figuras de palabra, de estilo (...). Lausberg (...) se preocupa de avisar, en su caso, que un mismo procedimiento puede ser una figura gramatical por lo que atañe a las modificaciones morfológicas, figura de palabra al nivel de las modificaciones sintácticas y de los efectos estilísticos, y figura de pensamiento con respecto a las relaciones lógico-semánticas, el marco temático, los objetivos de la comunicación, etcétera” (Mortara Garavelli, 1988:235-237).

Helena Beristáin pone en relación las figuras de pensamiento con el aspecto pragmático de la interpretación:

Las figuras de pensamiento rebasan el marco lingüístico, textual; presentan la idea bajo un cariz distinto del que parece deducirse del solo párrafo, y se interpretan con auxilio de contextos más amplios, ya sea explícitos (...) o implícitos, sabidos o inferibles. Se agrupan como metalogismos y afectan a la relación lógica que existe entre el lenguaje y su referente. Entre ellos, unos son tropos porque (...) poseen sentido figurado, por ejemplo, *ironía*, *paradoja*, *litote*, pero la mayoría de las figuras de pensamiento sólo afectan a la lógica del discurso; tal ocurre con *interrogación retórica*, *dubitación*, *corrección*, *conciliación*, *permisión*, *reticencia*, *antítesis*, *énfasis*, etcétera (Beristáin,2000:214).

³⁶ Sobre esta distinción estructural está basada la clasificación de las figuras retóricas hecha por el grupo de la Rhetorique Générale o Grupo m, tomado en cuenta por Beristáin:1985.

Lausberg clasifica experimentalmente las figuras de pensamiento según las categorías de adición³⁷, detracción o supresión³⁸, orden o permutación³⁹ y sustitución⁴⁰ (Lausberg, 1969:363).

2.3 Problemas de la retórica clásica.

El punto débil de las clasificaciones anteriores, es que quieren tomar en cuenta el “pensamiento” más allá de sus formas de expresión, es decir, tratan de separar el “contenido” de la “forma” lingüística. Como resultado, los mismos hechos discursivos se pueden analizar como figuras de palabra o de pensamiento, y las teorías clásicas presentan muchas discrepancias en el análisis.

La idea es que las figuras de pensamiento son modos de la argumentación, esquemas de razonamiento, mecanismos esencialmente lógicos, sin embargo, la expresión de estos modos utiliza el lenguaje figurado, ya sea como tropos o como figuras de palabra, o, según el análisis clásico, aplica la misma lógica de un

³⁷ Las figuras por adición se dividen en figuras de amplificación (como repetición variada e insistente, o *commoratio*; como ejemplificación probante o *evidentia*; como razonamiento semi-lógico o entimema; como simple añadidura de un pensamiento accesorio o epífrasis); figuras de aclaración semántica (definición; dubitación o evaluación de varias posturas contrastantes; *correctio* u oposición de dos definiciones, del tipo no p, sino p y sus variantes) y figuras de dilatación semántica: antítesis u oposición que se puede expresar en *oxímoron* o contradicción en términos; en quiasmo o permutación del orden de las palabras; lugar común o *sententia*, que se expresa como cita de un proverbio o un dicho relevante respecto al tema del discurso o como comparación o ejemplo.

³⁸ Estas son las figuras de la brevedad o *braquilogía*, que eliminan particulares inútiles o inadecuados, o “tabú”, por alguna razón (laconismo y *percursio*) y de la *obscuritas* u oscuridad intencional, donde se deja al receptor la responsabilidad de completar un discurso o se declara la omisión de algo que finalmente se menciona (*praeteritio* y *reticentia*).

³⁹ Las figuras *per ordinem* son las en que el orden lógico de unos acontecimientos se invierte; el *hysteron proteron* (literalmente, último primero) consiste en empezar por el último acontecimiento o elemento de una cadena lógica para luego regresar a los precedentes; el paréntesis, que interrumpe el orden normal poniendo en evidencia su mismo contenido; y la *subnexio* o añadidura sucesiva de ideas auxiliares a un tema ya desarrollado.

⁴⁰ Estas figuras se dividen en las que operan una sustitución del contenido semántico, y entonces corresponden a los tropos pero a nivel de todo el discurso: alusión (hablar por insinuaciones o enigmas, referirse a algo sin expresarlo abiertamente, “dar a entender” sin suscribir claramente, Mortara Garavelli, 1988:258-260), alegoría (que es una imagen construida con metáforas, como una metáfora compuesta cuyo significado se deriva por la suma de sus elementos, interpretados según un significado unificador, o clave), personificación o prosopopeya (representación de entidades abstractas o inanimadas como si fueran personas), disimulación y simulación, que consisten en no decir directamente lo que se piensa y en disimularlo sin esconderlo totalmente por medio de tropos (énfasis, perífrasis, litote); muchas veces esta práctica da como resultado una actitud irónica. La segunda clase de las figuras por sustitución operan sobre la sustitución o desviación de la situación del discurso: desviación del interlocutor o *sermocinatio* (se le da voz a un interlocutor imaginario); desviación del tema del discurso como digresión (*digressio*), o de la modalidad del discurso como *licentia* (pretendida sinceridad o falta de consideración hacia una posible susceptibilidad del auditorio), como *concessio* (momentánea admisión o reconocimiento, generalmente ficticio, de las razones del adversario), y como *dubitatio* (actitud de duda o incertidumbre del orador hacia un tema particularmente difícil). Finalmente, la desviación del interlocutor por medio del *apóstrofe*, en donde se explicita (a veces cambiándolo) el receptor dirigiéndose a él directamente en segunda persona. La tercera y última clase de las figuras por sustitución opera por sustitución de la estructura sintáctica y abarca fenómenos como la interrogación y la exclamación retórica, o sea, interrogaciones o exclamaciones cuyo objetivo es sólo poner en evidencia la afirmación que está detrás de ellas.

tropo a todo un discurso, como en el caso de la ironía si no es expresada por una sola palabra ni por una pequeña frase, o de la alegoría como serie estructurada de metáforas.

Por el otro lado, se clasifican entre las figuras de pensamiento las modalidades sintácticas más adecuadas para expresar determinadas argumentaciones o para dar más fuerza a un argumento. En la clasificación se considera también, aunque no explícitamente, la intención del orador, como en el caso de la interrogación retórica, donde la intención del orador es suscribir con fuerza lo que parece sólo estar preguntando.

Es preciso observar que en la retórica clásica, la forma, la función y el significado de las figuras retóricas en general, son objeto de un análisis muy detallado porque se considera que estos procedimientos contribuyen a la eficacia de la argumentación y al prestigio retórico del discurso. Sin embargo, la cantidad y la sutileza de las particiones, la incertidumbre de las definiciones, la superposición de clasificaciones y subclasificaciones no responden a la realidad lingüístico-psicológica.

Estamos tratando de resumir todo este aparato (eliminando o simplificando muchas clasificaciones) sólo para dar una idea del sistema retórico clásico, y porque muchas de estas definiciones nos serán útiles siempre y cuando las anclamos, por un lado, a una realidad psicológica y, por el otro, al reconocimiento de mecanismos lingüístico-textuales precisos.

La naturaleza de la retórica es descriptiva de fenómenos que existen independientemente de ella, y también prescriptiva, ya que a partir de la descripción se derivan modelos de argumentación y expresión que se pueden utilizar conscientemente para objetivos definidos. La retórica clásica establece unas formas como más adecuadas para alcanzar un objetivo, que es el de convencer a un auditorio; sin embargo, no nos dice nada sobre el por qué estas formas son eficaces, ni por qué se usan en el lenguaje natural y no necesitan ser aprendidas. El aprendizaje nos hace conscientes de ellas, y más capaces de usarlas deliberadamente, sin embargo, el lenguaje natural está repleto de figuras retóricas.

Considerar las figuras como una desviación con respecto a un uso común o regular es el punto crucial de todo el sistema de la retórica clásica. Pero hay figuras que no se oponen al uso habitual ni constituyen trasgresión a una regla. Además, no es suficiente apartarse de la norma para tener una figura retórica, independientemente de la dificultad de determinar el concepto de norma, ya que en muchos casos los procesos de significación a través de las figuras retóricas responden a mecanismos cognitivos muy arraigados en la mente humana, y tienen un rol en la cognición y en la estructuración de la realidad mental.

La postulación de la existencia de un “significado literal”, de un “orden natural”, a partir de los cuales se operan las “desviaciones” del discurso retórico, es un pilar de este sistema. Sin embargo, en ningún momento se ha definido qué es exactamente el lenguaje literal, a qué reglas responde y, especialmente, cuándo se usa. Es más común y natural decir “Te esperé por horas” (hipérbole) que decir “Te esperé por dos horas y veintiocho minutos”. Es más común decir “Él es mi amor” (metonimia) que decir “Él es la persona hacia la cual tengo un sentimiento de amor” o “Él es la causa de mi sentimiento de amor”. El caso más ilustrativo de este punto de vista es el fenómeno de catacrexis, definido como el uso extensivo de una palabra ya existente en la lengua para referirse a algún otro objeto o noción de la lengua que no esté lexicalizado, por ejemplo: “el cuello de la botella”, o “las patas de la mesa” (Lausberg, 1969:178, Mortara Garavelli, 1988:148). Estos fenómenos, muy comunes en el lenguaje natural cotidiano, así como las llamadas “metáforas muertas”, o sea, las metáforas tan comúnmente usadas que ya nadie percibe como tales, por ejemplo, “Me partiste el corazón”, o “Pidió la mano de su hija” (que es una sinécdoque), sugieren que el lenguaje figurado es un mecanismo natural del lenguaje. El uso de la perífrasis, especialmente en su variante de eufemismo⁴¹, responde a consideraciones de adecuación a una situación dada, clásicamente definida como *aptum* (en otras palabras: a consideraciones pragmáticas) y es hasta más frecuente en el

⁴¹ La sustitución de una palabra prohibida por un tabú se llama eufemismo, por ejemplo “¿Dónde puedo lavarme las manos?” en lugar de “¿Dónde está el baño?” (Lausberg, 1969:177).

lenguaje cotidiano, donde las relaciones interpersonales son directas y, por ende, hay que cuidar más la imagen pública del interlocutor que en un lenguaje más artificial o literario, en donde la exigencia de expresividad o de extrañamiento puede prevalecer sobre consideraciones de “buena educación”.

En este marco, la ironía se considera generalmente como una desviación del sentido literal que tiene como rasgo característico el de decir lo opuesto a lo que se piensa, y que para rescatar la ironía hay que sustituir el significado irónico por un significado literal opuesto, a pesar de la intuición aristotélica de la ironía como un tipo de discurso en que "se usan las palabras del adversario" para negarlas.

Si mi pareja está viendo la televisión mientras yo me apuro preparando la cena, y le digo “Adoro a los hombres que saben cocinar”, sin duda estoy siendo irónica, sin embargo, no quiero significar “lo opuesto”. Y, ¿qué sería “lo opuesto” de esta expresión? ”¿Odio a los hombres que no saben cocinar?” “¿Adoro a los hombres que no saben cocinar?” “¿Odio a las mujeres que saben cocinar?”

El problema de definir qué es lo opuesto de una expresión del lenguaje natural es grande, ya que el lenguaje natural no tiene las mismas reglas del lenguaje matemático, ni de la lógica, que son lenguajes unívocos y exactos. Sin embargo, ninguno de estos problemas nos impide comunicarnos usando el lenguaje figurado, en particular, ser irónicos: lo hacemos y los demás generalmente lo entienden. Es difícil sostener que los malentendidos se dan porque no se rescata el “significado literal” correcto, cuando en la mayoría de los casos no se puede saber con precisión cuál es.

La definición de la ironía se ha mantenido en esta dicotomía lenguaje literal-lenguaje figurado. Los primeros en cuestionar este enfoque fueron los románticos.

2.4 Los románticos y neorrománticos.

La idea romántica es que el lenguaje figurado, que incluye la metáfora y la ironía, es algo inefable, indescriptible, precisamente porque la creatividad lingüística no se puede reducir a un sistema de reglas, porque estas figuras no tienen un significado expresable de forma literal sin que se vuelva necesario

recurrir a otras metáforas⁴². A partir de esta concepción se han desarrollado las ideas postmodernas de la metáfora, que sostienen la invasión absoluta del sistema expresivo metafórico en nuestro pensamiento y expresión, y la imposibilidad hermenéutica de salir de ello para explicarlo, para verlo desde un punto externo, o sea, otra vez, literal⁴³.

El enfoque romántico da entonces por sentada la idea de que hay dos niveles en la comunicación: uno "no poético", que es la forma normal, natural, de expresarnos por medio del sentido literal, y otro poético, guiado por la inspiración, subjetivo, que no se puede reducir a un conjunto de reglas y, por lo tanto, no se puede analizar sin perder algo de su dimensión comunicativa peculiar. Para los románticos la poesía y en general la literatura son actividades cognitivas y creativas, guiadas por la fantasía, y el lenguaje figurado es un recurso para expresar lo inefable, lo que no se puede decir "normalmente", por lo tanto, no se puede reducir a un sólo sentido sin perder su dimensión comunicativa y cognitiva.

La retórica clásica clasifica con rigor los tropos, sin embargo, se le escapa su dimensión expresiva fundamental. Por el otro lado, el enfoque romántico, que reconoce intuitivamente la creatividad de los tropos y su valor eminentemente expresivo-comunicativo, declarando su inefabilidad y la imposibilidad de reducirlos (especialmente la metáfora y la ironía) a un conjunto de reglas o normas, o a una clasificación, impide un análisis de los fenómenos de significación retórica (Sperber y Wilson:1990).

Las teorías literarias tradicionales sobre el lenguaje figurado parten del punto de vista retórico, formal, o de los principios románticos, intuitivos, sobre la realidad del lenguaje para analizar los textos literarios⁴⁴. En el primer caso, se llega a la paradoja de seccionar muy detalladamente el texto para

⁴² "The infallible test of a blameless style" es, para Coleridge (*Biographia Literaria*, Cap. XII, citado por Sperber y Wilson 1986:541) "its untranslatableness in words of the same language without injury to the meaning". [La prueba infalible de un estilo impecable es la imposibilidad de traducirlo en palabras de la misma lengua sin deterioro del significado].

⁴³ Como en los enfoques semióticos de, por ejemplo, Derrida y Greimas.

⁴⁴ Para una reseña de estas teorías, véase Pilkington:2000, capítulos 1 y 2. Véase también la voz "metáfora" en Beristáin:310-317, y Mortara Garavelli, 1988:147-167 sobre metonimia, catacrexis, sinécdoque y metáfora.

reducirlo a un sentido literal, perdiendo así la dimensión creativa, expresiva, propiamente poética del texto, y entonces su misma razón de existir. En el segundo caso, la admiración frente al uso creativo del lenguaje figurado y el reconocimiento de su valor cognitivo se resuelve en la conclusión que el lenguaje es algo irremediabilmente irregular, vago, misterioso, renunciando así a entender su naturaleza⁴⁵.

2.5 El estructuralismo y la neoretórica.

En los últimos cincuenta años se ha retomado el estudio de la retórica desde enfoques distintos, ya que, como se ha expuesto antes, en el siglo XIX y en la primera mitad del XX la palabra “retórica” había tomado un significado casi despectivo, indicando prácticas degradadas por el tiempo, una “casuística clasificatoria tumoral”, una “preceptiva pedante y arrogante, rebasada por el ejercicio auténtico del hablar y del escribir apropiados, presunción de vaniloquio rimbombante”, “declamación, frialdad, exceso, ostentación, mentira” (Mortara Garavelli, 1988:7).

El criterio moderno de la *Rhétorique générale* o *Groupe μ* (1970) resume la tradición retórica clásica desde un punto de vista estructuralista, tomando en cuenta el modo en que se produce la figura (según los cuatro modos clásicos de supresión, adición, permutación y sustitución), y la naturaleza de las unidades lingüísticas en las cuales se realiza dicha figura. En este enfoque se clasifican las figuras retóricas según pertenezcan al nivel morfosintáctico, semántico, o lógico.

La *Nouvelle Rhetorique* de Perelman y Olbrechts-Tyteca (1958) es un regreso moderno a las teorías clásicas en cuanto “teoría del discurso no demostrativo”. Si bien desde Descartes se considera que todo lo que no es demostrable analíticamente no puede ser analizado racionalmente, y entonces el concepto de verosímil sería falso o no verificable, Aristóteles había analizado las pruebas dialécticas paralelamente a las analíticas (o lógicas), las que conciernen a lo verosímil al lado de las necesarias, las deliberativas-argumentativas al lado de las demostrativas. Para la concepción neo-cartesiana, si algo no es demostrable

⁴⁵ Esta dicotomía ha sido definida en estos términos por Sperber y Wilson:1990 y Wilson y Sperber:1992.

lógicamente hay que postular elementos irracionales, sin embargo, esto no corresponde a la realidad psicológica humana, que se mueve más en el campo analógico que en el campo lógico.

Perelman y Olbrechts-Tyteca retoman el enfoque pragmático de Aristóteles, quien había concebido la técnica de la persuasión como algo orientado hacia el receptor. La relación con el Otro implica conocimiento. La búsqueda de la forma de expresión más adecuada para hacerse entender requiere participación, adecuación del discurso al receptor, requiere simpatía humana, capacidad de ponerse en el punto de vista del Otro, de sentir el pulso de la situación. Requiere también la capacidad de callar. De cualquier modo, es una acción, cuyas reglas se pueden hacer explícitas gracias al análisis retórico.

“Descubrir y explicar las reglas del juego comunicativo: ésta es la función cognitiva y social de la retórica” (Mortara Garavelli, 1988 1988:10). Hoy los estudios de retórica se conjugan por un lado con los estudios jurídicos, por el otro con la poética y la estilística, además de los análisis pragmáticos del discurso, la lingüística textual, la hermenéutica y las semióticas.

La terminología del análisis retórico ha pasado por varios siglos de tradición y cultura filosófica, jurídica, literaria, lingüística, hasta un punto tal que las definiciones de la retórica tradicional siguen en uso hoy en día aun cuando la estructura conceptual sobre la que estaban basadas se ha desmoronado o, como hemos visto, ha sido puesta en tela de juicio desde muchas perspectivas: ético-moral, filosófica, lingüística, psicológica, estilística. Estas definiciones se siguen utilizando para denotar hechos lingüístico-pragmáticos que se analizan ahora con instrumentos muy diferentes de los que habían constituido las bases del sistema retórico clásico.

Me parece, por lo tanto, que es necesario conocer el sistema conceptual de la retórica clásica porque ha servido durante dos mil años como una teoría lingüística, estilística y, por ende, literaria, influenciando todo el pensamiento occidental, y porque muchos de los puntos de partida, incluyendo la concepción del

lenguaje, que están en la base de la retórica no fueron cuestionados sino hasta el final del siglo XX, como veremos en seguida.

2.6 El enfoque griceano.

Como hemos visto, la retórica clásica no tiene mucho que decir sobre cómo y, especialmente, por qué en el lenguaje figurado se opera con este tipo de transmutación del significado: no hay una explicación de los mecanismos de interpretación de un enunciado. Lo mismo pasa en las teorías del significado hasta llegar a Grice, quien introduce un elemento explicativo fundamental y general, aunque su preocupación, siendo él un filósofo del lenguaje y no un psicólogo, no era la de dar una explicación empírica, psicológicamente plausible, de cómo funciona la comunicación.

Según Grice (como vimos en el apartado 1.2), la derivación de implicaturas y el proceso inferencial que invade e impregna toda la comunicación humana están regidos por un principio pragmático, que es el principio de cooperación, y por consideraciones socioculturales, religiosas, éticas, y de otra naturaleza, que no competen a la pragmática.

En el enfoque de Grice se considera que las figuras de palabra (o tropos) violan alguna de las cuatro máximas conversacionales, generalmente la máxima de calidad, desviándose así de la forma normal de comunicar. A partir del reconocimiento de esta desviación, se desatan mecanismos inferenciales para reconciliar lo que el hablante ha dicho con la idea de que se ha respetado el principio de cooperación en algún nivel. El resultado de lo anterior será la cancelación de la proposición expresada por el enunciado y su sustitución con una proposición diferente, cuyo significado respete en algún nivel las máximas, o por lo menos el principio de cooperación. Este proceso resulta en el hallazgo del significado literal de los tropos, que, en el caso de la ironía, es definido como "lo opuesto" de lo que se quiere comunicar.

La diferencia entre la retórica clásica y la de Grice es que éste llama "implicaturas" lo que aquella define como "sentido figurado". Según estos dos enfoques, cada vez que la interpretación literal resulte

inadecuada, la O recurre a una interpretación alterna, definida como sentido figurado o como implicaturas conversacionales. Esto implica también que un enunciado metafórico o irónico comunica una sola proposición determinada, que podría haberse expresado de otra forma por medio de un enunciado puramente literal (Sperber y Wilson, 1992:56).

Si bien Grice revoluciona la pragmática introduciendo un principio de explicación de la comunicación humana y del por qué los seres humanos podemos preferir expresarnos de forma implícita y no explícita o literal, en su pragmática sigue habiendo la idea de un lenguaje literal y de una “desviación” de él, además de una concepción de la ironía como algo que implica “lo opuesto” de lo que se comunica explícitamente.

Como hemos visto al final de 2.2, hay casos de enunciados irónicos que no violan la máxima de verdad. Si estoy contándole algo a una amiga y ella no me hace caso, puedo decirle: “Me encanta que me hagan caso”. Estoy siendo irónica, sin embargo, es verdad que me encanta que me hagan caso, y no quiero implicar lo opuesto de esta expresión (si es que hay un “opuesto” de expresiones del lenguaje natural) ni referirme a otro significado. Este tipo de ejemplos representan, sea para la retórica clásica, sea para Grice, un problema que pone en tela de juicio la consistencia de la idea de “sentido literal” y “sentido figurado”.

2.7 El lenguaje figurado como un caso de uso interpretativo. El enfoque de la Teoría de la Relevancia.

El punto de partida de la TdR para analizar el lenguaje figurado es la idea de semejanza interpretativa, que cuestiona el concepto mismo de literalidad y lleva a una forma nueva de concebir la relación entre lenguaje y pensamiento: el lenguaje natural no coincide con el lenguaje del pensamiento (que, según los teóricos de la TdR, es infinitamente más rico y matizado, como se expuso en el capítulo 1, véase también Carston:2002), sino lo interpreta.

Si la relación entre lenguaje y pensamiento es una relación representacional e interpretativa, en un primer nivel, cualquier enunciado es la interpretación más o menos cercana de un pensamiento. El enunciado interpreta un pensamiento en virtud de la semejanza de los contenidos proposicionales de ambos. En un segundo nivel, como hemos visto en el capítulo precedente, un enunciado puede utilizarse para comunicar cualquier otra expresión en virtud de su semejanza interpretativa con otra representación que posea un contenido proposicional.

Como hemos visto en el capítulo 1, la semejanza interpretativa es una relación de similitud entre los contenidos proposicionales de dos representaciones, sean públicas (enunciados escritos u orales) o privadas (pensamientos), definida en función de la cantidad de implicaciones analíticas y contextuales que los dos enunciados compartan en un contexto dado.

Los enunciados, como los objetos, pueden tener varias relaciones de semejanza con otros enunciados o con pensamientos, que se puede explotar para fines comunicativos. La onomatopeya está basada sobre una semejanza fonética; la cita directa y la parodia sobre una semejanza en la forma sintáctica, léxica y prosódica; la traducción sobre una semejanza en el contenido proposicional (Sperber y Wilson, 1992:65). El concepto de semejanza interpretativa abarca los casos en que la semejanza está basada en el contenido proposicional.

Desde esta perspectiva, la comunicación y la interpretación se mueven en un *continuum* definido por el grado de semejanza interpretativa entre un enunciado y un pensamiento –u otro enunciado. Como extremos ideales, hay la absoluta identidad de supuestos analíticos y sintéticos – respectivamente lógicos y contextuales- entre un enunciado o pensamiento y otro enunciado, por un lado, y, por el otro, relaciones de semejanza interpretativa que pueden estar extremadamente ligadas a un contexto específico.

El punto crucial de este enfoque es que no postula la literalidad como mecanismo de significación "normal" o "regular" al que se oponen otras formas "desviadas" de comunicación. En este marco teórico,

la literalidad es sólo el caso extremo de semejanza interpretativa: si dos enunciados (o un enunciado y un pensamiento) comparten todas sus implicaciones lógicas y contextuales (analíticas y sintéticas), podemos hablar de una relación de interpretación literal entre las dos. Así, al comunicarnos no hay en realidad ninguna expectativa de verdad literal, solamente expectativas basadas en el principio comunicativo de relevancia.

La descripción, o uso descriptivo, ocurre cuando se hace una representación de un estado de cosas por medio de un enunciado en virtud de su veracidad respecto a dicho estado de cosas; la interpretación, o uso interpretativo, en cambio, es una representación en virtud de la semejanza y no de la veracidad. Cualquier enunciado puede representar cualquier representación que se le parezca en contenido. Puede representar descriptivamente el estado de cosas que lo harían verdadero en términos de condiciones de verdad –en términos de implicaciones lógicas o analíticas-, y entonces puede ser utilizado en virtud de su valor descriptivo. Un enunciado puede también representar interpretativamente cualquier representación que se le parezca en contenido en un contexto determinado (en términos de implicaciones sintéticas o contextuales), y entonces ser utilizado en virtud de su valor interpretativo. Lo que varía es el grado de similitud entre una proposición y la representación que representa.

Por ejemplo, hoy, 22 de marzo de 2003, a dos días y medio del comienzo de la agresión militar de EU, Gran Bretaña y aliados a Irak, que ha llenado de indignación al mundo entero, si yo digo “George W. Bush es el presidente de EU”, este enunciado interpreta mi pensamiento de forma muy estrecha, que se vuelve literal si me refiero explícitamente a este día. “Hoy, 22 de marzo 2003, George W. Bush es el presidente de EU”. En ese caso mi pensamiento “Hoy George W. Bush es el presidente de EU”, comparte con mi enunciado “Hoy George W. Bush es el presidente de EU” todos los supuestos contextuales analíticos y sintéticos, ya que el contexto está especificado. Este enunciado es verdadero en virtud de sus condiciones de verdad: estoy usándolo descriptivamente.

Si digo “Bush es un títere de los mercantes de armas”, esta afirmación es *stricto sensu* falsa: el contenido semántico de la palabra “títere” es incompatible con el hecho de que Bush (George W.) es un ser humano; un títere no puede ser presidente de los EU, George W. Bush no tiene hilos que

le cuelguen de manos, pies y cabeza y que sirvan para moverlo, no está hecho de madera. El enunciado tiene con mi pensamiento (que podría ser algo como “Bush está manipulado por los mercaderes de armas”) una relación de semejanza interpretativa, ya que estas dos representaciones comparten unos cuantos supuestos contextuales, por ejemplo, un títere es maniobrado por alguien más y carece de voluntad propia; decir de un ser humano que es un títere equivale a decir que no piensa por él mismo. Estoy haciendo un uso interpretativo de este enunciado.

Lo mismo pasa si digo “Tony Blair es un esclavo de Bush”. Aunque, como hemos visto antes, la proposición expresada no es verdadera, tiene una relación de semejanza interpretativa suficientemente relevante con otra representación, y, en virtud de esa semejanza, yo estoy afirmando la verdad de algunas proposiciones implicadas con más o menos fuerza por mi enunciado. Por ejemplo, ser un esclavo implica tener que obedecer ciegamente a un dueño; el esclavo le pertenece a un dueño, no se puede rebelar, tiene que ser humilde y sumiso a su dueño. Afirmando que Blair es un esclavo de Bush, yo estoy suscribiendo la verdad de este tipo de implicaciones, que son prominentes en un contexto dado. Estoy usando una interpretación para afirmar algo sobre un estado de cosas, utilizando ese enunciado no en virtud de sus condiciones de verdad sino en virtud de su valor interpretativo, por la relación de semejanza interpretativa que tiene con mi pensamiento. Además, expresando ese pensamiento de tal forma, estoy comunicando más efectos contextuales.

En general, nuestra comunicación está diseñada para alcanzar un nivel de relevancia óptima, el mayor o menor grado de literalidad con el que nos expresamos depende de nuestros objetivos comunicativos. Sperber y Wilson (1986) observan que en la mayoría de los casos de la comunicación no se quiere expresar una sola proposición definida y determinada, sino pensamientos complejos, compuestos por un conjunto de muchos pensamientos atómicos, más o menos prominentes, más o menos presentes en la conciencia del H. En general, un H no puede esperar que una O tenga exactamente su mismo pensamiento, sino que entienda las proposiciones más prominentes y construya su propio pensamiento complejo que, como interpretación del pensamiento del H, tenga con éste una similitud.

La comunicación, normalmente, está compuesta por un gradiente de implicaturas, desde las más fuertes asumidas de forma clara y unívoca por el H como elementos indispensables del significado comunicado,

hasta las más débiles, inferencias que se pueden derivar de un enunciado sin que el H las esté implicando fuertemente, cuyo rescate no es absolutamente indispensable para interpretar de alguna forma el enunciado, aunque lo enriquezcan y le añadan nuevas dimensiones. En este caso, la O se asume parte de la responsabilidad de la interpretación de estas implicaturas.

La presencia de implicaturas débiles pone en marcha procesos inferenciales más sofisticados en búsqueda de relevancia; típicamente, observan Sperber y Wilson (1992), las metáforas creativas comunican una amplia gama de implicaturas débiles, unas de las cuales serán más prominentes para la interpretación en un contexto dado.

La semejanza interpretativa opera como principio de significación en los usos creativos del lenguaje, como las metáforas del ejemplo anterior, en los que la cantidad de supuestos contextuales comunicados es mayor que la cantidad de supuestos contextuales comunicados por una interpretación más literal del pensamiento (como “George W. Bush está manipulado por los mercaderes de armas”, o “Blair se porta como si fuera el esclavo de Bush”). Este mismo principio opera también en lo que se define como “habla suelta”.

El “habla suelta” es una interpretación no literal del pensamiento guiada por incisividad o economía, más que por consideraciones de expresividad, para evitarle al escucha esfuerzos de procesamiento innecesarios.

Si un amigo me pregunta cuánto gano como profesora de la UNAM, yo contestaré “seis mil pesos mensuales”. De hecho, yo no gano exactamente eso, sino 5.793.22 pesos, sin embargo, mi respuesta, aunque falsa, es más rápida y económica de procesar, y es óptimamente relevante para mi amigo porque le da una idea suficientemente precisa de mi situación económica. Si la misma pregunta me la hace un agente de seguros de vida cuyos pagos mensuales dependen de la cantidad exacta de mis ganancias, necesito ser precisa y contestarle “5.793.22 pesos mensuales”, y abundar en desglosar cuánto de ese monto está en mi nómina y cuánto son estímulos para horas frente a pizarrón.

Si una amiga que invité a mi casa me pregunta dónde vivo, yo le contestaré “A diez minutos de CU”, ya que pienso que esta respuesta será relevante para que ella decida si tiene o no el tiempo de ir a visitarme. Es muy improbable que el recorrido de CU a mi casa dure exactamente diez minutos. Digamos que una respuesta estrictamente verdadera podría ser algo como “A 1.8 km de CU, lo que significa llegar a mi casa en un tiempo que va desde 8 minutos, si no hay fila para la combi ni tráfico en el paradero, hasta un máximo de veinte minutos si hay mucha gente para la combi o se hace un nudo de tráfico dentro el paradero. Aunque, una vez, llegar a mi casa me tomó 45 minutos porque mi combi se accidentó con otra...”.

Si digo “Italia tiene la forma de una bota” o, directamente, “Italia es una bota”, en cualquier conversación normal nadie me diría “¡Mentira! Una bota tendría los contornos más lisos, y ¿dónde está el cierre o la hebilla?”.

El análisis del habla suelta propuesto por Sperber y Wilson (1986) demuestra con ejemplos similares cómo muchas veces es preferible hablar en términos sueltos que expresarse de forma literal a partir de consideraciones de relevancia en una dada situación. El habla suelta muchas veces se usa para evitar esfuerzos innecesarios a la O; las metáforas creativas, en cambio, compensan el mayor esfuerzo requerido para su procesamiento con una mayor cantidad de efectos contextuales, así como hemos tratado de mostrarlo anteriormente.

Por todo lo antes expuesto, la TdR concluye que no hay ninguna diferencia cualitativa entre el habla suelta, o aproximada, que usamos cada día para simplificar nuestras relaciones con el mundo, y el lenguaje figurado, que por ende no es una categoría opuesta al lenguaje literal, no está representado en la mente de forma diferente del lenguaje literal ni se sirve de mecanismos expresivos e interpretativos diferentes.

La TdR ha sido la única teoría que ha tratado fenómenos tan omnipresentes y comunes en el lenguaje humano como el habla suelta, la metáfora y, en general, el habla "no literal" como algo normal en la comunicación, que no resulta de ninguna violación de supuestas reglas. En este marco teórico, no es necesario presuponer una relación de literalidad ni de verdad literal entre lenguaje y pensamiento. Este

tipo de análisis no ignora la semántica de condiciones de verdad; si estoy usando un enunciado en virtud de su valor interpretativo, no estoy suscribiendo la verdad de la proposición expresada, sino la de algunas de sus implicaciones lógicas o contextuales a partir de la relación de semejanza interpretativa (más o menos estrecha) entre una proposición y la representación que esta proposición expresa. Los enunciados, no las oraciones, son objetos capaces de tener condiciones de verdad, ya que se refieren a algo concreto en el mundo.

Si digo “Bush es un animal sediento de sangre iraquí” no me estoy comprometiendo a la verdad de la proposición expresada, ya que Bush se clasifica formalmente entre los seres humanos por tener ciertas características peculiares de nuestra especie, como la postura erecta y la capacidad de reírse, y es poco probable que beba la sangre de los muertos en los bombardeos a Irak. Este enunciado es la interpretación de un pensamiento complejo, que, como bien habían entendido los románticos, no se puede reducir a una similitud (Bush es como...); estoy haciendo un uso interpretativo de mi enunciado, que es válido no en virtud de sus condiciones de verdad lógica, sino en virtud de la relación de semejanza interpretativa que tiene con mi pensamiento, con el que comparte suficientes implicaciones para ser relevante. Además, comunica también una cantidad de implicaciones más débiles que enriquecen expresivamente mi enunciación.

Si la relación entre lenguaje y pensamiento se coloca en este *continuum* de significación, donde el grado de literalidad se define como el grado de semejanza interpretativa en un contexto dado, y es entonces un concepto comparativo, la distinción tradicional entre lenguaje literal y lenguaje figurado deja de ser importante, e incluso pierde sentido.

Cabe resaltar que ambos usos –el descriptivo y el interpretativo- están presentes en el lenguaje natural y que éste, como hemos visto, es un *continuum* de representaciones cercanas o detalladas de otras representaciones y va desde un extremo ideal de absoluta literalidad hasta los usos más sueltos y ligados

a contextos muy específicos. En otras palabras, no hay que confundir literalidad (que en la perspectiva de la TdR no es otra cosa que un grado límite de semejanza interpretativa) con uso descriptivo y habla suelta o lenguaje figurado con uso interpretativo.

Me parece que este análisis es válido no sólo para la metáfora sino para todos los tropos clásicos, excepto la ironía que, como veremos más adelante, no es un tropo ni es parte del lenguaje figurado. Los llamados tropos son mecanismos de significación que explotan ciertos esquemas de la semejanza interpretativa para comunicar un gradiente de implicaciones débiles: la sinécdoque explota una relación entre la totalidad y sus partes; la metonimia una relación entre causa y efecto; la hipérbole explota la exageración, la multiplicación exponencial; la perífrasis trata un concepto lexicalizado como si no lo fuera, y, definiéndolo por medio de más que una palabra resalta uno o más de sus rasgos dándole prominencia; el antonomasia establece una analogía entre una representación nueva y una bien conocida, estereotipada, cuyo significado tiene elementos ya codificados que se vuelven prominentes; el énfasis aísla y subraya unos rasgos; la lítotes juega con las posibilidades de la negación lingüística, que no es unívoca como la negación lógica y a veces presenta elementos de ambigüedad que multiplican las implicaciones posibles; finalmente, la metalepsis le da una prominencia inesperada a un rasgo poco importante, incluso accidental. Por algo a la retórica clásica le ha resultado difícil definir la metáfora, ya que las analogías que explota son varias. Todos estos funcionan como mecanismos expresivos y se distinguen por la diferencia de grado y de tipo de de semejanza interpretativa.

A partir de este análisis, las clasificaciones de la retórica clásica nos pueden ser útiles como análisis detallado del tipo de semejanza interpretativa involucrada, es decir, de los parámetros que en cada figura se vuelven relevantes. En esta perspectiva, los “tropos”, como parte del lenguaje natural, son mecanismos de significación arraigados en la estructura cognitiva de la mente humana y, por ende, nos pueden decir

algo sobre cómo conocemos y conceptualizamos la realidad, y sobre las múltiples relaciones entre lenguaje verbal y lenguaje interno o lenguaje del pensamiento.

Cualquiera de los llamados “tropos” se puede analizar como algo similar al habla suelta, en términos de las implicaturas débiles que comunica, pues también hace prominentes una cierta cantidad de rasgos de un fenómeno, comunicando, así, una impresión. Por ejemplo, la esencia de la caricatura, que está relacionada con la hipérbole, es la de seleccionar y amplificar determinados rasgos para evocar un personaje o una situación; la litote produce descripciones vagas porque excluye rasgos en lugar de enumerarlos. Todos los mecanismos de la repetición, con o sin variaciones, contribuyen a la comunicación de impresiones creando una red de “palabras clave” en el texto, ya que la repetición puede ir mucho más allá de una correspondencia sintáctica o morfológica y tener patrones muy sutiles a nivel semántico. Lo mismo puede decirse de los mecanismos de oposición, de intensificación, de sustitución: son muchas las formas de explotar la semejanza interpretativa para comunicar impresiones, sensaciones, imágenes, que se pueden definir efectos poéticos, tal como veremos más en detalle en el siguiente capítulo (Furlong 1995:130-135).

En cambio, la ironía verbal no reside en una particular relación de semejanza interpretativa entre dos representaciones aunque, por supuesto, sirviéndose del lenguaje natural para expresarse, se manifiesta dentro del *continuum* basado en la semejanza interpretativa entre lenguaje y pensamiento, entre lo que se dice y lo que se significa. Para analizar el discurso irónico hay que considerar una capa de metarrepresentación adicional, como veremos a continuación.

2.8 La ironía en la perspectiva de la TdR.

La idea de que la ironía expresa lo opuesto a lo que se dice, explotando de alguna forma una regularidad de la semejanza interpretativa, ha sido desechada por la TdR. Dejando de lado la dificultad de determinar qué es lo opuesto de una expresión (como vimos al final de 2.2), decir “lo opuesto” de lo que se quiere

significar no es ciertamente una condición necesaria ni suficiente para ser irónicos, como trataré de demostrar en los ejemplos que siguen:

Si me gusta el chocolate y alguien me invita uno, yo no le puedo contestar “No, gracias, no me gusta el chocolate” para significar “Sí, gracias, me encanta el chocolate” y por ende no me puedo molestar si a mi respuesta esta persona retira su oferta, ni puedo quejarme de que no haya entendido mi ironía. Hay mil posibilidades de decir algo falso sin por eso ser irónicos, y, por otro lado, si alguien dice una falsedad ésta no es automáticamente interpretada como una ironía.

Si caminando por la calle con un amigo veo a un hombre tan borracho que casi no puede estar de pie y le digo a mi amigo “Se ve que ese hombre ha bebido una copita”, mi ironía no reside en querer comunicar lo opuesto de esta expresión. Esto es el caso del *understatement* (subafirmación) usado irónicamente.

Lo mismo pasa en el caso de ciertas interjecciones irónicas: voy a un concierto en el Palacio de Bellas Artes con mi amigo Ernesto, quien se la pasa alabando la gran calidad de los conciertos que dan en Bellas Artes. Por desgracia, la cantante es desafinada y los músicos se salen de tiempo constantemente. Al final del concierto, miro a mi amigo y le digo: “¡Ah, los conciertos en Bellas Artes!” Con esta interjección no estoy siquiera comunicando una proposición completa, que, por lo tanto, no puede ser ni verdadera ni falsa (y mucho menos significar su opuesto...); sin embargo, estoy siendo irónica.

Muy similar es el caso de las citas irónicas. Me encuentro en el Centro Histórico del Distrito Federal en un día de fuerte contaminación del aire, tanto que desde la Alameda no se ve la Torre Latinoamericana, y comento: “¡La región más transparente!”, citando el título de un famoso libro de Carlos Fuentes. La relevancia de mi afirmación no reside en significar lo opuesto, sino más bien en usar una cita reconocible y atribuible, pero patentemente “inadecuada” a la situación.

El análisis de la ironía que hace la TdR parte de la distinción, establecida por la filosofía del lenguaje, entre uso y mención de una expresión.

Si digo “Mauricio es un buen baterista” estoy describiendo una característica de Mauricio. En cambio, si digo “Mauricio es un bonito nombre”, estoy mencionando el nombre ‘Mauricio’ para expresar algo sobre él.

En el lenguaje escrito, la diferencia entre uso y mención se puede poner en evidencia por medio de comillas, pero en el lenguaje oral esto no es posible. Veamos unos ejemplos:

Esteban le pregunta a Paula: ¿Qué te dijo Clara? Y Paula contesta: Nos vemos en la marcha. El enunciado de Paula puede estar reportando algo que Clara dijo (“que nos vemos en la marcha”), o sea reportando las palabras de Clara, o expresando exactamente el hecho de no haber podido hablar con Clara y su expectativa de encontrarla en la marcha para poder hablar con ella. En el primer caso, Paula está mencionando el enunciado (para reportar lo que Clara dijo), en el otro lo está usando.

La mención puede ser directa, o sea, reportar literalmente un enunciado pronunciado por alguien, o indirecta, es decir, reportar el contenido proposicional pero no el enunciado exacto. En este caso, mucho más frecuente, hablamos de interpretación, que es entonces una mención o cita indirecta.

La noción de uso interpretativo, de la que la interpretación en el sentido expuesto arriba forma parte, ha sido creada para capturar la idea de “mención” aligerándola de la restricción de “reproducción idéntica” que el concepto de mención implica.

Como se demuestra en el capítulo 1, la forma lingüística de un enunciado subdetermina siempre su significado. Los enunciados son lingüísticamente indeterminados en muchos niveles: en cuanto a su forma proposicional, en cuanto a la actitud proposicional que expresan, si son citas directas, indirectas, si son descripciones (verdaderas en virtud de sus condiciones lógicas de verdad) o interpretaciones y, en este caso, el grado de semejanza interpretativa involucrado no está predeterminado. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los seres humanos somos capaces de interpretar correctamente los enunciados, o sea, de determinar pragmáticamente el valor de cada enunciado, gracias a consideraciones de relevancia (Sperber y Wilson:1988).

Clara le dice a Paula: “Nos vemos en la marcha contra la guerra, hoy a las cuatro y media de la tarde”. Paula, al reportarle a Esteban lo que dijo Clara, puede mencionar (o sea, citar literalmente) su enunciado: “Clara dijo: ‘Nos vemos en la marcha contra la guerra, hoy a las cuatro y media de la

tarde””. Más probablemente, Paula interpretará el enunciado de Clara, basándose también sobre lo que es mutuamente manifiesto a ella y a Esteban, y, para ser relevante, podrá omitir parte de la información. Por ejemplo: “Clara dijo que la marcha de hoy es a las cuatro y media” (si Esteban no sabía el horario); o “Clara dijo que nos vemos en la marcha” (si Esteban no sabe si Clara va a ir). Sin embargo, en todos estos casos la intención de Paula, al interpretar el enunciado de Clara, es la de informar a Esteban de algo que dijo Clara, aunque no reporte sus palabras precisas sino las interprete en virtud de la semejanza interpretativa.

Pongamos que Clara no vaya a la marcha, dejando plantados a Esteban y Paula. Al día siguiente Paula, al encontrarla, le dice: -Cuatro y media en punto, ¿eh?- En este caso, Paula no está interpretando el enunciado que Clara le dijo el día anterior para reportarlo, sino para atribuirlo explícitamente a ella y simultáneamente expresar una actitud de burla hacia este enunciado. Clara dijo algo que no cumplió y Paula se lo está reclamando de forma indirecta, al interpretar su enunciado en una situación que lo contradice en algún nivel.

Como hemos visto en el ejemplo precedente, el pensamiento o las palabras de alguien, incluso de uno mismo en un momento diferente del de la enunciación, se pueden interpretar por varias razones de relevancia, de brevedad, de economía del discurso.

Cuando se hace un uso interpretativo de un enunciado o discurso, no sólo para reportarlo sino para atribuirlo y expresar indirectamente una actitud propia hacia lo interpretado, se habla de **interpretación ecóica**, o simplemente de **eco**, que es entonces un sub-tipo de semejanza interpretativa, a la que se le añade una actitud que la O necesita reconstruir para entender el significado del H. En otras palabras, la interpretación ecóica indica que el H no está usando su enunciado para describir un hecho del mundo, sino como una representación potencialmente albergada por (o atribuible a) alguien diferente de él en el momento de la enunciación y expresando una actitud sobre el contenido de esa representación.

Por ejemplo, la televisión transmite un anuncio de la Fundación Vamos México, en el que se describen sus actividades en favor de la población marginada del país. Mauricio, al verlo, dice: “¡Vamos, México! El problema es a dónde...”. La mención que Mauricio hace del nombre de la fundación sirve para

expresar su actitud de falta de confianza hacia dicha institución, que se aclara en la oración que sigue (“El problema es a dónde”).

Según la TdR, la ironía es un caso particular de uso ecóico, en el que se expresa implícitamente una actitud de disociación de quien habla hacia el enunciado interpretado. El reconocimiento y el disfrute de la ironía dependen crucialmente del reconocimiento de la naturaleza ecóica del discurso: el H no está suscribiendo la verdad de su enunciación sino interpretando el discurso de otra persona, no para reportarlo con objetivos informativos, sino para expresar una actitud implícita de disociación respecto a su contenido (Sperber y Wilson:1986, 1992; Wilson:2002). Aunque su contenido proposicional no sea necesariamente falso, las condiciones de verdad de un enunciado no tienen ningún papel en la interpretación de la ironía. Ya que se trata de una interpretación, para reconstruir la actitud irónica no importa si el enunciado es verdadero o no, lo que cuenta es reconocerlo como algo que el H está atribuyendo a alguien al momento de la interpretación para disociarse de él.

Un enunciado irónico no tiene que hacer eco necesariamente de algo dicho por una persona específica. Puede hacer eco de un pensamiento potencial atribuible a un determinado tipo de personas o a la gente en general. Puede también hacer eco de una opinión atribuida para disociarse de ella, no por falsa sino por inadecuada a la situación; lo importante es que sea reconocido como un eco por la O, que lo pueda representar como algo que el H no está suscribiendo sino interpretando ecóicamente.

La O necesita poder atribuir el eco a alguien diferente del H al momento de la enunciación y reconstruir la actitud de disociación del H. Además, como en cualquier acto comunicativo, las intenciones irónicas del H tienen que ser suficientemente relevantes para que valga la pena procesarlas. El eco tiene que ser relevante, o sea, una interpretación del contenido de algún pensamiento o enunciado potencialmente relevante, que la O sea capaz de reconocer como atribuible a alguien.

Por ejemplo, Mauricio está viendo el noticiero de la CNN sobre la guerra en Irak cuando Sabina llega a su casa, preguntándole qué noticias hay. Mauricio le contesta: “Buenas noticias. La

libertad avanza en Irak gracias a la precisión de los misiles gringos que, habiendo sido contruidos en la patria de la libertad, se dirigen sólo a objetivos dictatoriales y antidemocráticos. Los civiles que sobrevivieron del último bombardeo de Basora le agradecen a Bush por estar defendiendo su derecho a morir por armas convencionales, que no sean ni atómicas ni químicas.”

El discurso de Mauricio es una interpretación cínica de los discursos de la “Coalición Aliada” que pone en evidencia las contradicciones típicas de la propaganda anglo-americana y de su cadena televisiva, que es la CNN; no está comunicando una proposición determinada, sino una actitud clara hacia este tipo de discurso (y, por ende, hacia las personas que lo pronuncian y que lo creen). Para entender y disfrutar la ironía de Mauricio, Sabina necesita, en primer lugar, reconocer el carácter de de su discurso, y representarse (al menos algunos de) los supuestos contextuales que Mauricio entiende como contexto de interpretación; por ejemplo, “Las armas nunca son inteligentes” “Estados Unidos no es el país de la libertad, como ama definirse”, “El discurso de la llamada “Coalición Aliada” está plagado de contradicciones”, “La población civil Iraquí es la que está sufriendo este conflicto, siendo bombardeada a diario por la llamada ‘Coalición’”.

El discurso de Mauricio no expresa una proposición determinada, no interpreta el discurso de una persona precisa (Bush, Blair o Rumsfeld), no suscribe la verdad de su enunciación, sino que hace eco del tipo de discurso hipócrita y cínico de la propaganda “Aliada”, dejando que Sabina ponga en marcha procesos de derivación de inferencias débiles y construya un contexto de interpretación que, a partir de un conjunto de supuestos débiles del tipo de los expuestos arriba, la lleva a recuperar la actitud de Mauricio hacia lo que está expresando.

Sin embargo una oración irónica no tiene que ser necesariamente falsa para ser reconocida como tal.

En la situación del ejemplo precedente, si Sabina comentara: “¡Me encanta el respeto que le tienen los EU a la Convención de Geneva!”; en este caso, Sabina se está dissociando del contenido expresado por su enunciado no porque éste sea falso, sino porque es absolutamente inadecuado a la situación, se está distanciando del hecho de que alguien pudiera verdaderamente pensar que hay respeto de la Convención de Geneva (Sperber y Wilson:1998; Furlong 1995:181).

Este tipo de ironía, que reside en la discrepancia entre una representación y el estado de cosas que representa, hace manifiesto un supuesto que contradice algún otro supuesto contextual que corresponde con un estado de cosas actual en el momento de la enunciación (Sperber y Wilson:1990, Curcó 1997:336).

En la ironía verbal, la percepción de la incongruencia juega un papel sólo si detrás de ella se logra reconocer que la actitud del H es de disociación, entonces se logra procesar correctamente la incongruencia, que no es un mecanismo específico de la ironía (ya que, como hemos visto, no hay mecanismos textuales fijos que puedan expresar de por sí la actitud irónica), sino una forma de guiar a la O hacia la interpretación irónica, como podría ser un cambio de tono o de intensidad en la voz, o un gesto.

Según la TdR, este proceso requiere un mayor esfuerzo de procesamiento, y tiene entonces que producir, para que valga la pena procesarlo, mayores efectos contextuales. Según las teorías clásicas sobre la ironía, un enunciado irónico comunica una sola proposición determinada que se habría podido expresar también de forma “literal”. Como vimos en el apartado 2.6, el análisis que la TdR hace de los procesos de interpretación demuestra que la ventaja de expresarse en virtud de la semejanza interpretativa reside exactamente en la posibilidad de comunicar un rango amplio de implicaciones, es decir, de representar pensamientos complejos.

El uso interpretativo implica siempre la comprensión de aspectos que no son proposicionales ni lógico-deductivos: se expresa una cantidad de proposiciones, sugiriendo una actitud que, sin embargo, no se puede reducir a la suma de las proposiciones expresadas, no puede ser desglosada explícitamente sin perder parte de su fuerza expresiva (Sperber y Wilson:1981). Además, el hecho de expresar una actitud de forma implícita le permite a un H no comprometerse excesivamente con su enunciación, dejándole a la O una buena parte de la responsabilidad de la interpretación y de derivar las inferencias que le parezcan más relevantes y/o prominentes.

Esto nos explica por qué los humanos comunicamos de forma irónica: porque es una forma económica de expresar contenidos complejos con un juego de interpretación, de atribución de una proposición a alguien que no es el hablante y del que éste se disocia interpretándolo, dejando parte de la responsabilidad de la interpretación irónica a la O. Para lograr producir e interpretar este tipo de discursos, se necesita una teoría de la mente desarrollada, ya que el receptor necesita recuperar una información compleja y metarrepresentarla en al menos cuatro niveles. De esta forma:

- 4) Que el H quiere
- 3) Que la O sepa
- 2) Que el H quiere
- 1) Que la O reconozca la actitud del H de atribución a alguien diferente de él mismo y de disociación hacia
- 0) P (la proposición expresada).

Lo interesante de esta perspectiva es que se puede hacer eco de algo que la persona a la que se atribuye la interpretación no expresaría de esta forma. Por ejemplo, “¡Qué buen negocio, la guerra de Irak!”. Ni Bush ni Blair se expresarían así, pero sin duda este eco es atribuible a ellos. De alguna forma, se están interpretando sus pensamientos.

Un enunciado irónico puede ser abiertamente contradictorio, poniendo en evidencia la contradicción del discurso de la persona/ clase de personas/ grupo social/ reglas de comportamiento social del que se está haciendo eco. En esta perspectiva, la ironía puede no tener una víctima precisa, como en el caso en que se hace eco de normas sociales o religiosas establecidas, o de un cierto tipo de discurso: las víctimas pueden ser todas las personas que piensen de una determinada forma, o todos los que utilicen una determinada lógica (de la que el H se burla): la víctima puede ser el mismo H que está interpretando algo que él decía o pensaba en otro momento.

La ironía es a la parodia lo que la cita indirecta es a la cita directa, lo que la interpretación de significado y proposición es a la mención de palabras y enunciados: la ironía implica una semejanza en el contenido, la parodia en la forma. Una y otra pueden expresar la misma actitud por medios diferentes, incluso estar combinadas en el mismo texto, sin embargo explotan de forma distinta la relación de semejanza interpretativa que expresan (Sperber y Wilson:1990). El tono de voz de la parodia es de imitación y pretensión de ser la persona que se está parodiando; el tono de voz irónico, cuando se usa, hace más patente la discrepancia con su contenido, haciendo imposible cualquier pretensión del ironista de ser alguien diferente de él mismo. El mecanismo de la ironía, al contrario del de la parodia, no involucra ninguna pretensión por parte del H, al contrario de lo que sostiene la teoría de la pretensión (Clark y Gerrig:1984).

Ya Aristóteles había dado una definición de la ironía como “uso del vocabulario del adversario, de la parte adversa, con el firme convencimiento de que el público reconozca la no credibilidad de este vocabulario” (Lausberg, 1969:232; véase también Mortara Garavelli, 1988:168). Su intuición brillante se ha ahogado sucesivamente en la distinción entre sentido literal y sentido figurado, sin embargo, en este siglo podemos finalmente retomarla y darle un fundamento cognitivo.

El mismo Grice había vislumbrado el elemento de la actitud de disociación, pero no logró dar el panorama completo porque no abandonó la idea de que en la ironía se comunica “lo opuesto” de lo que se dice, idea que a su vez tiene que ver con la concepción clásica de sentido literal y sentido figurado.⁴⁶

Con la ironía, así como con cualquier otra forma de comunicación, hay riesgos de malentendidos, o simplemente de falta de su reconocimiento y disfrute. En un primer nivel, una O puede no reconocer la intención irónica, por ejemplo, porque su punto de vista es demasiado similar al de que el H hace eco,

⁴⁶ “La ironía se conecta íntimamente con la expresión de un sentimiento, actitud o evaluación. No puedo decir algo irónicamente a menos que lo que diga pretenda reflejar un juicio hostil o derogatorio, o un sentimiento como indignación o desprecio”. (Grice,1989:54)

faltándole entonces la distancia necesaria para reconocer que no se trata de una descripción sino de una interpretación ecóica; o, por la misma razón, puede reconocerla pero no disfrutarla, ya que toma demasiado en serio el contenido de la interpretación ecóica del H para aceptar que se critique. La O puede también no reconocer la interpretación ecóica porque sus conocimientos de trasfondo, o sea, su contexto de interpretación, no le permite representar el enunciado de H como un eco, o atribuir el eco a una fuente suficientemente relevante.

En uno de los ejemplos precedentes, el del noticiero de la CNN, Sabina puede no saber nada de lo que está ocurriendo y por eso ser incapaz de representar el enunciado de Mauricio, porque su contexto de interpretación es insuficiente; o puede estar demasiado acostumbrada a tomar en serio el noticiero de la CNN para percatarse del hecho que Mauricio lo está interpretando ecóicamente, y no reportando; puede no albergar ninguno de los supuestos contextuales del tipo antes mencionado por estar de acuerdo con el discurso de la “Coalición”, y por lo tanto puede no reconocer la actitud de disociación de Mauricio, o reconocerla pero indignarse por su cinismo.

Una interpretación exitosa consiste en reconstruir los supuestos y la actitud que un H quiere comunicar; si la O los comparte o no y por qué son cuestiones diferentes. Sin embargo, en el caso de la ironía, especialmente con función de sátira política (o sea con una función moral muy clara), el reconocimiento y el disfrute de la actitud del H están más relacionados entre sí de lo que pasa en otras formas de comunicación, ya que una de las funciones que este tipo de ironía tiene es exactamente la de convencer a su audiencia.

El de eco es un concepto técnico deliberadamente amplio, que abarca no sólo ecos directos e inmediatos, sino también ecos de pensamientos atribuidos, reales o imaginarios, pasados, presentes e incluso futuros o potenciales, ecos de normas, deseos, lugares comunes, estereotipos, expectativas estándar, enunciados actuales o imaginarios, y hasta de mecanismos lógico-argumentativos, y puede ser

un eco de algo general o de una aplicación muy específica de un concepto o una idea. La condición para entender la interpretación ecóica es, por un lado, su representabilidad como tal por parte de la O, que implica su atribución a una fuente suficientemente reconocible para ser relevante, y por el otro la relevancia de la interpretación ecóica para la O (o al menos, lo que el H supone que pueda tener relevancia para la O).

Haciendo eco de un enunciado, el H puede expresar su distancia no sólo del contenido del eco sino también de una implicatura de esta proposición, por ejemplo, un supuesto contextual, que se puede integrar como una premisa o una conclusión al enunciado (Curcó:1997). Un H también puede hacer eco de una crítica justificable desde un punto de vista general pero que el H no comparte, de un pensamiento deseable, que los otros deberían albergar. En este caso la disociación no es del contenido del pensamiento interpretado ecóicamente, sino del hecho de que los demás no compartan este pensamiento; el H puede estar de acuerdo con la proposición expresada por su interpretación y estar haciendo eco de una explicatura de orden superior justamente porque la proposición expresada no encuentra las condiciones para cumplirse. El principio comunicativo de relevancia y el criterio de consistencia con el, es lo que pone límites a la interpretación ecóica de un enunciado en un contexto y a la identificación de la fuente del eco (Sperber y Wilson:1998).

Por ser la ironía la expresión de una actitud hacia un contenido interpretado ecóicamente, se le coloca en un *continuum* de actitudes posibles hacia una interpretación, por lo tanto, hay grados de ironía. La ironía se puede representar mezclada con otras actitudes. Se expresa por medio de todo el abanico de posibilidades ofrecidas por la lengua en virtud de la semejanza interpretativa, incluyendo naturalmente todos los procesos de significación estudiados por la retórica clásica: hay metáforas irónicas, énfasis irónicos, hipérboles irónicas, etc. (Sperber y Wilson:1998).

No puede haber una modalidad expresiva peculiar de la ironía precisamente porque la ironía es una actitud, no un estilo, y por lo tanto se puede servir de todos los medios estilísticos que la hagan más incisiva o expresiva, así como acontece para la expresión de cualquier argumentación. El *isocolon*, el quiasmo, el paralelismo, la *variatio* y cualquiera de las formas del *ornatus* codificadas por la retórica clásica pueden tener un empleo irónico, ya que son simplemente mecanismos expresivos que se prestan a comunicar cualquier contenido, cualquier actitud, de una forma más ordenada, prominente o expresiva.

La ironía, en cambio, no es un mecanismo de significación que se presta a la expresión de cualquier contenido, sino una actitud fundamental del ser humano, una categoría natural, que se encuentra en cualquier cultura, en cualquier sociedad: la atribución de pensamiento por medio de la interpretación y la expresión de actitudes son universales. Su conjunción, tal como se da en la ironía, genera por lo tanto una clase natural.

Se anexa al final de este capítulo un esquema de los tropos. De los ejemplos se puede ver que los tropos se pueden usar para decir algo verdadero sobre el mundo en virtud de su semejanza interpretativa con otro enunciado o pensamiento, o, siempre en virtud de la semejanza interpretativa, interpretar el pensamiento o discurso de alguien diferente del H al momento de la enunciación. En ambos casos, la O necesita crucialmente reconstruir la actitud del H para entender el significado del tropo.

Sería interesante presentar de la misma forma un esquema de las “figuras de palabra”, que atañen la disposición de las palabras en el texto, y de las “figuras de pensamiento”, que son en general modalidades argumentativas, para demostrar cómo cualquiera de estos mecanismos de significación o de argumentación tiene su contraparte irónica, y de hecho, en el caso de las llamadas “figuras de pensamiento”, cómo se puede hacer eco irónicamente de cualquier tipo de procedimiento argumentativo. Sin embargo, enfrentar estos temas significa tratar de dirimir las distinciones clásicas a la luz de una teoría cognitiva, y esto es un proyecto demasiado ambicioso y complejo para incluirlo en mi tesis.

No toda ironía es humorística y no todo humor es irónico. Como veremos en el siguiente capítulo, la ironía humorística se puede definir como un uso ecóico de las implicaturas débiles de un discurso, por medio de las cuales se expresa una actitud de disociación de quien habla hacia lo interpretado. Esta actitud es ligera, “fría”, desempeñada; la interpretación del H es juzgada como cómica y disfrutada como tal por la O por el tipo de procesamiento que se requiere y el conjunto de efectos contextuales generados, como expondré en el capítulo 4.

CAPITULO 3. LA INTERPRETACIÓN LITERARIA: UNA PERSPECTIVA COGNITIVA.

3.1 Introducción.

En los capítulos precedentes presenté una nueva teoría de la comunicación humana, la TdR, en particular su visión de la ironía y del “lenguaje figurado”. El objetivo de este capítulo es ver cómo esta teoría se puede aplicar a la comunicación literaria, en concreto al texto que he escogido estudiar.

Dicho texto es del tipo comúnmente definido como literario. Mi intención no es ni puede ser la de dar una cuenta absoluta de esta definición: por el momento la asumo como hipótesis de trabajo para analizar cómo y por qué una lectora⁴⁷ llega a una *interpretación literaria* de un texto. A partir de un punto de vista cognitivo sobre los mecanismos de interpretación literaria, se puede dar una explicación psicológicamente plausible de ciertos mecanismos comunicativos e interpretativos del texto literario, para finalmente presentar un análisis de cualidades que le dan a un texto una calidad literaria.

Lo que aquí se pretende hacer es partir de la consideración de que el texto que se analiza en el capítulo 5 tiene –como cualquier otro- el objetivo de comunicarle algo a un lector, y por lo tanto conviene anclar el discurso sobre este texto y sus características formales y estructurales a una teoría de la comunicación como parte de la cognición humana, para que nos dé una explicación psicológica, no formal, de los procesos que permiten la comunicación y la interpretación literaria.

⁴⁷ De ahora en adelante abreviado en L, Ls al plural: por convención y equilibrio con un autor hombre, se decide que es una mujer.

Me parece fundamental integrar las dos perspectivas, la pragmática y la literaria, para darle al análisis de la comunicación y de la interpretación literaria una base cognitiva sólida y vincularla a una teoría general de la comunicación como parte de la cognición humana. De esta forma se puede también tener un fundamento para justificar los criterios de análisis utilizados para explicar ciertos fenómenos de la comunicación y la interpretación literaria, en mi caso el recurso de la ironía para hacer sátira político-social.

3.2 El texto.

El texto que escogí para analizar es el primer párrafo de una pequeña novela, *Baol* de Stefano Benni (Boloña, 1947), escrita en 1990. La historia acontece en una ciudad imaginaria que se parece un poco a la ciudad descrita por George Orwell en *1984*. El protagonista, que es también el narrador⁴⁸ de la historia, tiene ciertos rasgos característicos del “sabio de las artes marciales”, ha sido educado como un mago *Baol*, palabra inexistente que se refiere a alguna disciplina pseudo-oriental: esotérica, con un monasterio, maestros, libros proféticos, conocimientos secretos.

En una sociedad cada vez más manipulada por el Régimen que cambia hasta los recuerdos de las personas, modifica el pasado y construye el futuro, la misión de *Baol* consiste en recuperar una grabación para rescatar el honor de un viejo actor cómico, Grapatax. Para cumplir su misión, con la ayuda de otros personajes, deberá llegar hasta el Archivo Cero, el archivo más secreto del Régimen, ya que allí se almacenan pedazos de Verdad, en forma de cintas grabadas, que luego pasarán bajo las manos de los Compositores de Realidad, que la modificarán para presentarla al público.

La historia se puede disfrutar en muchos niveles, y contiene elementos de parodia de géneros como la ciencia ficción, el cuento de espionaje, y hasta la novela *new-age* de superación personal a través de la iniciación a una sabiduría antigua y profunda (por ejemplo, *El alquimista* de Paulo Coelho).

⁴⁸ De ahora en adelante abreviado como N.

Todos estos elementos construyen una aventura divertida, bonita, agradable. Sin embargo, el autor⁴⁹ explota la historia para llevar a cabo una sátira de la sociedad italiana de finales de los años ochenta, y, en general, de las sociedades occidentales del final del siglo XX. El punto de vista del A es ético, ya que expresa una actitud de disociación a partir de premisas morales hacia determinados aspectos de la vida social y política italiana, tomada como ejemplo paradigmático de cualquier sociedad occidental, usando la ficción para cambiar, o al menos influenciar, la opinión de sus Ls sobre esta sociedad, sin expresarse directamente en un tono moralista pesado y aburrido. La ligereza de la ironía le permite sugerir sus críticas dejándole a las Ls una gran parte de la responsabilidad de su interpretación.

Lo defino como un texto cómico de ficción con una función de sátira política, considerando la palabra “política” en su acepción más amplia, incluyendo lo que generalmente se puede definir como social. Una actitud satírica es la que usa la ironía para criticar, ridiculizándolos, a ciertos tipos de personas o de sociedades desde un punto de vista moral, o sea, desde el punto de vista de quien considera tener una ética, unos principios morales, unos valores más sensatos y coherentes de los que tiene el otro.

Explícitamente, el A cuenta una historia de ficción, implícitamente hace una sátira de la sociedad italiana como paradigma de sociedad occidental, explotando, como veremos en el análisis, la semejanza interpretativa y la interpretación ecóica. Las víctimas de esta sátira son un amplio rango de personas que se pueden definir como “conservadores”, quienes se sienten a gusto con la sociedad moderna italiana/occidental tal como es, y que se caracterizan por un discurso de aceptación y apoyo a los aspectos peores y más vergonzosos de dicha sociedad a través de razonamientos cínicos, hipócritas y lógicamente inválidos. El A se burla de ellos haciendo eco de su discurso, interpretándolo irónicamente.

El proceso de interpretación de *Baol* es similar al que ocurre con otras novelas o cuentos, en donde la ficción se usa como una metáfora de la sociedad contemporánea (o de algunos aspectos o fenómenos de

⁴⁹ En este apartado Stefano Benni, pero en los siguientes se hará referencia a un autor o escritor en general, y será abreviado como A.

ella), con una función de sátira político-social, como *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift y *1984* de George Orwell. El A construye una analogía entre la sociedad ficticia descrita y una sociedad moderna occidental, más precisamente la sociedad del norte de Italia, y se burla de ciertos discursos usando, como diría Aristóteles, “el lenguaje del adversario”.

A partir del reconocimiento de las intenciones del A, cada lector puede derivar muchas implicaturas débiles gracias a los supuestos de trasfondo derivados de su contexto de interpretación. El proceso de derivación de implicaturas débiles es característico, aunque no exclusivo, de la interpretación literaria, y se debe por un lado a ciertas cualidades del texto, y, por el otro al reconocimiento de las intenciones del A, como veremos más adelante.

3.3 Observaciones preliminares sobre la interpretación de textos escritos.

En los modelos inferenciales, como es la TdR, la comunicación es un comportamiento intencional: si comunicar implica modificar el entorno cognitivo de una O o L, el texto escrito, así como la enunciación en la comunicación oral son evidencia de las intenciones del comunicador, y su forma constituye un indicio ulterior hacia el reconocimiento de tales intenciones (Furlong 1995:230). Por “evidencia” se entiende un elemento que, combinado con otros supuestos, apoya una cierta conclusión aunque no la implique de forma inevitable; una evidencia no apunta hacia una sola dirección, e interpretar es decidir qué conclusión es la mejor a partir de la evidencia disponible (Furlong 1995:39).

Un texto, como una oración, tiene explicaturas construidas a partir de la forma lógica del enunciado a través de procesos inferenciales de desambiguación, asignación de referencia y enriquecimiento pragmático; un texto tiene también una cierta cantidad de implicaturas. Interpretar es decidir lo que el comunicador quiere decir, lo que quiere implicar y qué actitud tiene sobre lo que dice y lo que implica (Furlong, 1995:58); interpretar es posible sólo a partir del reconocimiento de las intenciones del

comunicador en un contexto dado. El resultado de este proceso es la representación de un pensamiento que tiene con el del comunicador un cierto grado de semejanza interpretativa.

En cualquier tipo de comunicación ostensiva abierta, el criterio de aceptabilidad de una interpretación es siempre el mismo y son justamente las expectativas generadas por este tipo de comunicación las que proveen un criterio para evaluar las interpretaciones posibles. El principio comunicativo de relevancia, “cada expresión lleva consigo la presunción de su propia relevancia óptima”, es el que garantiza la aceptabilidad de una interpretación, tanto de un texto literario como de cualquier otro texto o enunciación (Furlong 1995:57).

Un texto literario no difiere radicalmente de otro tipo de textos e incluso de la comunicación verbal oral, son todos ejemplos de comunicación verbal ostensiva, abierta e intencional, y, por lo tanto, llevan consigo una presunción de relevancia óptima que origina expectativas determinadas en la O/L, representando una evidencia de las intenciones de quien comunica, sea el H o el A. La interpretación de textos literarios tiene, entonces, los mismos objetivos que tiene la interpretación de cualquier otro texto.

Una interpretación inaceptable de cualquier texto puede serlo por tres razones (Furlong 1995:71): por ser contradictoria, o sea no tomar en cuenta una parte de la evidencia presentada por el A que contradice su interpretación; por demandar un esfuerzo excesivo, apoyándose en una evidencia insuficiente o presumiendo un contexto demasiado amplio o complicado e insuficientemente manifiesto, y, por lo tanto, no ser compatible con el concepto de relevancia (que, recordemos, es una razón, un balance entre esfuerzo y efectos cognitivos); finalmente, puede ser una interpretación “vacía” (Furlong 1995:72), porque no interactúa con ningún supuesto contextual existente y que, por lo tanto, no tiene ningún efecto contextual, por lo tanto es hueca desde el punto de vista cognitivo.

En la comunicación escrita, la ausencia del comunicador al momento de la interpretación impide la negociación del significado, que se da en la comunicación verbal, la posibilidad de poder pedir

aclaraciones sobre el contexto de interpretación y, entonces, tener al interlocutor como guía en nuestra búsqueda de relevancia. Para que una interpretación sea aceptable, hay que considerar cómo el A pueda haber razonablemente esperado que su texto fuera óptimamente relevante para una L, esto se define como **relevancia pretendida** y es lo que una L necesita buscar en el texto para interpretarlo según las intenciones del autor (*intended relevance*, Furlong, 1995:70-71).

Sabiendo que la comunicación necesita de un contexto compartido para acontecer, hay que aclarar la noción de contexto en el caso de un texto escrito.

3.4 El contexto de interpretación de un texto escrito.

En la perspectiva de la TdR, como se expuso en el capítulo 1, el contexto de interpretación se define como todos los supuestos que una L se pueda representar mentalmente como verdaderos o posiblemente verdaderos al momento de la interpretación. En un texto escrito, esto incluye, por un lado, la información que el A ha hecho mutuamente manifiesta, es decir, la que ha expresado precedentemente en el texto y, por el otro, cualquier conocimiento que una L utilice para interpretar ese texto: creencias, material almacenado en su memoria, información enciclopédica, información específica sobre el A, el texto, etcétera.

En el caso de un texto escrito, la diferencia entre el contexto de interpretación que el A presupone y el que tiene una L puede ser muy grande por la distancia espacial, temporal y cultural entre ellos y por la ausencia física de los interlocutores, lo que conlleva la ausencia de un contexto físico común. Por lo tanto, un texto escrito necesita hacer manifiesta más información que un texto oral, para asegurarle a la L un contexto de interpretación suficiente. Un A siempre escribe para un tipo de lector, presuponiendo que tenga un cierto contexto de interpretación, que sea capaz de construir un cierto tipo y cantidad de supuestos contextuales para ajustar su comunicación y hacerla lo más relevante posible, de manera compatible con sus habilidades y preferencias.

Para poder interpretar correctamente un texto es necesario conocer lo suficiente su contexto, que incluye los supuestos que un A presupone como mutuamente manifiestos y que, por lo tanto, no se preocupa de comunicar explícitamente cuando produce un texto para su público. Al analizar un texto, hay que tener presente el contexto de interpretación que una L necesita para interpretarlo, distinguiendo lo que el A hace explícitamente manifiesto de lo que una L necesita saber o inferir a partir de algún supuesto contextual.

3.5 Estrategias de interpretación: interpretaciones espontáneas *versus* interpretaciones literarias. La interpretación literaria como explicación causal de procesos cognitivos.

Cualquier L al leer un texto tendrá sobre éste ciertas expectativas, que varían según su tipo y función. El texto puede satisfacer o no las expectativas de relevancia que produce, y si las satisface puede hacerlo en la dirección prevista por la L o en otra dirección (lo que acontece, por ejemplo, en el discurso humorístico, como veremos en el siguiente capítulo).

Cuando una L decide no acabar de leer un texto es porque sus esfuerzos interpretativos no están siendo compensados por efectos contextuales suficientes para que valga la pena seguir leyendo. Esto puede acontecer por no tener acceso a un contexto de interpretación adecuado que provea los supuestos contextuales necesarios para interpretar el texto, o porque los efectos contextuales producidos por el texto no son suficientes con respecto al tiempo y al esfuerzo invertidos.

Por ejemplo, si empiezo a leer un manual del usuario de una videgrabadora espero que me instruya de la forma más fácil, breve y eficiente sobre el uso correcto de todas sus funciones: la relevancia de este tipo de texto reside exactamente en comunicar algo de la forma más clara y determinada posible para que la L haga el menor esfuerzo para derivar las implicaturas que le sirven para hacer funcionar correctamente el aparato.

Al contrario, si decido leer las *Duineser Elegien* de R. M. Rilke, el *Quijote* de M. Cervantes, o la *Divina Commedia* de D. Alighieri⁵⁰, tengo que estar dispuesta a invertir en la lectura una cantidad de tiempo y de esfuerzo mucho mayor, presuponiendo que esta lectura será compensada por una cantidad adecuada de efectos contextuales, que resulta en una modificación de algún aspecto de mi entorno cognitivo.

Sin embargo, mis objetivos y criterios de interpretación pueden ser muy diferentes cuando leo sólo por gusto personal y no tengo que darle cuenta a nadie de mis interpretaciones del texto, o cuando, como en el caso de esta tesis, quiero hacer un discurso coherente, orgánico, articulado, en el que los criterios de análisis escogidos se deban explicar y justificar. Llamaré al primer tipo de interpretación **interpretación espontánea**, y al segundo **interpretación literaria**.

Se ha sostenido que una interpretación literaria, a la luz de una teoría cognitiva sobre la comunicación humana, consiste en dar una explicación causal, mecánica, predictiva de al menos algunos aspectos de la comunicación literaria, que es considerada como “una manera reflexiva de procesar la información⁵¹” (Guijarro, 1998).

⁵⁰ Para tomar como ejemplo obras cuya pertenencia a la literatura de alta calidad no creo que esté en tela de juicio.

⁵¹ El concepto de procesamiento reflexivo, contrapuesto al de procesamiento intuitivo, es un concepto técnico con el que Sperber (1997) describe dos modalidades de procesar, almacenar, recuperar y utilizar la información.

Los conceptos intuitivos son los que se forman a partir de las hipótesis factuales, que a su vez se derivan casi todas a través de la percepción, y se utilizan como herramientas para pensar: pensamos *con* los conceptos intuitivos.

Los conceptos reflexivos, en cambio, son los que están incrustados en otras representaciones que conforman su contexto validador, por ejemplo, “la ciencia”, “la autoridad”, “la moral”: pensamos *sobre* ellos.

Los conceptos reflexivos son los que nos permiten avanzar sobre nuestro conocimiento del mundo, ya que no hace falta comprenderlos del todo para poder operar sobre ellos.

No hay nada en el concepto que lo haga esencialmente intuitivo o reflexivo, su clasificación depende de la manera de procesarlo, de cómo lo fabricamos, pero sobre todo, de cómo lo almacenamos y recuperamos en nuestra mente. Hay conceptos netamente reflexivos que en algún momento se vuelven intuitivos, como el concepto de números pares y nones. Igualmente, cualquier concepto intuitivo se puede procesar de manera reflexiva, incrustándolo en alguna representación. Por ejemplo, “El sol nace por el este y se pone por el oeste” es seguramente una representación factual, porque se almacena de manera directa, a partir de la percepción, y se recupera de la misma forma. Sin embargo, tenemos otro concepto reflexivo que nos dice “Galileo probó que es la tierra la que se mueve, y no el sol”.

En esta perspectiva, el arte en general y la literatura son maneras reflexivas de procesar la información (Guijarro, 1998).

En una perspectiva cognitiva, la cualidad literaria no proviene del contenido del mensaje sino de la manera de procesar la información que se comunica, por un lado, y que se recibe, por el otro. La característica de lo literario reside no sólo en informar, sino en “desplegar [la información sobre] un estado de cosas, invitando a los receptores a que se unan [al emisor] para contemplarla, evaluarla y responder ante ella. El objetivo es no sólo producir creencias en los receptores, sino también involucrarlos en el estado de cosas que se representa y [lograr] actitudes evaluativas” (Pratt:1977:136, citada por Guijarro, 1998:x).

Hasta la fecha, ninguna de las teorías literarias ha podido dar una explicación causal, basada en mecanismos cognitivos, de la comunicación literaria; estas teorías no han logrado “descolgar la idea de literatura de su gancho celestial” (Guijarro, 1998:77), de su *status* de “idea platónica”, incuestionable y ontológicamente poco definida. Éste no es, evidentemente, el lugar para hacer una reseña y discusión sobre las teorías literarias, del por qué cada una de ellas parece, desde una perspectiva más rigurosa, igualmente válida o igualmente inútil, o para ver sistemáticamente cuáles de sus ideas siguen siendo provechosas a la luz de la TdR. En general, me parece que las teorías literarias interpretan un objeto (la literatura) que no describen ni definen claramente antes.

El análisis del lenguaje figurado y del discurso irónico que hemos propuesto en el capítulo anterior, y el del discurso cómico, que presentaremos en el próximo capítulo, son un ejemplo del método que se propone aplicar a la interpretación literaria: tratar de identificar unos pasos discretos a seguir para explicar el efecto de determinadas cualidades del discurso literario sobre su interpretación como tal.

En esta tesis se pretende dar ciertos elementos de interpretación literaria del párrafo que se analiza, fundamentándolos en una visión de la interpretación literaria como explicación de procesos cognitivos, según se ha descrito antes.

Una interpretación literaria necesita ser **exhaustiva, plausible y unificada**, tiene el reto de explicar de la forma más económica y a la luz de las intenciones del A todos los elementos de un texto, reconocer de manera conciente todos los elementos intencionalmente prominentes, describirlos y explicar su efecto en términos de esfuerzo de procesamiento y de efectos contextuales derivados, desglosar estos efectos como un gradiente de implicaturas, relacionar los efectos observados con el estilo del A como se conoce en otras obras, resolver eventuales incongruencias en el texto y, finalmente, ver qué tipo de mecanismos de significación explota el A para darle prominencia a ciertos elementos (Furlong 1995).

La interpretación literaria consiste en ir expandiendo el contexto de interpretación, tratando de buscar la relevancia pretendida, por el A para una L, hasta tener suficientes efectos contextuales, es decir, hasta que el texto tenga una relevancia óptima en la dirección que el A podría razonablemente haberse esperado de una L. La L empieza a buscar efectos a partir de un contexto que ha sido alentada a construir por la misma evidencia ofrecida por el A en el texto, y, si los efectos no son suficientes con respecto al esfuerzo hecho, expandirá el contexto hasta llegar a una interpretación consistente con el principio de relevancia (Furlong, 1995:75).

En la perspectiva de la TdR, la diferencia entre una interpretación espontánea y una interpretación literaria es que en una lectura espontánea ciertos elementos que serán notados como prominentes pueden no ser intencionales por parte del A, y otros serán procesados automáticamente sin ser notados. En una interpretación literaria en el sentido antes definido, en cambio, no se puede asumir que cualquier elemento que llame la atención tenga automáticamente una prominencia intencional; en primer lugar se necesita reconocer la intención del A de dar prominencia a un elemento para poder analizar sus estrategias expresivas específicas, es decir, su “estilo”. (Furlong 1995:202-204).

En la interpretación espontánea muchas veces se busca una relevancia actual, o real, lo que es relevante para la L al momento de la interpretación, más que la relevancia entendida por el A, o sea lo que

el A podría haber pensado ser relevante para sus Ls al momento de escribir su texto. Además, la interpretación espontánea se parece más a la interpretación de textos no literarios o del lenguaje oral, porque tiende a buscar el máximo de efectos contextuales por un esfuerzo mínimo, en lugar de derivar un número suficiente de efectos contextuales con relación al esfuerzo invertido.

La diferencia entre interpretación espontánea e interpretación literaria reside respectivamente en la diferencia entre una interpretación económica, que considera el significado de todos los elementos del texto con relación a la intención del A y al esfuerzo que hay que hacer para rescatar el significado, y una interpretación que considere los elementos que sean relevantes por el individuo al momento de la comunicación, derivando de éstos el número máximo de implicaturas, sin importar la intención del A. Reconocer la intención del A es crucial: potencialmente, no hay límites a la cantidad de implicaturas débiles que un texto puede producir en una L interactuando con su contexto de interpretación.

Cada L tiene su sensibilidad, y una de las grandes virtudes de la buena literatura es estimular las respuestas subjetivas, la imaginación, permitir analogías y comparaciones atrevidas escogiendo temas relevantes para la L; en este sentido, la interpretación espontánea, personal de un texto literario puede producir intuiciones muy poéticas e interesantes en una L, sin que éstas tengan nada que ver con las intenciones del A. En este sentido, la crítica literaria interpretativa ofrece interpretaciones personales y subjetivas, y tiene como objetivo el de compartir una cierta experiencia de lectura y un cierto tipo de apreciación del texto (Pilkington, 2000:49).

La interpretación literaria como la hemos definido, al contrario, necesita tener reglas estándares de aceptabilidad, presuposiciones sobre el estatuto del texto, del escritor y del lector, y ciertos límites de interpretación; debe ser exhaustiva, plausible y unificada, y tiene que identificar el “corazón” de la información, la serie de supuestos centrales, los que el escritor ha seleccionado como parte del contexto de interpretación.

La mejor interpretación posible de un texto literario en un momento dado es la que, a partir de la evidencia ofrecida por el A, toma en cuenta idealmente todos (aunque esto sea imposible en la práctica) los elementos del texto, resolviendo contradicciones e incongruencias de la forma más económica, ya que, por la segunda cláusula del principio de relevancia óptima, el A debería de evitarle a la L esfuerzos de procesamiento inútiles, o sea, que no produzcan suficientes efectos contextuales.

Por ejemplo, en *Baol* una L occidental que no conoce la situación sociopolítica italiana podría de todos modos encontrar relevancia en el texto, ya que el A pone en ridículo muchos aspectos comunes a las sociedades occidentales. Sin embargo, perderá la dimensión más precisa de este ataque, por ejemplo, la sátira contra una cierta “ideología del norte de Italia”; si alguien (como yo en el caso de esta tesis) expande el contexto de interpretación ofreciéndole a esta L la información sobre esa ideología y sus características, ella compensará su esfuerzo para procesar esta información con un mayor número de efectos contextuales.

Además, la “ideología del norte de Italia” conlleva un cierto tipo de discurso, del que el A hace una parodia, y esto implica hacer eco no sólo del contenido sino también de la forma, usar ciertas palabras, ciertos argumentos, cierto estilo discursivo. El disfrute de una parodia se puede perder parcial o totalmente en una traducción; sin embargo, al menos parte del contexto que el A evoca a través de la parodia se puede hacer explícito para que una L que no lo conozca pueda tener acceso a este contexto para interpretar el texto. En el capítulo 5 trato de hacer un análisis a partir de este concepto de interpretación literaria.

3.6 El carácter gradual de lo literario.

Hasta aquí hemos analizado las características que necesita tener la interpretación literaria desde una perspectiva cognitiva, lo que implica describir y explicar la experiencia de la lectura, y no prescribir lo que se tendría que leer en un texto (Pilkington, 2000:49).

En esta última parte del capítulo, para responder a la exigencia de un enfoque causal, físico-mecánico que trata de explicar los fenómenos *desde abajo*, me pregunto qué es lo que le da a la experiencia de la lectura de la literatura un valor especial, qué es lo que distingue la experiencia literaria en términos de procesos interpretativos y cognitivos. Hay determinadas representaciones mentales generadas por procesos que, sin ser exclusivos de la experiencia literaria, la caracterizan: se pueden reconocer rasgos que producen cierto tipo de efectos, que producen una “experiencia estética”. Empezamos definiendo estos efectos como **efectos poéticos** (Pilkington:2000).

Un texto literario tiene cualidades reales, que producen procesos mentales que generan cierto tipo de representaciones mentales: al leer a Rilke, Dante o Cervantes y, en general, al leer literatura, nos damos cuenta de que el texto contiene una cantidad de **elementos prominentes**, impactantes de alguna forma, memorables, destacados, especiales. Todas éstas son impresiones, teóricamente imprecisas pero útiles en cuanto que capturan las intuiciones que un buen lector o un crítico tiene cuando lee un texto literario.

Los textos literarios, más que otros textos, producen efectos poéticos por medio de estos elementos prominentes. Cualquier elemento estilístico puede ser prominente: una ambigüedad, una repetición, una inversión, una anomalía semántica, una metáfora. La clave de la prominencia no reside en un mecanismo estilístico particular, sino en los efectos que produce en la L, lo que implica el reconocimiento de las intenciones del A de hacer prominente cierto elemento.

Según la TdR, en la comunicación verbal oral o escrita se comunica un gradiente de implicaturas, desde las más fuertes, o sea, las que el A quiere comunicar claramente, por las que se asume la responsabilidad y que una L necesita absolutamente recuperar para entender el texto, hasta las más débiles, cuya responsabilidad de interpretación recae mucho sobre la L, ya que el A no las comunica de forma clara y determinada. Las implicaturas fuertes son las más prominentes, las primeras que se rescatan.

Hay textos (o enunciados) cuya relevancia reside exactamente en un contenido muy claro y determinado que el A/H quiere suscribir. En otros casos, en cambio, la comunicación no se compone de un solo contenido muy determinado e implicado fuertemente, sino de un amplio rango de implicaturas débiles; si cada una de estas implicaturas se expresara de forma más prominente anularía a las otras, o, en otras palabras, constreñiría la búsqueda de relevancia en una sola dirección.

Considérense los siguientes ejemplos:

1) Omar: ¿Quieres jugar ajedrez?

Sabina: Esta vez te voy a derrotar.

En la respuesta de Sabina, la implicatura más fuerte es (a) “Sí” (para derrotar a alguien se necesita jugar con él). Otras implicaturas pueden ser (b) “Normalmente es Omar quien derrota a Sabina” (si no, Sabina no diría “esta vez”), y (c) “Sabina está jugando a amenazar a Omar”. Sin embargo, la relevancia más importante del enunciado reside sin duda en la implicatura fuerte (a); (b) es algo que Omar ya sabe y (c) es una consecuencia de (b), si Sabina le dice a Omar algo que él ya sabe es para indicarle su actitud al respecto, sin embargo, la actitud de Sabina no influye mucho en la interpretación de Omar (al fin y al cabo, el objetivo del ajedrez es el de ganar, y Sabina no está ni haciendo una verdadera previsión ni comprometiéndose: está “jugando”).

2) Omar: Hoy Mauricio no llegó al entrenamiento de capoeira.

Sabina (con ternura): ¡Ay, ese güey!

Sabina no está expresando ni siquiera una proposición completa, sin embargo, está comunicando algo. Omar necesita interpretar el enunciado de Sabina a la luz de un contexto compartido (por ejemplo: Mauricio y Sabina son amigos y no dejarán de serlo porque Mauricio no fue al entrenamiento), para inferir algo como:

(a) Sabina desaprueba a Mauricio.

(b) Sabina piensa que Mauricio es un flojo.

(c) A Sabina le da ternura que Mauricio no haya logrado llegar a la clase.

(d) Sabina piensa que Mauricio pudo haber tenido buenas razones para no ir.

(e) La actitud de Sabina hacia Mauricio no es de condena, su desaprobación es muy relativa.

Omar necesita asumir buena parte de la responsabilidad de su interpretación, ya que el enunciado expresado por Sabina es muy vago.

3) Julieta es el sol (W.Shakespeare, *Romeo and Juliet*).

- (a) Julieta es tan necesaria para Romeo como lo es el sol.
- (b) Julieta ilumina la vida de Romeo.
- (c) La intensidad de la belleza de Julieta se equipara a la del sol.
- (d) La belleza de Julieta es luminosa y deslumbrante como la del sol.
- (e) Julieta, como el sol, es fuente de vida para Romeo.

Podríamos seguir desglosando las implicaturas de este enunciado, pero no hay una implicatura que sea más prominente que otras de manera clara, así que la L necesita asumir parte de la responsabilidad de su interpretación.

Sin embargo, hay otras implicaturas posibles de la oración como:

- (f) Julieta es gaseosa.
- (g) Julieta tiene una temperatura de 6000 c°.
- (h) Una exposición prolongada a Julieta puede causar quemaduras y hasta cáncer de piel (especialmente si la capa de ozono está dañada).

Ninguna de estas implicaturas es relevante para la interpretación de este texto a la luz de las intenciones del A, ninguna L racional derivaría estas implicaturas, ya que el esfuerzo requerido para derivarlas no está recompensado por efectos cognitivos. El reconocimiento de las intenciones del A guía la búsqueda de relevancia.

Recordando que para la TdR no hay expectativas de verdad literal en la comunicación (véase el capítulo 2), sino expectativas de relevancia, los elementos prominentes como la metáfora del ejemplo 3 son, en esta perspectiva, elementos que el A hace intencionalmente prominentes, cuya complejidad de procesamiento recompensa a la L con mayores efectos contextuales.

Es en este tipo de efectos que reside la comunicación poética (Pilkington:2000; Furlong 1995:95), la relevancia se alcanza impulsando a la L a representarse un cierto tipo de pensamiento (*to think along certain lines*, Furlong, 1995:98), cuyas líneas principales se definen a partir del reconocimiento de la intención del A.

No hay ninguna razón para suponer que este mecanismo no se explote en cualquier tipo de comunicación, ya que la vaguedad, que conlleva la posibilidad de expresar contenidos complejos, es un recurso de la comunicación humana. Permite comunicar mucho más de lo que se pueda suscribir o desglosar con claridad, como las impresiones, las sensaciones, los sentimientos, provocando un amplio rango de pequeñas alteraciones al entorno cognitivo de una O o L, que necesita asumir parte de la responsabilidad de su interpretación. En gran medida, es en la vaguedad, o sea, en la abundancia de implicaturas débiles, donde reside típicamente, aunque no únicamente, la riqueza expresiva de los textos literarios⁵².

Las técnicas y los efectos de la comunicación literaria se pueden reconocer en algún grado en cualquier tipo de comunicación ostensiva (Furlong,1995:85). Un comunicador puede hacer intencionalmente prominente un elemento para inducir a su audiencia a intensificar su esfuerzo de interpretación en busca de relevancia óptima, o sea, para tener mayores efectos contextuales por un esfuerzo razonable. No es necesario que una O o L reconozca que un elemento es prominente para procesarlo y derivar efectos contextuales de éste, ya que la interpretación es un proceso automático guiado por el principio de relevancia.

En cambio, la interpretación literaria, siendo un proceso reflexivo, reconoce los elementos prominentes, los distingue, los clasifica y trata de analizar su efecto. Ya que en esta perspectiva no hay una línea tajante de división entre textos literarios y no literarios, podemos hablar, más que de textos literarios, de efectos literarios, que se pueden encontrar en cualquier forma de comunicación, aunque estén explotados de manera más sistemática en la comunicación literaria por el tipo de esfuerzo que requieren del lector a partir de las expectativas que generan.

⁵² Naturalmente esto no significa que a mayor vaguedad mayores efectos o calidad literaria. Los efectos poéticos sirven para matizar y hacer más expresivo algo que el A quiere comunicar al lector.

La complejidad de un texto repleto de efectos poéticos, que explota sistemáticamente la vaguedad para comunicar impresiones o sensaciones, y la dificultad para reconocer las intenciones del A y los elementos que hace intencionalmente prominentes, junto a las variables de contexto de interpretación, explican la variedad de interpretaciones literarias posibles y el hecho de que haya textos (los llamados “clásicos”) que se prestan más que otros a interpretaciones siempre nuevas. En general, cualquier texto con rasgos de literariedad, o sea, con una cantidad considerable de efectos poéticos, entre otras cosas, tiene más que una interpretación posible. Aunque el rango de variación entre una interpretación y la otra está constreñido por los criterios de aceptabilidad e inaceptabilidad que derivan del principio comunicativo y de la noción misma de relevancia.

La vaguedad de un texto con características literarias no produce interpretaciones vagas, sino ricas y variadas; esta riqueza puede ser efímera o extenderse a lo largo del tiempo. Un rasgo importante de un texto con características literarias es exactamente el hecho de que favorece interpretaciones ricas y matizadas, que varían sin contradecir su núcleo fundamental (Furlong 1995:237).

Cada interpretación literaria se puede considerar como un estadio, una etapa hacia una interpretación ideal que sea plenamente relevante, representando de una “forma literal” el pensamiento del A: es interpretación ideal porque ni siquiera el mismo A podría producirla en estos términos, ya que, como hemos visto, no se comunican sólo proposiciones definidas, sino también rangos amplios de implicaturas, cuyo desglose tiene siempre un grado de aproximación.

Me parece que los criterios expuestos en este capítulo permiten dar un fundamento cognitivo a la interpretación literaria, restringiendo la interpretación de forma suficiente para garantizar la reconstrucción de un núcleo común, que es lo más prominente del significado pretendido por el A, para desglosar el tipo de proceso que se desata en la interpretación de textos con cualidades literarias.

CAPÍTULO 4. EL HUMOR VERBAL EN LA PERSPECTIVA DE LA TDR.

4.1. Introducción.

Como fue expuesto en el capítulo precedente, el texto que escogí analizar es un texto cómico, humorístico: la comicidad es un recurso que se suma a la ironía, amplificándola. Aunque no toda ironía es cómica; hay ironía amarga, apasionada, furiosa: la ironía es una actitud fundamental que se puede prestar a disociarse de cualquier discurso, “usando el vocabulario del enemigo”. Hay ironistas cómicos, otros serios, otros hasta apocalípticos. En este texto, en cambio, hay efectos humorísticos que aligeran la ironía, dándole ciertas características.

En una perspectiva cognitiva, el humor, como la ironía, no es una propiedad del texto sino deriva de ciertos mecanismos de procesamiento; es necesario enfocarse en los procesos mentales a través de los cuales se recupera la intención humorística y en el tipo de representaciones mentales que se necesita construir y manipular durante el proceso de interpretación.

Para analizar un texto irónico y humorístico, vamos a presentar una caracterización del humor verbal basado en la TdR (Curcó:1997).

A partir de consideraciones de prominencia debida, por un lado, a la existencia de campos de búsqueda de relevancia, y, por el otro, a las expectativas creadas por la sintaxis del enunciado, veremos cómo el reconocimiento y disfrute del humor cómico está ligado al reconocimiento de la actitud del H y a la satisfacción cognitiva por haber manipulado correctamente metarrepresentaciones complejas.

4.2 Unas observaciones sobre el proceso de interpretación.

Cuando interpretamos, la búsqueda de relevancia se mueve según expectativas generadas por un enunciado conforme se pronuncia (en el tiempo), y según el contexto. Tenemos acceso a los conceptos en el orden en que son pronunciados en el enunciado, y, a partir de éstos, construimos unas hipótesis, definidas como **hipótesis de anticipación**, sobre la estructura sintáctica de lo que sigue en la enunciación, incluyendo la desambiguación y la asignación de referentes. A partir de la construcción de hipótesis sintácticas, se pueden derivar hipótesis sobre el contenido lógico, es decir, el significado del enunciado (Sperber y Wilson, 1986/1995:205).

Por ejemplo, si alguien dice “Bush quiere controlar”, cualquier O se esperará a continuación el “qué”, o el complemento directo (expectativa sintáctica) y, por otro lado, que este complemento directo sea algo que se pueda controlar, sea algo cuyo contenido conceptual sea compatible de alguna forma con el verbo “controlar” (expectativa lógica). Esta estructura de expectativas crea lo que Sperber y Wilson definen como **escala focal**, o sea un conjunto de preguntas a las que el texto contesta en cierto orden y, consecuentemente, con cierta prominencia.

En el ejemplo precedente, el sujeto (Bush) es la primera información que se da, el argumento del discurso que sirve de base de procesamiento para la otra información, la de “qué”. Si alguien dice “Las intenciones de Bush son...”, la información que nos esperamos es sobre el “cómo” (un adjetivo o algo que sirva como un calificativo) o “cuáles” son estas intenciones (una lista de intenciones, probablemente con verbos al infinitivo).

No es sólo el orden el que influye en la escala focal, sino el tipo de prominencia que se da a la información; en la expresión oral es a través de mecanismos fonéticos, con un cambio del tono de voz, en la comunicación escrita, normalmente, a través de mecanismos sintácticos que generan preguntas de la forma expuesta arriba (Sperber y Wilson, 1986/1995:202-217). Por ejemplo, si digo “Lo que Bush quiere

hacer es...”, le estoy dando más prominencia al sustantivo o al infinitivo que sigue por medio de un mecanismo sintáctico de topicalización (“lo que”).

La información que el H hace mutuamente manifiesta para la O genera supuestos que se definen como **supuestos de primer plano**, ya que el H los hace intencionalmente presentes a la O, o sea, dirige su búsqueda de relevancia hacia la derivación de tales supuestos, obligando a la O a integrarlos como premisas fuertemente implicadas para interpretar el significado del H.

Por ejemplo:

Marcela: ¿Me invitas una Coca Cola?

Mauricio: Yo no financio los bombardeos en Irak.

Aquí el supuesto de primer plano, hecho manifiesto por Mauricio, es: La Coca Cola estuvo financiando la invasión de Irak. La intención de Mauricio es de comunicar claramente este supuesto, que implica una respuesta negativa y explica al mismo tiempo la razón del “No”.

Este supuesto tiene una alta relevancia, ya que Marcela necesita representárselo para incluirlo en su contexto de interpretación y poder interpretar la respuesta de Mauricio; esta información es relevante de por sí porque genera efectos contextuales, modificando el entorno cognitivo de Marcela.

Además Marcela puede derivar, a partir de su conocimiento del mundo, otros supuestos como:

La Coca Cola es un producto de Estados Unidos; la fórmula de la Coca Cola es secreta; la Coca Cola es ácida y se puede usar para quitar el sarro de los baños; México es el mayor consumidor de Coca Cola en el mundo.

Estos supuestos, que se definen como **supuestos de trasfondo**, no son relevantes de por sí, son implicaciones que Mauricio no está haciendo intencionalmente prominentes, unas de las cuales (en este caso, por ejemplo, la primera: “La Coca Cola es un producto estadounidense”) pueden dar acceso directo a un contexto de procesamiento que puede producir más efectos contextuales, reduciendo así los costos de procesamiento y consecuentemente el esfuerzo de interpretación de la O. En este caso, la implicación no es relevante de por sí, sino por guiar hacia otras implicaciones relevantes (Sperber y Wilson, 1986/1995:217).

Esta distinción, que “divide el entorno cognitivo de la O en dos espacios diferentes, se puede concebir como una división de **campos de búsqueda de relevancia**” (Curcó, 1995:15). Normalmente, la tendencia de una O es la de buscar relevancia en las respuestas a las preguntas generadas a partir de supuestos de primer plano, que se define como **campo de búsqueda de relevancia de primer plano** (Curcó, 1995:15).

4.3 El papel de la incongruencia en la interpretación humorística.

Muy frecuentemente, la reconstrucción de una interpretación humorística implica el procesamiento de dos contenidos proposicionales contradictorios en un dado contexto, que generan un cierto tipo de incongruencia, como veremos en seguida.

La incongruencia tiene que ver con nuestro sistema de expectativas a cualquier nivel: fonético, morfológico, sintáctico, semántico y lógico, y es menos una propiedad del objeto del discurso que un efecto de la interacción entre la estructura de expectativas de un sujeto y las propiedades de un objeto en un contexto determinado. Hay muchos tipos de incongruencia, sin embargo, la mayoría de ellas, cuando entran en contacto con el mecanismo de razonamiento deductivo, se tienen que resolver de alguna forma, ya sea con la construcción de implicaturas-puente que coloquen la incongruencia en un nuevo contexto, resolviéndola, o por medio de la eliminación de los supuestos más débiles a partir de un análisis de la respectiva fuerza de los contenidos proposicionales y de su consistencia con condiciones de verdad (Curcó,1995:16).

En general, si un H dice algo que una O percibe como incongruente es o porque su expresión implica una premisa especial, o porque contradice unos supuestos previos.

Por ejemplo:

1) Paolo tiene una botella de vino en mano y le dice a Luisa:

Pásame el abrelatas.

Si Luisa ve a Paolo con la botella en la mano, probablemente le pasará el sacacorchos sin ni siquiera notar el error lexical. A partir de una evidencia –la botella de vino en las manos de Paolo– Luisa interpretará automáticamente las intenciones de Paolo.

2) Christian me invita al concierto de Pearl Jam, diciendo que tiene dos boletos, pero yo acabo de leer en el periódico que el concierto de Pearl Jam ha sido cancelado. Para interpretar la invitación de Christian, necesito integrar una premisa especial, como: Christian no sabe que el concierto de Pearl Jam ha sido cancelado.

3) Mauricio me llama para avisarme que habrá una *roda* de *capoeira* el próximo sábado y que Omar ya está avisado. Después de veinte minutos, Omar me llama y, sin mencionar la *roda*, me invita a ir al cine el sábado. Para encontrar relevancia óptima en lo que me dice Omar, necesito integrar una premisa especial como: Omar cree que yo no sé que habrá una *roda* de *capoeira* el sábado; Omar no quiere ir a la *roda* de *capoeira* y por eso me está invitando al cine.

4) “La razón por la que los empresarios no leemos *Ana Karenina* es porque no nos gusta Dickens”.⁵³

Es un hecho que Lev Tolstoj, y no Charles Dickens, es el autor de *Ana Karenina*. Para entender el significado del enunciado (a la luz de las intenciones del H) hay que construir una implicatura-puente como:

Este empresario piensa que Charles Dickens es el autor de *Ana Karenina*.

El empresario quiere sostener que si los empresarios no leen determinados clásicos de la literatura es por una cuestión de gusto personal, y no por falta de interés.

La incongruencia entre un supuesto contextual y las implicaturas-puente que derivó del procesamiento del enunciado se resuelve considerando la certidumbre con la que yo albergo un supuesto contextual (Lev Tolstoj es el autor de *Ana Karenina*) para derivar de esta incongruencia otros efectos contextuales que quien escribió la carta no quería comunicar: al interactuar con mi contexto de interpretación, este enunciado me demuestra que el empresario que escribe cree que el autor de *Anna Karenina* es Charles Dickens, entonces es un ignorante, y hay un efecto cómico involuntario, ya que él usa como argumento para demostrar su cultura un enunciado que pone en evidencia su ignorancia.

⁵³ Este enunciado se encontraba en una carta a un periódico inglés en el que un empresario rebatía a un artículo del mismo periódico que decía que los empresarios no sabían nada de literatura y desconocían a *Ana Karenina*. Ejemplo citado por Deirdre Wilson en sus clases de pragmática en el London University College.

En el caso del humor verbal, algún supuesto de primer plano contradice o cuestiona explícitamente un supuesto de trasfondo que de repente tiene más efectos contextuales que el material que se coloca explícitamente en primer plano (Curcó, 1995:15).

Por ejemplo:

“El presidente Clinton, cuando le preguntaron si estaría de acuerdo con una misión de Kofi Annan en Serbia, preguntó quién era este Annan”.⁵⁴

El supuesto de primer plano es:

El presidente de Estados Unidos Clinton no sabe quién es Kofi Annan, por lo tanto, no sabe si está de acuerdo con una misión de este señor Annan en Serbia.

Un supuesto de trasfondo que se vuelve de improviso relevante es:

Todo el mundo sabe que Kofi Annan es el presidente de la O.N.U. (y todo el mundo sabe, por lo menos a grandes rasgos, qué es, o qué debería ser la ONU).

El supuesto de primer plano, el que está fuertemente implicado, tiene muy pocos efectos contextuales de por sí. Al interactuar con un supuesto de trasfondo, que hasta el momento estaba dado por sentado, se genera una contradicción: todo el mundo sabe quién es Kofi Annan excepto el presidente Clinton, que es el presidente de EU, la nación económica y militarmente más poderosa del mundo. Un supuesto muy relevante se representa como si no lo fuera, tratándolo como un supuesto de trasfondo, como algo que es parte poco relevante del contexto de interpretación.

La estructura del texto guía la expectativa sintáctica y lógica de relevancia hacia una cierta dirección, pero prevé mecanismos de “reparación”; si la relevancia no va en la dirección esperada, nuestro sistema cognitivo hace “marcha atrás”, se regresa a lo ya interpretado para volver a interpretarlo: en este caso, las hipótesis de anticipación que una O hace sobre el enunciado conforme lo escucha se ven desviadas, ya que la relevancia apunta repentinamente hacia una dirección imprevista.

⁵⁴ Ejemplo tomado de un artículo satírico de Stefano Benni, en septiembre 2001, sobre la guerra en los Balcanes, que estuvo circulando por internet.

En este caso, el supuesto de trasfondo se vuelve relevante porque guía la búsqueda de relevancia a reconsiderar la interpretación del supuesto de primer plano. La incongruencia entre estos dos supuestos, que se contradicen en algún nivel, no se resuelve cancelando uno de los dos, sino reinterpretando todo el enunciado. Para llegar a una interpretación humorística hay que considerar, como en el caso de la ironía, una capa adicional de metarrepresentación que incluye la actitud del H, como veremos en seguida.

4.4 El humor verbal como expresión de actitud

Según Curcó (1998:306), una gran cantidad de humor intencional consiste en “un tipo específico de comentario disociativo sobre un cierto aspecto del mundo, o un pensamiento atribuible”; se trata entonces de un tipo de uso ecóico, para entender el cual es necesario reconstruir la actitud proposicional del H como una actitud de disociación en algún nivel.

En el caso del humor, lo que es peculiar no es la presencia de una incongruencia (ya que, como hemos visto, las respuestas humanas a la incongruencia varían considerablemente, y en la mayoría de los casos tienden a resolverla eliminando la información incongruente), sino la forma de manipularla: al interpretar dos contenidos proposicionales discrepantes, la O no cancela los supuestos más débiles, o sea, no resuelve la incongruencia a partir de la verificación de condiciones de verdad.

La incongruencia entre una premisa implicada fuertemente, que se necesita integrar para tener una interpretación consistente con el principio de relevancia, y algún supuesto de trasfondo que hasta el momento era poco relevante (Curcó,1997:207), llevarán a la O a expandir su interpretación, metarrepresentando diferentemente las proposiciones interpretadas.

La O necesita incorporar en su interpretación la actitud del H, y entonces considerar la posibilidad de que él esté interpretando ecóicamente una de las dos proposiciones, o sea, (como fue expuesto en el capítulo 2) la esté representando como algo atribuible a alguien diferente de él mismo al momento de la

enunciación para expresar una actitud de disociación hacia su contenido proposicional o alguna implicación.

La premisa fuertemente implicada se define como **supuesto-clave** (Curcó, 1998:314), ya que es la necesidad de integrarla en el contexto de interpretación la que hace prominente de improviso, contradiciéndolo, un supuesto de trasfondo. Éste es normalmente algo que hasta el momento ha sido dado por sentado, un aspecto del mundo o de la moral común, o de la sociedad, que el H está interpretando ecóicamente para expresar su disociación, y por eso se define como **supuesto-blanco**, ya que es el blanco, el objetivo, de la disociación del H. El H se está disociando de manera indirecta, ya que se disocia de un supuesto contextual, no de la proposición expresada por el enunciado, y lo hace de forma ligera y desenfadada.

Retomando el ejemplo precedente, entonces:

El presidente Clinton, cuando le preguntaron si estaría de acuerdo con una misión de Kofi Annan en Serbia, preguntó quién era este Annan.

Estamos obligados a representarnos un supuesto de de primer plano como:

El presidente de Estados Unidos, Clinton, no sabe si está de acuerdo con una misión de Kofi Annan porque no conoce a este señor.

Éste es el supuesto-clave, ya que necesitamos integrarlo como premisa fuertemente implicada; al hacerlo, un supuesto de trasfondo se vuelve repentinamente relevante:

Todo el mundo sabe que Kofi Annan es el presidente de la ONU (y todo el mundo sabe, por lo menos a grandes rasgos, qué es la ONU).

Éste es el supuesto blanco, es el supuesto que, al interactuar con el supuesto-clave, genera una incongruencia:

Todo el mundo sabe quién es Kofi Annan, excepto el presidente de EU, Bill Clinton.

Esta contradicción no se resuelve descartando la información para la que se tiene menos evidencia, eliminando uno de los dos supuestos como imposible o improbable, o integrando una premisa especial o una implicatura-puente como acontece normalmente en interpretaciones no humorísticas. También hay que considerar que en este caso no entran en juego consideraciones de condiciones de verdad, ya que estamos en el campo de la semejanza interpretativa (véase 2.7), es evidente que no es literalmente verdadero que Clinton desconozca la identidad de Kofi Annan. El enunciado:

(El presidente) preguntó quién es este Annan.

Tiene una relación de semejanza interpretativa con otras representaciones, por ejemplo:

El presidente de EU no reconoce el papel de mediación de Annan, que representa a las Naciones Unidas, en la guerra de Bosnia; el presidente demuestra un desconocimiento absoluto de la autoridad de las Naciones Unidas; la arrogancia del gobierno de EU llega hasta cuestionar el papel de las ONU.

Para derivar una interpretación humorística, una L necesita metarrepresentar diferentemente todo el enunciado x, incluyendo la actitud del A:

El A quiere que
Yo me dé cuenta que
Él reprueba el hecho de que x.

Para resumir, considérese un último ejemplo:

¡Ya basta con este mito de que Blair es el sirviente de Bush! Ayer se rehusó a sacar a pasear a su perro en Washington. Le dijo: O me lo envías aquí a Londres o nada”⁵⁵.

Supuesto de primer plano:

Blair no se subordina a Bush.

Supuestos de trasfondo (muy poco relevantes):

⁵⁵ Ejemplo tomado del mismo artículo de Stefano Benni en septiembre 2001 sobre la guerra en los Balcanes del ejemplo anterior. La única modificación que se hizo es que se sustituyó Clinton por Bush.

Sacar a pasear el perro de alguien es una prueba de subordinación. Rehusarse a hacerlo es una prueba de independencia.

Bush vive en Washington, Blair vive en Londres.

Este supuesto se vuelve de pronto relevante con la oración que sigue, jugando sobre la escala focal de preguntas. La oración precedente parece responder a una pregunta como:

¿Qué hizo Blair para demostrar su independencia de Bush?

Esta pregunta suena lógica también porque ofrece una explicación de la primera oración. Sin embargo, al leer la última oración:

Le dijo: “O me lo envías aquí a Londres o nada”.

El supuesto de trasfondo: Bush vive en Washington, Blair vive en Londres, se vuelve repentinamente relevante. La pregunta de la escala focal va reinterpretada:

¿Dónde se rehusó Blair a sacar a pasear al perro de Bush?

El supuesto de primer plano del último enunciado es:

Blair se rehusó a sacar a pasear al perro de Bush en Washington, pero está dispuesto a sacarlo a pasear en Londres.

Este supuesto contradice el supuesto de trasfondo:

Sacar a pasear el perro de alguien es una prueba de subordinación. Rehusarse a hacerlo es una prueba de independencia.

Para resolver la contradicción hay que metarrepresentar diferentemente el significado de todo el texto, reconociendo el tipo de semejanza interpretativa involucrada e incorporando la actitud del A:

El A piensa que es ridículo que Blair pretenda demostrar su independencia de Bush rehusándose a sacar a pasear a su perro en Washington, pero ofreciéndole pasearlo en Londres.

Lo más probable es que jamás Blair haya dicho algo por el estilo, ninguna L creería que Blair haya tratado de demostrar así su independencia de Bush.

A propósito de semejanza interpretativa, recordemos que (como expuesto en los capítulos 1 y 2) en la comunicación no es necesario presuponer que lo que se comunica sea literalmente verdadero, cosa que de hecho, es bastante rara. Aquí el A está interpretando ecóicamente el *tipo de discurso*, más precisamente el *mecanismo argumentativo* de Blair frente a Bush, o (por analogía) del gobierno inglés frente al estadounidense. A partir de una metarrepresentación de este tipo y en virtud de la semejanza interpretativa, se pueden derivar muchas implicaturas, fundamentales para la interpretación humorística:

El A piensa que los desplantitos de independencia de Blair son rabetas inefectivas y sin importancia.

El A piensa que la actitud de independencia del gobierno inglés frente al estadounidense es una actitud hipócrita de falsa independencia, inadecuada y de fachada, vacía de contenido, y que esconde una dependencia absoluta y servil.

El A piensa que el nacionalismo de los ingleses (o de una parte de ellos) puede ser satisfecho por esta actitud de falsa independencia.

No hay límites a la cantidad de implicaturas más y más débiles, ya que el contexto de interpretación de cada L, su conocimiento del contexto político y sus ideas al respecto, pueden favorecer su derivación a partir del mecanismo descrito anteriormente, que constriñe el núcleo de la interpretación, asegurando la reconstrucción del significado del H.

En esta secuencia de enunciados, el mecanismo del humor es precisamente el de llevar a la L a integrar unas premisas fuertemente implicadas que se ven de improviso contradichas por unos supuestos de trasfondo, e interactúan con la prominencia creada por las escalas focales. Esta serie de incongruencias que genera cambios abruptos de prominencia entre supuestos de primer plano y supuestos de trasfondo, obligando a la L a hacer marcha atrás en su interpretación en búsqueda de relevancia óptima, la llevan a reconocer la naturaleza ecóica del enunciado y, por ende, a reconstruir la actitud implícita de disociación del A de la proposición que está expresando.

La sensación de diversión, de gozo que tenemos al disfrutar del humor deriva, según Curcó (1997:322), de la satisfacción por haber manipulado de forma correcta una representación compleja, derivando de ella una gran cantidad de efectos contextuales.

Si un H pronuncia un enunciado P en un contexto en donde $\neg P$ es mutuamente manifiesto, la O puede interpretar el enunciado metarrepresentándolo con diferentes premisas; si usa como premisa una metarrepresentación de primer nivel (Yo pienso que $\neg P$) concluirá que el H está equivocado; si usa como premisa una metarrepresentación de segundo nivel (Yo creo que el H cree que $\neg P$), concluirá que el H está mintiendo; si usa como premisa una metarrepresentación de tercer nivel (Yo creo que el H cree que yo creo que $\neg P$) concluirá que la intención del H es convencerla de P; sólo incrustando P en una metarrepresentación de cuarto orden como la antes descrita, la O puede reconstruir la intención del H de burlarse de P (Curcó, 1997:255-256).

Para recuperar las intenciones del H se necesita manipular una metarrepresentación de cuarto orden (Sperber:1994), que se usa como premisa para la interpretación de P:

- 4 El H quiere que
- 3 Yo me de cuenta
- 2 que él quiere que yo crea
- 1 que es lamentable/ falso/ ridículo/ imprescindible/ dudoso/ pensar que
- 0 P

Donde P es la proposición expresada por el supuesto-blanco, que tiene nivel 0 siendo de por sí una representación, y no una metarrepresentación que, como fue expuesto en el apartado 1.3.5, es una representación de una representación.

El reconocimiento de la actitud del H es crucial para entender el humor del enunciado; este proceso prevé un cierto tipo de manipulación de lo incongruente que induce a la O a metarrepresentar la actitud del H, lo que implica poner en relación la incongruencia con el sistema de creencias del H (y no sólo con el propio).

La capacidad de entender el humor está, entonces, estrechamente ligada a la atribución a los otros de estados mentales diferentes de los propios, en particular, la capacidad de albergar creencias falsas. Poder operacionalizar tales representaciones implica poseer una teoría de la mente capaz de usar como premisa una metarrepresentación de al menos cuarto orden (Curcó, 1998:321).

Esto concuerda con los experimentos hechos por Francesca Happé (1993) con sujetos autistas⁵⁶, en los que esta investigadora supone una relación precisa entre la gravedad del autismo con la dificultad de metarrepresentar, representar pensamientos sobre otros pensamientos, creencias falsas, pensamientos del H sobre un pensamiento atribuido o deseable (Happé,1993:103). Algunos autistas (los que tienen un grado más ligero de autismo) pueden entender las metáforas: esto significa que son capaces de atribuirle al H una intención diferente de la descriptiva, ya que, cuando se comunica en virtud de semejanza interpretativa, como hemos visto en los capítulos 1 y 2, la relación entre el enunciado y la realidad no es suficiente para interpretar si no se incorpora la intención interpretativa del H (como expuesto en el inciso 2.6).

La gran dificultad que los sujetos autistas tienen al tratar de entender la ironía (confirmada por el experimento de Happé:1993), se explica ya que para llegar a una interpretación irónica hay que considerar una capa de metarrepresentación adicional: la atribución a otra persona de un pensamiento interpretado, junto con la actitud de disociación hacia lo expresado. Lo mismo acontece en la interpretación del humor verbal. Los resultados de los experimentos de Happé confirman estas predicciones, que se sustentan en la TdR.

Esto podría dar una explicación parcial del por qué hay gente que tiene menos sentido del humor que otra, y de la variedad de respuestas posibles a un chiste (incluyendo la posibilidad de no entenderlo,

⁵⁶ A los que se define así exactamente por no tener una teoría de la mente suficientemente desarrollada, o sea por no ser capaces de atribuirle a los demás intenciones diferentes de las propias, es decir, de metarrepresentar las actitudes verbales y no verbales de los demás.

o de no apreciarlo); la manipulación de este tipo de incongruencia y la atribución de actitudes proposicionales requieren un cierto esfuerzo cognitivo, un procesamiento reflexivo y no espontáneo que eleva los costos de procesamiento (Curcó, 1997:258); además, hay que poder representar el supuesto-blanco con una actitud fría, de desapego. Si el supuesto-blanco, del cual el humorista se está burlando, está representado en la mente de quien interpreta como una creencia muy seria, muy arraigada, sagrada, importante, o incluso como un tabú, puede haber fuertes resistencias afectivas o rechazo hacia su metarrepresentación humorística. Éste es el caso típico de los chistes políticos o religiosos, y explica la definición de “chistes de mal gusto” y su variabilidad cultural.

El análisis de Curcó plantea una ligera modificación a la TdR. Wilson y Sperber (1992) hablan de uso ecóico a propósito de enunciados, que son estímulos ostensivos, aunque el blanco del eco no tiene que ser forzosamente la proposición expresada sino que la proposición expresada tiene que parecerse (en virtud de semejanza interpretativa) a un pensamiento de alguien diferente del H al momento de la enunciación (Wilson y Sperber:1992).

En la propuesta de Curcó, el discurso humorístico interpreta ecóicamente una representación mental, algo implícito como es un supuesto contextual: esto implica la propuesta de extender la noción de uso ecóico también al contenido proposicional de implicaturas y de supuestos (material implícito) que se hagan repentinamente prominentes de forma clara, como es el caso del supuesto-blanco en la interpretación del humor: por ello se habla de “ecos indirectos” (Curcó, 1998:319; Curcó, 2000:278).

En el análisis del texto trataremos de identificar los procesos descritos por Curcó y de distinguir si el tipo de uso ecóico presente es un uso ecóico de algún estímulo ostensivo como prevé la caracterización de la ironía hecha por Sperber y Wilson (1981) y Wilson y Sperber (1992), o si hay también un uso ecóico de algún supuesto contextual (de trasfondo) que tenga una prominencia imprevista o que se haga mutuamente manifiesto de forma clara, según la propuesta de Curcó (1997, 1998).

CAPÍTULO 5. ANÁLISIS DEL PRIMER PÁRRAFO DE STEFANO BENNI (1990), *BAOL. UNA TRANQUILLA NOTTE DI REGIME (BAOL. UNA TRANQUILA NOCHE DE REGIMEN)*.

5.1 Introducción.

Antes de empezar el análisis, quiero presentar un resumen de algunos conceptos discutidos anteriormente, que den razón de las convenciones y los criterios de análisis utilizados.

A: Autor. Un texto, así como un enunciado, es la evidencia de las intenciones de un A.

N: Narrador. En un texto literario, el N es quien le provee información al lector como una evidencia de las intenciones del A, es quien administra, en el lugar del A, la cantidad y calidad de informaciones que se dan al lector (Furlong 1995:187).

En este caso, el personaje que relata la historia es también el protagonista, el héroe de la historia. Veremos que la actitud del N es irónica, y hace eco del discurso de un cierto tipo de personas para burlarse de sus razonamientos absurdos, hipócritas, demagógicos o cínicos; al mismo tiempo, el N ostenta una actitud de desapego, usando un tono de monólogo impersonal, neutral, aparentemente informativo, *matter-of-fact*; el análisis estilístico ayudará a definir estas características.

La reconstrucción del punto de vista del N acontece a través de la derivación de explicaturas e implicaturas, para obtener una relevancia óptima, por medio de la resolución de incongruencias en varios niveles, como son el choque de varios puntos de vista expresados y combinados entre ellos, la incongruencia entre supuestos de primer plano y de trasfondo; este proceso lleva a la recuperación de la

explicatura de nivel superior, que comunica la actitud de rechazo del N hacia el enunciado del que hace eco.

En este caso, podemos decir que el N es la voz del A y que expresa su punto de vista. O, al revés, que el punto de vista del A no aparece directamente en el texto, que se relata desde el punto de vista del N-protagonista. La posibilidad para un escritor de ponerse una máscara, de hablar por boca de uno de sus personajes, de crear un personaje ficticio que hable en su lugar, es algo peculiar de la comunicación literaria, y añade a la interpretación una capa más de metarrepresentación. En literatura, muchas veces el A explota la diferencia de puntos de vista entre él y el N, hasta crear a narradores mentirosos o locos, sin embargo en este caso, y en muchos otros cuando el objetivo comunicativo principal es satírico-moralista, el punto de vista del A coincide con el del N.

L: la Lectora (por convención y equilibrio se decide que es una mujer). La lectora necesita tener cierto conocimiento de la sociedad italiana, en particular de su política -como veremos detalladamente- que le permita acceder a ciertos supuestos contextuales. Si bien el A hace mutuamente manifiestos de forma explícita algunos supuestos contextuales, otros necesitan ser parte del contexto de interpretación de la L.

Mi análisis quiere dar una explicación, en términos de la TdR, del mecanismo pragmático que lleva a la L a recuperar las intenciones irónicas del A; además, quisiera analizar los elementos textuales, formales y estilísticos que contribuyen a comunicar la ironía, haciéndola más expresiva o poderosa, ayudando a la L a reconocer y disfrutar la actitud irónica y enriqueciendo la interpretación de matices, gracias a los efectos de la comunicación vaga, rica de implicaturas débiles.

Considero que estos niveles están ordenados según una jerarquía precisa, ya que, si bien el proceso pragmático responde a reglas cognitivas generales, la formulación del texto responde a reglas estilísticas particulares, ligadas al contexto sociocultural, al género literario y a las decisiones del A: para tener

sentido, el análisis estilístico tiene que estar basado en una explicación más general del proceso pragmático de interpretación.

Para dar una explicación detallada del procesamiento pragmático de la ironía, el análisis propuesto empieza por la definición del contexto de interpretación, tratando de reconstruir los supuestos contextuales necesarios para rescatar el significado irónico que puede tener un diferente grado de prominencia en momentos diferentes, moviéndose del primer plano al trasfondo y viceversa, (lo que puede ser el resultado de efectos de “vía cerrada”). Además, es necesario distinguir entre lo que el A hace mutuamente manifiesto y en lo que, aún implícito en el texto, tiene que ser integrado por la L como parte del contexto de interpretación. Finalmente, se analizará cómo y cuándo los procesos de resolución de ambigüedad y asignación de referentes se vuelven cruciales para recuperar la intención irónica.

Analizaré también la relación entre explicaturas e implicaturas, tratando de definir los procesos inferenciales involucrados en la recuperación del significado del A, como un proceso en línea que implica el reconocimiento de los supuestos de primer plano, y la construcción de los supuestos de trasfondo relevantes para la interpretación.

Los pensamientos, opiniones y enunciados de los que el A hace eco implícitamente, con una actitud de disociación desenfadada y ligera, tienen que ser reconocidos por la L como algo atribuible para ser disfrutados como irónicos. Trataré de identificar la fuente de los puntos de vista de los que se hace eco, cómo interactúan entre ellos y cómo la actitud del A puede ser reconocida por la L.

Como mencionábamos antes, un elemento que ayuda a la L en el reconocimiento de la interpretación ecóica del autor es la presencia de incongruencias, generadas en el proceso de interpretación por un choque entre las expectativas provocadas por un tipo de supuestos contextuales -definidos como supuestos de primer plano- diferentes o diferentemente prominentes, y el contexto de interpretación de la L. Los supuestos de primer plano, activados por pedazos de nueva información dada por un estímulo ostensivo a

partir de las expectativas suscitadas por el texto, interactúan con el contexto de interpretación de la L, que ofrece un rango de supuestos de trasfondo, que se derivan del conocimiento enciclopédico de la L, su memoria, su universo de interpretación.

Como ha sido observado con respecto al procesamiento del discurso humorístico (Curcó:1997), el cambio abrupto e inesperado de prominencia entre supuestos de primer plano y de trasfondo lleva a la L a hacer marcha atrás y seguir procesos de vía cerrada pragmática, que generan efectos humorísticos.

El resultado es la reconstrucción por parte de la L del significado pretendido por el A, según el concepto de relevancia pretendida presentado en el capítulo 3. La L puede representar este significado en su cabeza de forma relevante, aunque más o menos detallada, según la cantidad y calidad de implicaturas más y más débiles que se rescatan, y que pueden, o no, ser comunicadas intencionalmente por el A.

Parte de la representación consiste en el reconocimiento de la intención comunicativa del A que, en este caso, es también la de convencer, en alguna medida, a su L a ver el mundo desde su propia perspectiva, y a compartir sus opiniones. La L, a este punto, puede decidir qué hacer con esta representación, cómo metarrepresentarla, si disfrutarla o no -lo que depende mucho de la interacción de esta representación con su universo de interpretación, que incluye sus creencias-, si suscribirla y hasta qué grado, si almacenarla en su memoria, si decidir de analizarla en su tesis de maestría.

En cuanto al aspecto estilístico/retórico, trataré de aislar los mecanismos estilísticos y retóricos usados por el A para amplificar las cualidades expresivas y estéticas del texto, haciéndolo más agradable como algo que transmite efectos poéticos adicionales, dándole a la L la posibilidad de disfrutar de un conjunto más amplio de implicaturas débiles típicas de los textos con calidad literaria, aunque, como vimos en capítulo 3, estos no sean cualitativamente diferentes de la comunicación hablada cotidiana, que funciona esencialmente de la misma forma.

Esto no significa que un mecanismo estilístico pueda codificar la ironía *per se*, o ser específico del tono irónico; sin embargo, hay algunos rasgos retóricos y estilísticos que funcionan mejor, o que son más utilizados de otros en el discurso irónico, por el tipo de inferencias, especialmente inferencias débiles, que se pueden derivar gracias a sus cualidades expresivas y connotativas.

En otras palabras, el estilo se considera aquí como un asunto gradual relacionado con la finalidad, con el objetivo comunicativo: la diferencia entre el estilo de esta tesis y el de la letra de una cumbia depende de la diferencia de situación comunicativa, que incluye los potenciales destinatarios, el contexto de interpretación, la realidad a la que se hace referencia en el texto, consideraciones culturales, idiosincrásicas, de gusto.

En este caso, estamos frente a un texto literario que tiene rasgos de un género típicamente retórico como es la sátira, donde la ironía es usada básicamente como una forma de persuasión para tratar de cambiar el punto de vista de la L o, por lo menos, de manipular sus representaciones mentales sobre un tema público, político o social.

Otros asuntos relacionados con este tema son la relación entre el humor y la ironía, y la peculiaridad de la ironía humorística en comparación con otras formas de ironía; retomaremos este punto en las conclusiones de la tesis después de haber analizado el texto.

Además, surgen preguntas sobre si este tipo de ironía puede ser disfrutado por una L que no esté de acuerdo con el punto de vista del A (que, como hemos visto, coincide con el del N), y sobre la posibilidad de una diferencia entre un contexto mínimo de interpretación –es decir los supuestos mínimos necesarios que una L tiene que representarse para entender la ironía- y un contexto socio-político más amplio y articulado, que le permita a una L disfrutar la ironía teniendo presentes todas las implicaciones satíricas del texto.

Supongo que el disfrute de este tipo particular de ironía, que implica aspectos éticos y políticos, sea altamente dependiente del contexto de interpretación, ya que, para reconstruir el significado irónico, se necesita representar la actitud irónica del A. Como predice la TdR, éste es un proceso complejo, en que se necesita tener acceso a los supuestos contextuales que no están mutuamente manifiestos.

Ciertas expectativas se producen a partir de las propiedades iniciales del texto y de su tono: es un texto de ficción, una narración de hechos que se ubica en un tiempo y espacio ficticios.

Si la L ya conoce al A, su personalidad pública, su actividad como escritor satírico, como comentarista político y editorialista, tendrá evidentemente expectativas más precisas por un lado sobre el texto como algo humorístico, irónico, satírico, y por el otro sobre el punto de vista del A. Sin embargo, este conocimiento previo no es estrictamente necesario, ya que el texto mismo ofrece suficientes elementos para rescatar la ironía, aun sin contar con informaciones y expectativas previas. Hagamos a un lado, por el momento, esta idea para suponer que la L nunca haya leído al A antes, así que nuestras conclusiones puedan ser válidas *a fortiori* en el caso que la L tenga un contexto de interpretación más amplio y detallado.

En cambio, hay conocimientos sobre la sociedad italiana que no están mutuamente manifiestos en el texto, pero que la L necesita integrar en su contexto de interpretación para entender el significado del A, como se mostrará en el análisis. Si la L no tiene estos conocimientos, perderá una parte de este significado.

En esta tesis, mi objetivo es definir las propiedades mínimas de los supuestos contextuales que una L necesita albergar o construir para recuperar la intención irónica del A y su significado, es decir, los supuestos que forman parte de la intención comunicativa del A. Esta discriminación es importante, ya que, al momento de la interpretación, cada L puede representarse una cantidad de supuestos contextuales, derivándolos de su experiencia y conocimiento del mundo, y utilizarlos para enriquecer su interpretación, para matizarla e incluso para decidir cómo albergar la representación derivada, sin que ellos sean parte del significado que el A pretende comunicar. Virtualmente no hay un límite a la cantidad de connotaciones

que una palabra, un enunciado, una representación pueden generar en una persona particular, en un tiempo y lugar dado, debido a la interacción de tales representaciones con su contexto personal de interpretación.

5.2 Análisis del texto.

È una tranquilla notte di regime. Le guerre sono tutte lontane. Oggi ci sono stati soltanto sette omicidi, tre per sbaglio di persona. L'inquinamento atmosferico è nei limiti della norma. C'è biossido per tutti. Invece non v'è felicità per tutti. Ognuno la porta via all'altro. Così dice un predicatore all'angolo della strada, uno dall'aria mite, di quelli che poi si ammazzano insieme a duecento discepoli. Ce n'è parecchi in città. Dai difensori dei diritti dei piccioni alla Liga Artica. Siamo una democrazia.

(S. Benni (1990). Baol. Milano, Feltrinelli:15)

Es una tranquila noche de régimen. Las guerras están todas lejos de aquí. Hoy hubo sólo siete asesinatos, de los cuales tres fueron por equivocación. La contaminación atmosférica está dentro de la normalidad. Hay bióxido para todos. Sin embargo, no hay felicidad para todos. Cada quien se la quita a alguien más. Esto es lo que dice un predicador en la esquina de la calle, un hombre de aspecto apacible, de los que luego se matan junto con doscientos discípulos. Hay muchos de ellos en la ciudad. Desde los defensores de los derechos de los pichones hasta la Liga Ártica. Somos una democracia. (traducción mía).

Explicatura:

Es una noche tranquila en un lugar y en una época donde hay un régimen.

Implicaturas:

Contenido explícito: las noches de régimen pueden ser tranquilas.

Supuestos contextuales (de trasfondo): un régimen es un sistema de gobierno no democrático, por ejemplo un régimen fascista.

Hecho saliente: hay un choque entre el concepto de régimen y el concepto de noche tranquila. Más búsqueda de relevancia lleva a recuperar la explicatura de orden superior:

“Alguien que no es el N piensa que las noches de régimen puedan ser tranquilas.”

Se trata de una interpretación ecóica, ya que el N está expresando rechazo hacia el enunciado interpretado.

El tono de todo el párrafo, desde el inicio hasta el final, es informativo, sus estructuras sintácticas y discursivas sugieren una intención comunicativa seriamente referencial. En este sentido hay un elemento paródico: se imita un texto informativo neutral. Podríamos volver a escribirlo sustituyendo los elementos incongruos con elementos más congruos, normales, banales, como sigue:

Es un tranquilo viernes por la tarde en las oficinas del Gobernador del Distrito Federal. Después de todo el trabajo habido en la semana, hoy hubo solo siete llamadas, de las cuales tres se habían equivocado. Los índices de criminalidad están en los límites de la normalidad. Hay seguridad para todos.

Este *incipit* hace mutuamente manifiesta la proposición expresada de una forma bastante directa: es una noche tranquila en un lugar donde hay un régimen. La palabra “Régimen” (la mayúscula en el texto refuerza el significado de la palabra) hace mutuamente manifiesto el contexto de un gobierno no democrático, donde hay censura, un manejo parcial de la información para manipular la opinión pública y la misma imagen pública del régimen, una relación represiva del gobierno con sus ciudadanos. Hay un gradiente de implicaturas más y más débiles que cada L puede rescatar como parte de su contexto de interpretación. Estos son los supuestos contextuales manifiestos por la palabra “régimen” junto con el conocimiento enciclopédico de una L. Una L italiana, además, asociaría muy fácilmente la palabra “régimen” con el fascismo que gobernó Italia de 1923 a 1943.

La presencia del adjetivo “tranquila” con referencia a una noche de régimen estimula más búsqueda de relevancia, haciendo que la L se pregunte acerca del punto de vista del N. Esta afirmación inicial da la impresión que vivir en un régimen sea una situación normal y tranquila. ¿Qué tipo de significado se le puede entonces asignar al adjetivo “tranquila”? ¿Para quién una noche de régimen puede ser tranquila? Para alguien que esté de acuerdo con el régimen: sin embargo, quien está de acuerdo con el régimen no lo definiría un régimen, ya que esta palabra siempre está cargada de una connotación negativa o, en otras palabras, nos lleva a albergar ciertos juicios como supuestos contextuales.

La incongruencia entre “régimen” y “tranquila” nos puede dar un primer indicio de la intención irónica del A (y de su N), de su actitud. Éste es un caso de polifonía, ya que la asociación entre “tranquila” y “régimen” no podría estar hecha por un opositor (quien no usaría “tranquila”), ni por un sostenedor del régimen, (quien no lo describiría explícitamente como régimen).

Además, en el sintagma “tranquila noche de régimen”, el complemento “de régimen” es usado como una especificación de calidad, como por ejemplo “noche de luna”, “atardecer de agosto”. Es una expresión, eficaz porque muy sintética, está basada en una semejanza interpretativa de tipo metonímico. Se está describiendo una noche típica en un país donde gobierna un régimen; la metonimia crea una imagen reforzando el tono casual y desempeñado del N irónico quien describe una situación extraña con un tono de aparente normalidad.

Los enunciados que siguen generan todavía más percepción de incongruencia, dando a la L más indicios sobre las intenciones del autor. El primero:

“Las guerras están todas lejos de aquí” es indudablemente un enunciado cínico, que implica que sí hay guerras, pero eso no importante mientras estén lejos del N y del régimen en que él vive. La relación sintáctica de coordinación entre este enunciado y el precedente no explicita el tipo de relación de significado entre las dos.

La implicatura es: “El hecho de que las guerras estén lejos es una evidencia de la tranquilidad de la noche de régimen”, dándole un nuevo significado a “tranquila”, para hacer eco del punto de vista de una persona cínica e hipócrita que está de acuerdo y satisfecha con el régimen.

Otra implicatura relevante sería entonces: “Ya que las guerras están todas lejos de aquí, se puede decir que las noches de régimen son tranquilas”.

Sin embargo, si la L ha reconocido que se trata de una interpretación ecóica, interpretará la proposición precedente p como incrustada en una explicatura de orden superior:

“El A/N se disocia, burlándose, del tipo de personas que piensan que p”.

Además, la L puede atribuir la interpretación ecóica hecha por el N:

“El tipo de persona que piensa que p es un sostenedor del régimen”.

La explicatura de la afirmación que sigue es: “En el día de la narración, en esta ciudad gobernada por un régimen, hubo sólo siete asesinatos, de los cuales tres fueron por equivocación”.

Las implicaturas relevantes:

Supuestos de primer plano: “Siete asesinatos no son muchos, especialmente si consideramos que no todos fueron de propósito, así que los asesinatos “verdaderos” serían sólo cuatro”, ya que “las equivocaciones de personas, o las acciones cometidas por equivocación, son generalmente perdonables, poco graves, accidentes irrelevantes”.

Supuestos de trasfondo: “Un asesinato es siempre algo intencional, entonces el asesino, aunque se haya equivocado, tuvo la intención de matar a alguien”. “Un asesinato es siempre algo muy serio” “Las circunstancias atenuantes de una equivocación de persona no se pueden aplicar en caso de asesinato, heridas, daños graves e intencionales, etc.”.

Implicación contextual: “La equivocación de persona, en este contexto, en lugar de funcionar como circunstancia atenuante hace más trágico el balance de asesinatos, aumentando entonces la ironía de todo el argumento”.

Explicatura de nivel superior:

“El N se está burlando de quien puede argumentar que siete asesinatos no son muchos, considerando que no todos fueron de propósito, así que los asesinatos “verdaderos” serían sólo cuatro, como razón para afirmar que las noches de régimen pueden ser tranquilas.”

Interpretación de todo lo precedente: la situación en un régimen no puede ser realmente tranquila; no puede haber tranquilidad si hay guerras, aun lejos; no es tranquila una situación en la que se piensa que

siete asesinatos al día son una tasa normal, y que matar a alguien por equivocación es menos grave que matarlo de propósito (ya que ambos son hechos graves y muy trágicos, aunque su tragicidad reside en razones diferentes).

Explicatura de nivel superior: el N quiere que la L esté de acuerdo con él, está tratando de convencerla haciendo eco de un posible discurso de alguien que está de acuerdo con el régimen (que es al fin y al cabo el responsable de la “tranquilidad” de la noche), y expresando una actitud implícita de rechazo y burla hacia su interpretación ecóica.

Otra explicatura de nivel superior: el N se está burlando de un discurso sobre la responsabilidad personal, común y atribuible a determinadas categorías de personas, que es el siguiente: algo hecho “de buena fe” o “por equivocación” es siempre menos grave que algo hecho de propósito.

De esta forma, el N está implicando fuertemente que este tipo de argumento no se puede aplicar a un caso de asesinato.

Hay un choque entre supuestos de primer plano y de trasfondo; la idea de que hacer algo por equivocación es menos grave que hacerlo de propósito está relacionada con un punto de vista moral judío-cristiano sobre la culpabilidad y la responsabilidad personal. Este supuesto es bastante disponible, manifiesto, para cualquier lectora italiana y, supongo, para cualquier persona occidental que haya recibido una educación aun mínimamente católica. Éste es un supuesto de primer plano, ya que está fuertemente implicado en el texto, pero choca con unos supuestos mucho más fuertes y sensatos que razonablemente hacen parte del conocimiento del mundo de la L, siendo principios morales bastante básicos.

En este caso, la ironía pone también en evidencia la naturaleza casual, arbitraria e insensata de las posibilidades de vida y muerte, y en este sentido se acerca al tipo de ironía definido por Muecke (1969) como “ironía general”: un aspecto de la vida -en este caso la casualidad y arbitrariedad de la vida y la

muerte- presentado como inevitablemente absurdo, y por ende irónico de por sí, como una contradicción irremediable de la vida misma de la que todos somos víctimas potenciales.

A este punto, la reconstrucción del significado del A lleva al reconocimiento y al disfrute de la actitud irónica, o sea de la explicatura de orden superior.

El primer enunciado del discurso sobre la contaminación del aire parece a primera vista algo descriptivo, referencial, informativo. Sin embargo, el segundo enunciado hace que la L haga marcha atrás, para darle un nuevo significado al adjetivo “normal”.

Explicatura de la primera parte del enunciado:

“En la ciudad del régimen en la época de la narración la contaminación atmosférica está dentro de los límites normales.”

Implicaturas:

Supuestos de primer plano (derivados de supuestos de trasfondo basados en conocimientos enciclopédicos sobre la contaminación en las ciudades modernas, etc.):

“Hay poca (o nada de) contaminación en el aire si su cantidad está dentro de los límites normales, y no es suficiente para provocar daños a la salud de las personas, así que no hay que preocuparse, no estamos en emergencia ambiental.”

Explicatura del segundo enunciado:

“En la ciudad del régimen en la época de la narración hay bióxido para todos los ciudadanos (cada persona que viva en la ciudad del régimen al tiempo de la historia).”

Supuestos de primer plano: “El hecho de que el límite de contaminación sea normal significa que hay bióxido para todos”, así que:

- a) El “límite normal no significa “poco o nada” sino “suficiente para todos”.

b) Si el nivel normal es bióxido para todos, entonces la abundancia de bióxido se presenta como una calidad de vida positiva, un servicio proporcionado por el régimen, algo satisfactorio, un beneficio para los ciudadanos, un signo de prosperidad, o, al menos, de normalidad.

Supuestos de trasfondo: “El bióxido, aun en cantidad pequeña, perjudica la salud. Su abundancia es signo de un medio ambiente contaminado”.

Conclusión implicada: un gobierno que presenta la abundancia de bióxido como algo normal y hasta benéfico para sus ciudadanos, está haciendo un discurso demagógico.”

Después de la primera afirmación, la L infiere que “hay poco (o nada de) bióxido en el aire”, pero el procesamiento de las dos afirmaciones juntas implica que una tasa normal de contaminación significa que cada quien recibirá su cantidad diaria de bióxido como si eso fuera un servicio proporcionado por el gobierno a sus ciudadanos.

El significado del primer enunciado, combinado con un conjunto de supuestos ligados a la idea de “índice normal”, origina ciertas expectativas que se ven traicionadas en el segundo enunciado, que explota la expectativa de una conclusión sensata revirtiéndola. El resultado es una incongruencia, cuyo procesamiento debe de poner en marcha el proceso de recuperación de la explicatura de nivel superior:

El N considera ridículo y absurdo que alguien pueda decir que un índice normal de bióxido significa que hay bióxido para todos.

Interpretación: el N le está atribuyendo al régimen un discurso irracional, implicando que el régimen explota procedimientos lógicos de forma demagógica, dando una apariencia de lógica a un discurso contradictorio que da un valor positivo a la abundancia del bióxido en el aire en lugar de uno negativo, sobre la base que “índice normal” significa “suficiente para todos”

Este tipo de procedimiento me parece muy similar al discurso sobre la responsabilidad de los enunciados precedentes, que explota las inferencias que se derivan en la vida cotidiana sobre la base de

principios comunes -en el primer caso- o juicios -como “normal”-, para mostrar indirectamente, a través de la ironía, que estos principios no se pueden aplicar a ciegas en toda circunstancia, ya que de ellos podrían derivarse conclusiones inaceptables.

El segundo caso es también un buen ejemplo de como el valor semántico de un enunciado depende totalmente del contexto, por el valor pragmático que se le asigna a los adjetivos como “tranquila” o “normal”.

A este punto el texto hace un cambio en el tono del discurso, induciéndonos, en un primer momento, a pensar que esta es la verdadera voz del N, es su punto de vista real que finalmente emerge:

“Sin embargo, no hay felicidad para todos. Cada quien se la quita a alguien más”.

Explicatura:

No hay felicidad para todos. Cada quien se la quita (=la felicidad) a alguien más.

Doble asignación de referentes: todos=cada quien=alguien más: la gente en la ciudad gobernada por el régimen, o la humanidad en general. El discurso parece abrirse a una visión más cósmica. Se puede explotar para derivar varios tipos de implicaturas, sin embargo el significado del enunciado reside básicamente en su explicatura (que incluye el enriquecimiento pragmático de la doble asignación de referente).

La expectativa de la L, a este punto, puede ser: “¡Finalmente una voz crítica real y plausible!”

El principio del enunciado que sigue parece confirmar las expectativas de la L, sin embargo su conclusión las invierte.

Explicatura:

“Esto es lo que dice un predicador en la esquina de la calle (de la ciudad gobernada por el régimen en el momento de la narración), un hombre de aspecto apacible”.

Implicaturas:

Supuestos de trasfondo: “Los predicadores son personas espirituales, ellos deberían de tener un punto de vista profundo, moral, lleno de compasión hacia la condición humana.”

Las expectativas generadas por este enunciado, alentadas implícitamente por el N, pueden ser algo como: “El punto de vista del predicador podría ser el del A, ya que la apariencia apacible del predicador significa que él es apacible, que es un hombre de paz, una persona paciente y sensible, diferente del cínico sostenedor del régimen que el N ha interpretado ecóicamente hasta el momento. La opinión expresada es atribuida explícitamente a alguien más, generando más expectativas sobre la fuente del enunciado. Un “predicador de aspecto apacible” puede bien expresar un punto de vista plausible, verdaderamente moral, que podía bien ser él del N/A. Los supuestos contextuales accesibles a la L hasta este punto (que este predicador apacible puede ser una persona sensata, que lo que él dice parece una afirmación seria y moralmente plausible sobre la sociedad representada), se revierten improvisamente con lo que sigue:

“como los que se matan junto con doscientos discípulos”.

Este enunciado nos presenta el carácter apacible del predicador y su supuesta autoridad moral bajo una luz totalmente nueva, mostrando su comportamiento insensato.

Explicatura: “El predicador de la esquina es similar al tipo de predicadores que se suicidan junto con doscientos discípulos”

Supuesto contextual implicado: Los predicadores (o cualquier otra persona) que se suicidan, y que convencen a otra gente a cometer suicidio junto con ellos son un ejemplo de un comportamiento destructivo e insensato, sin importar su apariencia ni lo que digan”.

Conclusión implicada: por esta razón, no pueden ser ni un buen ejemplo de comportamiento ni una fuente de sabiduría: de hecho, lo que estos predicadores dicen puede engañar sobre sus verdaderas intenciones.

Ya que en la época moderna ha habido realmente casos de suicidios colectivos inspirados por este tipo de predicadores “proféticos” (como en la Guyana francesa en los años setenta o en Waco, Texas, en los noventas), si la L tiene estos conocimientos enciclopédico puede ampliar su representación integrándola con supuestos contextuales más ricos y precisos. Sin embargo, aunque la L no tenga acceso a este tipo de supuestos de trasfondo, sus rasgos fundamentales son explícitos en el texto, están mutuamente manifiestos.

A este punto la L puede rescatar la explicatura de orden superior, reconociendo que la atribución explícita del enunciado es ecóica, ya que comunica el rechazo del N no hacia el contenido de la proposición mencionada sino de sus implicaturas, por medio de su atribución a una fuente que carece de credibilidad y autoridad moral. La mención interpretativa de un enunciado sensato y su atribución a alguien, junto con la descripción de su comportamiento insensato, produce el doble efecto de desacreditar al mismo tiempo la proposición expresada como algo sin sentido en la realidad y su fuente: las personas que tienen una apariencia sabia, que parecen expresar ideas sabias y sensatas, pero luego usan estas mismas ideas para ser peligrosas y destructivas para ellas mismas y los demás.

Lo que sigue refuerza estos nuevos supuestos, colocando al predicador en un contexto bastante diferente, para inducir a la L a hacer marcha atrás y reconsiderar un indicio precedente, que podría haberle pasado desapercibido, o haber llevado inferencia demasiado débiles para ser tomadas en cuenta, y que ahora se vuelve relevante: “en la esquina de la calle”. El hecho de que el predicador se encuentre en la esquina de la calle refuerza la idea que es alguien de quien desconfiar, un charlatán. La esquina de la calle se convierte en el espacio de acción de varios ejemplares de la fauna rara que se puede encontrar en la ciudad:

Explicatura:

“Hay mucho de ellos en la ciudad (gobernada por el régimen al momento de la narración). Desde los defensores de los derechos de los pichones hasta la Liga Ártica. Somos una democracia”.

Es importante observar que a este punto la asignación de referencia tiene un papel crucial en la reconstrucción del significado del N. La primera asignación crucial de referencia es la de “muchos de ellos” en el enunciado “hay muchos de ellos en la ciudad”, que incluye las categorías enumeradas en seguida: “desde los defensores de los pichones hasta la Liga Ártica.” Así, el predicador es parte de “ellos”, una categoría muy vaga de personas raras que no se define precisamente, sólo se representa por medio de un rango de gente que van de una categoría improbable a otra totalmente absurda: “desde los defensores de los derechos de los pichones hasta la Liga Ártica”.

El N coloca al predicador (antes definido como “uno de los que se matan junto con doscientos discípulos”) dentro de una nueva categoría, comparándolo con otros personajes y, de esta manera, expresando su actitud de burla hacia todos ellos. La asignación de referencia se apoya a elementos textuales: “uno de los que” en el enunciado “como uno de los que se matan” y “ellos” en “hay muchos de ellos en la ciudad”.

La asignación de referencia en este caso es parte del procesamiento de la ironía. Sin embargo, los efectos de esta asignación de referencia son bastante indirectos, implicando, más que afirmando explícitamente, que el predicador es “uno de ellos” por medio de la comparación. De esta forma, se implica un rango mayor de inferencias débiles, que asumen más relevancia por medio de la categorización implícita del predicador dentro de un rango de personajes caracterizados por la cantidad (“hay muchos de ellos en la ciudad”), y por compartir unos rasgos raros y vagos, que se les asignan por ser miembros de la misma categoría. Esta inferencia se apoya crucialmente a la asignación de referencia de “ellos” en “Hay muchos de ellos”.

El mecanismo retórico que se explota en “desde los defensores de los derechos de los pichones hasta la Liga Ártica” es él definido por la retórica clásica como *congeries*, un tipo de acumulación coordinada en donde la asociación desordenada de los elementos enumerados da el efecto de “un caos multicolor” (Lausberg 1969:53.2, 294).

“En la ciudad” se refiere, como en los enunciados precedentes, a la ciudad gobernada por el régimen, pero veremos que esta referencia va a adquirir un valor diferente y será revisada y reasignada.

El significado entendido por el N, a este punto, debería de estar representado por la L como incrustado en una explicatura de orden superior, más o menos (mínimamente) como sigue:

Explicatura de orden superior:

El N se está burlando de

p: los predicadores de la calle, ya que pueden parecer razonables a primera vista, pero luego se matan con sus discípulos, mostrando un comportamiento insensato. Por medio de la comparación de los predicadores con otros personajes, como los defensores de los derechos de los pichones y los miembros de la Liga Ártica, y su clasificación en la misma categoría de gente, se deriva otra explicatura de orden superior. El N se está burlando de

p: todos estos personajes, representados como una fauna urbana lunática, incongrua y disparatada.

Se pueden también derivar inferencias más débiles sobre la similitud entre los predicadores y los otros personajes: podrían, como el predicador, tener ideas aparentemente sensatas pero una actitud incoherente; podrían, como el predicador, transformarse en personas peligrosas y destructivas para defender sus causas que parecen decentes, humanas, morales, etc.

Es importante observar que los predicadores de la calle existen de verdad y hacen parte de nuestro conocimiento del mundo; los defensores de los derechos de los pichones se pueden representar fácilmente como una parodia de ecologistas radicales, que deciden defender los derechos de unos animales cuya

representación es ligada al concepto de parásitos de la ciudad, con supuestos de trasfondo como: “Los pichones viven en la ciudad” “No hay que darles de comer si no se reproducen demasiado” “La municipalidad debería de enfrentar el problema de los pichones esterilizándolos” “La acidez de sus excrementos corroe los monumentos urbanos”.

Por todos estos supuestos, el pichón no es normalmente un animal al que se piensa en términos de derecho sino de fastidio; además, la representación del concepto “defensa de los derechos” activa muchas categorías más “merecedoras” de los pichones: madres solteras, niños de la calle, minorías étnicas, animales en peligro de extinción, de granja, de laboratorio.

Por lo tanto, la asociación del concepto “defensa de los derechos” con el concepto “pichones” genera una incongruencia que hace reconocer la ironía, con la construcción de una explicatura de orden superior como:

El N piensa que sea ridículo que pueda haber alguien que p
p: ocuparse de la defensa de los derechos de los pichones.

La Liga Ártica, en cambio, no existe y es algo difícil de representar si la L no tiene acceso a unos supuestos contextuales bastante específicos:

En la Italia del Norte, en años recientes, han nacido nuevos partidos o asociaciones que se definen Ligas (*Lighe* o *Leghe*), cuya ideología está basada en la identidad territorial, cultural, “racial” y en ideas racistas, xenófobas, separatistas y muy conservadoras. La ideología de las Ligas (cuyo miembro más importante es la Liga Norte, que en este momento es parte de la alianza que gobierna Italia, junto con los partidos de derecha y con Forza Italia, el partido del primer ministro Berlusconi) contrapone un Norte de Italia, lugar de todas las virtudes políticas, éticas y morales a un Sur definido como corrupto, improductivo, un parásito que no merece beneficiarse de la riqueza producida y de los impuestos pagados por el Norte.

Si la L tiene acceso a estos supuestos contextuales, podrá representarse mentalmente la Liga Ártica, cuya existencia, siendo el Círculo Polar Ártico el lugar más al norte del planeta, invalida, dándole un valor relativo, la importancia dada por las Ligas reales a la proveniencia norteña, la reivindicación de su proveniencia norteña como algo política, ética y moralmente significativo. Por medio de esta hipérbole, creando la Liga-más al-Norte-que-las-demás, el N se está burlando de la ideología de las Ligas italianas reales, mostrando que está basada en un concepto absurdo.

El puente entre el lugar de la ficción, la ciudad del régimen, y la Italia moderna, se construye así a partir de la semejanza interpretativa y de una doble asignación de referentes. Una vez que esta analogía ha sido representada, la L puede reasignar la referencia a la “tranquila noche de régimen” y a la ciudad mencionada en la ficción, representándola como una ciudad del Norte de Italia en los años noventa.

El último enunciado, “Somos una democracia”, merece una atención especial, ya que condensa muchos de los elementos descritos arriba poniendo en relación definitiva la ciudad imaginaria con una ciudad del norte de Italia, por medio de semejanza interpretativa y una doble asignación de referencia. La asignación de referencia del “nosotros”, sujeto implícito del verbo “somos” es crucial para recuperar la intención irónica.

Este discurso puede ser considerado una interpretación ecóica del N (que ahora habla como un “yo” colectivo), quien hace eco de alguien que define “tranquilas” las noches de régimen, “pocos” siete asesinatos, “normal” la tasa de bióxido. El N ahora está haciendo eco del discurso de alguien que piensa que la presencia de predicadores destructivos, defensores de los derechos de los pichones y Ligas Árticas sea de verdad un signo de democracia. La explicatura de este enunciado enriquece las proposiciones expresadas proporcionando una relación causal entre ellas, como:

“Somos una democracia porque dejamos que diferentes tipos de gente se expresen libremente, no importa lo que digan o hagan”.

La premisa implicada, que se deriva como un supuesto de primer plano, es entonces:

“La presencia de diferentes opiniones, no importa cuáles sean, o cómo se expresen, o qué tipo de impacto tengan en la sociedad, siempre es un signo de democracia”.

Este supuesto choca con supuestos de trasfondo como:

“Las democracias deben de tener cierta calidad, y las opiniones expresadas son importantes para determinar esta calidad. Dejar que unos personajes que pueden ser hasta peligrosos para la sociedad, expresen libremente sus opiniones no es un rasgo esencial ni importante de una democracia de buena calidad”.

Además, supuestos contextuales socialmente compartidos sobre la democracia como un valor precioso y un régimen como un gobierno no democrático por definición, disponibles para muchas Ls, chocan, ya que el N está atribuyéndole rasgos de democracia a una dictadura, y viceversa, usando evidencia incongruente como premisa de su razonamiento. Claramente, si una L no alberga este tipo de supuestos como trasfondo de su interpretación, por no tener esa información sobre las democracias y los regímenes, no podrá rescatar la ironía del N. Si no percibe la incongruencia entre estos supuestos y los supuestos de primer plano generados por la explicatura del enunciado, no puede reconocer la interpretación ecóica del N.

Las conclusiones implicadas que se pueden derivar a este punto serían algo como: “Si la presencia de estos personajes tan disparatados y absurdo como los descritos antes permite de clasificar este régimen como una democracia, entonces la calidad de esta democracia es muy baja o, mejor dicho, tan inconsistente como la Liga Ártica.”

El N se disocia de este tipo de discurso al poner esta breve declaración después de la descripción de la gente que podemos encontrar en la esquina de la calle en esta ciudad; sin embargo, lo más importante es que esta declaración está al final de un párrafo que describe un régimen y sus rasgos como algo tranquilo,

bueno, normal. ¿Es este régimen que se transforma sorpresivamente en democracia, o es “esta” democracia la que es más pertinente describir como régimen? Lo que es evidente es que en este pequeño párrafo un régimen y una democracia han sido equiparadas.

Por el otro lado, la referencia a la Liga Ártica ha desatado unas expectativas en la L, quien ya hizo una doble asignación de referencia: a la realidad de la ficción y a la realidad italiana. Si la Liga Ártica se refiere a las ligas reales italianas, todo este discurso se puede referir a la sociedad italiana, y así la declaración “Somos una democracia” se puede leer como un eco de cierto discurso ideológico italiano, por medio de inferencias incrustadas en la explicatura de orden superior, algo como:

“El N cree que la calidad de la democracia en Italia sea análoga a la calidad de la “democracia” que puede haber en un régimen: ya que régimen y democracia son normalmente términos contradictorios, la calidad de esta democracia puede sólo ser ridícula, como algo basado en supuestos equivocados. El N se está disociando de un discurso común, bastante típico de ciertos conservadores en Italia, quienes sostienen que cualquier tipo de pluralismo de opiniones es, de por sí, una garantía de democracia.”

La actitud del N es, entonces, una actitud de rechazo sobre lo que se dice y lo que se implica, en un doble juego de asignación de referencia. Él rechaza un concepto puramente formal de democracia, un discurso sobre la democracia en términos puramente formales, basado en supuestos equivocados y elementos intrínsecamente absurdos. Al mismo tiempo, está implicando que la calidad de la democracia italiana puede ser asimilada a la calidad de un régimen, al interpretar ecóicamente un discurso atribuible a cierta parte de la sociedad italiana que defiende un concepto de democracia formal y vacía.

Hay una gran cantidad de inferencias más débiles que diferentes Ls podrían derivar, no sólo a partir de su conocimiento enciclopédico sino de sus ideologías políticas: sin embargo, para disfrutar la ironía hay que construir al menos los supuestos descritos arriba y probablemente estar de acuerdo, aun en parte, con lo expresado por el A.

Otras inferencias podrían referir este discurso a las democracias en general, no sólo a Italia: la falta de información contextual sobre la Liga Ártica, por ejemplo, podría llevar a una interpretación más amplia, como:

“El N está expresando su actitud de burla hacia las democracias en general, y por lo tanto hacia los seres humanos en general, cuya “ilusión de democracia” es sólo la imposibilidad de construir una democracia que sea verdadera, de tomar seriamente cualquier intento humano en este sentido, distorsionándolo y despreciándolo.”

Esta última afirmación resume el tono ecóico de todo el discurso precedente y reafirma las analogías entre el régimen descrito e Italia: el discurso se puede atribuir a un cierto tipo de personas que sostienen el régimen, y, por medio de una doble asignación de referencia, a aquella parte de la sociedad italiana que está de acuerdo con el gobierno italiano, creyendo (o sólo declarando) que Italia es una democracia real. La vaguedad de este tipo de interpretaciones permite derivar una gran cantidad de inferencias débiles, muy influenciadas por el contexto de interpretación, la ideología, la experiencia y la memoria de cada L.

Entre el “creer de verdad” o sólo “declarar” que Italia es una democracia hay una gran diferencia, que permite derivar más inferencias: por un lado, este podría ser el discurso de una persona un poco ingenua e inocente, ignorante, sin visión política (lo que en Italia se conoce como “qualunquista”, un neologismo cuya traducción sería “cualquierista”), manipulada por el régimen y sus medios de comunicación; por el otro, éste podría ser el discurso del mismo Poder para manipular a sus ciudadanos, un discurso extremadamente cínico.

El mecanismo estilístico más evidente en este párrafo es el uso de ciertas estructuras sintácticas, cuyo resultado es la parodia de un estilo informativo seco, plano, muy *matter-of-fact*, hecho de frases cortas, con muchos puntos y seguido, como un breve reporte de tono informal. La ausencia de subordinación, una

parataxis obtenida por medio de los puntos y seguido, hace que la L infiera las relaciones sintácticas entre las frases, considerándolas como parte del mismo discurso.

Al integrar esta información con el objetivo de tener una relevancia óptima, la L está haciendo un esfuerzo, requerido por la estructura del texto, que es compensado por una gama más amplia de efectos contextuales, por ser las relaciones entre los enunciados indicios de las intenciones irónicas del N. De hecho, desde un punto de vista sintáctico casi todas las frases después de la primera se interpretan como una explicación causal de ésta, o sea del por qué la noche de régimen se pueda definir tranquila.

La búsqueda de la L de relaciones causales sensatas entre las frases da como resultado el reconocimiento de argumentos ilógicos, asuntos mal definidos, razonamientos que hacen de la argumentación del N algo absurdo, incluso de un punto de vista estrictamente lógico-formal.

Ya se ha observado el uso irónico de adjetivos evaluativos como “tranquilo”, ”lejos”, “normal”, “suficiente”, “apacible”, y del adverbio “sólo”. No hay choques semánticos: el choque es, como predice la TdR, totalmente pragmático, absolutamente dependiente del contexto.

Además, hay un fuerte paralelismo sintáctico: “Hay bióxido para todos. Sin embargo, no hay felicidad para todos.” Este tipo de paralelismo, definido por la retórica clásica *isocolon* (Lausberg, 1969:387), reforzado por la *anaphora* (repetición) de “Hay” y “para todos”, pone en evidencia la antítesis de significado, explicitada por “no” y “sin embargo”. Toda la figura es un *antitheton* (Lausberg, 1969:304), definido por la retórica clásica como una oposición polar de dos términos; en este caso, el *antitheton* es reforzado por el fuerte paralelismo de los enunciados que contienen los dos términos en oposición. Además, los dos miembros de la contraposición son muy incongruentes: ¿qué tiene que ver el bióxido con la felicidad? Este tipo de simetrías aumenta el poder expresivo del texto, poniendo en evidencia los elementos incongruentes.

Finalmente, podemos observar el imprevisto cambio (switch) estilístico desde un principio impersonal (“Es una tranquila noche”) hasta un final personal (“somos”), que ayuda a derivar las inferencias pragmáticas descritas anteriormente.

CONCLUSIONES

En esta tesis enfrenté el análisis de un texto literario contemporáneo con un enfoque basado en la pragmática cognoscitiva, más específicamente en la Teoría de la relevancia (Sperber y Wilson:1986/1995), definiendo unos criterios para describir y explicar el uso de la ironía cómica en un texto de sátira político-social.

Consideré el texto como una evidencia de las intenciones comunicativas del A, como fue expuesto en el capítulo 3. Como se trata de un texto literario, enfoqué el análisis en la derivación de implicaturas débiles relevantes y en las formas de dar prominencia a un dado elemento: a partir de estos criterios, se pueden definir unos elementos del estilo del A. La prominencia es, en esta perspectiva, una relación entre el significado del enunciado, el contexto, y las inferencias que se derivan de su procesamiento. Por lo tanto, traté de definir el contexto de interpretación que una lectora necesita tener para interpretar el texto, desglosando las implicaturas que es necesario que una lectora derive para rescatar la actitud irónica y disfrutar los efectos humorísticos.

La ironía en una perspectiva cognoscitiva es, como fue expuesto en capítulo 2, la expresión de disociación del enunciado que se interpreta, y parece ser una categoría natural, conjugando dos actitudes fundamentales del ser humano como la expresión de actitud y la atribución de pensamientos e intenciones a otras personas.

En mi análisis busqué la fuente de la interpretación (o sea, qué persona, qué tipo de persona o de discurso se está interpretando ecóicamente). La atribución a alguien diferente del H al momento de la enunciación es crucial, ya que nos da el objetivo del eco. Se trata generalmente de una atribución implícita y de una disociación igualmente implícita. También es importante analizar el tipo de disociación expresada (en el capítulo 2.7 hemos vistos unos casos límite: casos en que el enunciado irónico es literalmente verdadero): de la proposición, de alguna implicatura, de la situación misma, de la relación del enunciado interpretado con la situación, que lo contradice en algún nivel, definir en qué nivel se da la contradicción y qué efectos se derivan de ella.

Un problema que no enfrenté en esta tesis (y que aquí puedo sólo señalar) es si la ironía desaparece si se ponen comillas, o si la atribución se hace explícitamente. Esta previsión la hacen Clark y Gerrig (1984), quienes han elaborado una teoría de la ironía como pretensión.

En la TdR no hay muchas indicaciones al respecto, sin embargo he tenido unos intercambios de opinión al respecto con Deirdre Wilson durante sus clases en el London University College en el invierno del 2002⁵⁷, y las asesorías que la Dra. Wilson me dio para escribir el capítulo 5 de esta tesis. Wilson expresó la opinión que, al poner comillas o al señalar explícitamente la fuente de la interpretación, la ironía no desaparece, pero es desminuida.

Me parece que hay unos caso-límite, como aquellos en los que sólo la atribución explícita (por medio de comillas, o explicitando la fuente de la interpretación) permite el reconocimiento de la actitud irónica. La misma Dra. Wilson señaló el caso de una de las primeras reseñas a la primera edición de *Relevance* (Sperber y Wilson:1986), una reseña fuertemente crítica cuyo título era *Relevance "theory"*. En este caso, por ejemplo, sólo las comillas permiten individuar la intención del A. Además hay casos en los que es una incongruencia entre el enunciado y su fuente la que permite la reconstrucción de la actitud irónica, como

⁵⁷ A las que pude asistir gracias a una licencia que me fue otorgada conjuntamente por el CELE y por la FFYL de la UNAM, por la que estoy verdaderamente agradecida, y por una “beca” otorgada por mi mamá Cristina Piazza y mi tía Rosalba Piazzaazz

por ejemplo el caso 6 expuesto y discutido en el Anexo 1 de esta tesis y comentado en el apartado 4.4, siendo un caso de ironía humorística.

El humor verbal, cuya caracterización en términos cognoscitivos ha sido presentada en el capítulo 4, consiste en cuestionar implícitamente algún supuesto contextual que hasta el momento se había dado por sentado, por medio de la expresión implícita de disociación (Curcó, 1997:355). En el humor verbal, el H se disocia de algún supuesto contextual implicado por el enunciado más que de su contenido explícito. El humor verbal reside en un cierto tipo de procesamiento de una incongruencia particular, aunque por supuesto son muchos más los elementos que juegan un papel en su interpretación, como el contenido, la modalidad, los participantes, la pertinencia en una situación, factores cognoscitivos, sociales y culturales (Curcó, 1997:258).

En el análisis de un texto con elementos de humor verbal, entonces, es importante poner en evidencia qué tipo de mecanismos de significación en virtud de la semejanza interpretativa se explotan, desglosar el supuesto de primer plano (o supuesto-clave), y ver de qué forma cuestiona, dándole improvisamente relevancia, un supuesto de trasfondo (supuesto-blanco).

El supuesto de trasfondo puede representar todo un discurso, toda una actitud, un tipo de razonamiento: se trata de un tipo de discurso rico de implicaturas débiles, hay efectos poéticos y, en general, un uso muy expresivo, prominente del lenguaje. Por lo tanto, es importante desglosar estas implicaturas, ver cómo la formulación del discurso guía hacia la construcción de las implicaturas en virtud de su relación de semejanza interpretativa con el pensamiento que representa, y reconocer los elementos de parodia.

El humor, en esta perspectiva, es un pensamiento complejo (Curcó 1997:251), que contiene interpretación ecóica pero cuya formulación, *hic et nunc*, es la del H. Por ejemplo, en mi texto señalo fenómenos de polifonía: en general, al analizar el humor verbal hay que desglosar qué parte es eco y qué parte no lo es.

Un rasgo típico del humor verbal es que la actitud del H/A es generalmente “fría”, desganada: está criticando algo o alguien sin demostrar animosidad y sin comprometerse al cien por ciento con lo que está expresando. Esto acontece porque generalmente en el humor verbal se cuestiona implícitamente algún aspecto del mundo: parte de la responsabilidad para la derivación de las implicaturas recae sobre quien interpreta.

A este punto, tratemos entonces de conjugar el análisis de la ironía con el del humor verbal para llegar a una caracterización del tipo de ironía humorística presente en este texto, operacionalizando los rasgos de estos dos fenómenos a la luz de las intenciones del A: expresar su punto de vista a la L para convencerla, para compartir con ella una determinada visión (amarga, crítica, pero con ligereza, ya que su actitud irónica es humorística, y no furiosa) sobre la sociedad italiana, europea, occidental, de finales del siglo XX.

En este texto, la construcción de la actitud irónica (ecóica y de disociación) se obtiene a través de la analogía, en virtud de la semejanza interpretativa, entre la sociedad ficticia descrita y la sociedad italiana (más precisamente del norte de Italia) de finales del siglo XX. Se aborda un tema de sátira político-social contemporánea de forma indirecta, literaria, rica de implicaturas débiles y efectos poéticos. Esto acontece, por ejemplo, en *Gullivers' Travels* de Jonathan Swift, y añade un elemento implícito en el proceso de interpretación, ya que el texto es toda una metáfora de la sociedad italiana, o, dicho en términos de la TdR, una interpretación de ella.

Sin embargo, *Gullivers' Travels* no es, creo, un texto humorístico, o no lo es en su mayoría, y *Baol* lo es. En *Baol* hay fenómenos de cambio de prominencia entre un supuesto de primer plano y uno(s) de trasfondo: elementos de humor verbal. Estos supuestos de trasfondo expresan el discurso de un tipo de gente cínica, conservadora (los nuevos ricos y poderosos de la Italia de los años noventa, el discurso de sus televisiones, de sus periódicos, de sus *leaders*) del que el A se disocia. Son entonces el contenido del eco, en los que se metarrepresenta la actitud irónica del A, y, al mismo tiempo, el blanco del humor, ya

que se vuelven repentinamente relevantes por ser implícitamente cuestionados por el supuesto de primer plano (supuesto-clave).

En este texto, entonces, el reconocimiento de la actitud irónica está ligado a fenómenos de cambio de prominencia entre implicaturas típico del discurso humorístico. Me resultó muy fructífero cruzar los efectos de cambio de prominencia con el reconocimiento de la interpretación ecóica, y con el tipo de semejanza interpretativa involucrada para recuperar la intención irónico-humorística del A.

Una característica de la ironía cómica es la falta de emoción, el tono frío y neutral, *matter-of-fact*. Como observa Curcó (1997:355-356), las razones para disociarse de un enunciado, actual o potencial, son numerosas. Si estas razones están expresadas con mucha emoción contribuyen a la relevancia principal del enunciado: cuanto más es así, cuanto menos es probable que se pueda derivar una interpretación humorística. La interpretación humorística de la ironía, entonces, es inversamente proporcional a la cantidad y a la relevancia de las emociones expresadas.

BIBLIOGRAFÍA

- Barbe, Katharina (1995). Irony in context. Amsterdam, Benjamins.
- Benni, Stefano (1990). Baol. Una tranquilla notte di regime. Milano, Feltrinelli.
- Beristáin, Helena (2000). Diccionario de Retórica y poética. México, Porrúa.
- Blakemore, Diane (1992). Understanding utterances. Oxford, Blackwell.
- Boots, Wayne C. (1974) A rhetoric of Irony. Chicago, Chicago University Press.
- Carston, Robyn. (2002a) "Linguistic Meaning, Communicated Meaning and Cognitive Pragmatics". Mind and Language, Vol 17, nos 1 and 2 February/april 2002, pp.127-148. Oxford, Blackwell.
- Carston, Robyn (2002b). Linguistic Underdeterminacy and Pragmatic Enrichment. Material escrito presentado en el "Second Workshop on Logic and Language: 'Determining Content'. 8 mayo 2002, IIFIL, UNaM, CU.
- Carston, Robyn. (2002c) The Communication instinct.
- Carston, Robyn (2002d) Thoughts and Utterances. The pragmatics of explicit communication. Oxford, Blackwell.
- Carston, Robyn (1996). "Modularity and Modularization". En Green (et al.) eds. Cognitive Science: an introduction. Oxford, Blackwell, p.53-83.
- Carston, Robyn (1997). "Relevance Theoretic Pragmatics and Modularity". En UCL Working Papers in Linguistics, 9, 29-53.
- Clark, Herbert y Gerrig, Richard (1984). "On the pretense theory of irony". Journal of Experimental Psychology:General 113.1:121-126.
- Cosmides, Leda, Tooby, Jerry (1994) "Origins of domain specificity: the evolution of functional organization". En L. Hirschfelds, S. Gelman (eds.) Mapping the Mind: Domain Specificity in Cognition and Culture, 85-116. Cambridge, CUP.
- Curcó, Carmen (2000). "Irony: Negation, echo and metarrepresentation". En Lingua 110, 257-280.

- Curcó, Carmen (1998), "Indirect Echoes and Verbal Humour". En Rouchota, V. and Jucker, a. H., Current Issues in Relevance Theory. John Benjamins Publishing Co., Amsterdam-Philadelphia, 305-325.
- Curcó, Carmen (1997). The Pragmatics of Humorous Interpretation: a Relevance Theoretic approach. Tesis de PhD no publicada. London, University College London.
- Curcó, Carmen (1995). "Reflexiones sobre la pragmática de las interpretaciones humorística: un enfoque basado en la teoría de la relevancia". En Discurso, 19, 1-34.
- (1993) Enciclopedia di Filosofia. Milano, Garzanti.
- Fodor, Jerry (1983). The Modularity of Mind. Cambridge, Ma, MIT Press.
- Furlong, Anne. (1996) Relevance Theory and Literary Interpretations. Tesis de doctorado no publicada, London, London University College.
- Grice, H. Paul (1975). "Logic and Conversation."; "Further notes on "Logic and Conversation"" Reimpreso en Grice, H. P. (1989). Studies in the way of words. Harvard University Press, Cambridge Ma.
- Guijarro, José Luís (1998). "¿Hay alguna posibilidad de descolgar la literatura de su gancho celestial?" Estudios de Lingüística Cognitiva I, 77-101.
- Happé, Francesca. (1993). "Communicative competence and theory of mind in autism: a test of relevance theory." Cognition 48, 101-119.
- Happé, Francesca y Loth, Eva (2002). "Theory of Mind and Tracking speakers' intentions". Mind and Language, 17, 1-2, 24-36.
- Hutcheon, Linda (1994). Irony's edge. The theory and politics of Irony. London-New York, Routledge.
- Karmiloff-Smith, Anne (1992). Beyond Modularity. Boston, MIT Press.
- Lausberg, Heinrich. (1969). Elementi di retorica. (Primera edición en alemán: 1949). Bologna, Il Mulino. De este libro no se citan los números de página (que varían de edición en edición y de traducción en traducción), sino el número del párrafo, ya que los párrafos, numerados por el mismo autor, no varían en diferentes ediciones.
- Leslie, Alan. (1987). "Pretense and representation: The origins of 'theory of mind'. " Psychological Review 94, 412-426.
- Leslie, Alan, and Happé, Francesca (1989). "Autism and ostensive communication: The relevance of metarrepresentation." Development of Psychopatology, I, 205-212.
- Martin, Robert. (1992). "Irony and universe of belief". En Lingua, 87:77-90.

- Mortara Garavelli, Bice (1988). Manuale di retorica. Milano, Bompiani.
- Mizzau, Marina (1984). L'ironia. La contraddizione consentita. Milano, Feltrinelli.
- Muecke, Douglas Colin (1969). The compass of Irony. London, Methuen & Co.
- Muecke, Douglas Colin (1970). Irony. Bristol.
- Pilkington, Adrian (2000). Poetic effects. A relevance theory perspective. John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia.
- Sperber, Dan (2000). "Metarrepresentation in an Evolutionary Perspective". En Metarrepresentation: an Interdisciplinary Perspective. Oxford University Press, Oxford:117-137.
- Sperber, Dan (1997). "Intuitive and Reflective Beliefs". En Mind and Language, 12 (1), 67-83.
- Sperber, Dan (1994). "Understanding verbal understanding". En Khalifa, J. (ed.) What is intelligence? Cambridge, CUP.
- Sperber, Dan (1984). "Verbal Irony: pretense or echoic mention?" En Journal of Experimental Psychology: General 113.1. 130-136.
- Sperber, Dan and Wilson, Deirdre (2002). "Pragmatics, Modularity and Mind Reading.". En Mind and Language, 17, 3-23.
- Sperber, Dan and Wilson, Deirdre (1998). "Irony and Relevance. A reply to Seto, Hamamoto and Yamanashi". En Carston, R. Uchida, S. (eds.). Relevance Theory. Applications and Implications. John Benjamins, Amsterdam-Philadelphia. 283-293.
- Sperber, Dan and Wilson, Deirdre (1995. Primera edición, 1986). Relevance: Communication and cognition. Oxford, Blackwell.
- Sperber, Dan and Wilson, Deirdre (1990). "Rhetoric and Relevance". En Bender, J. & Wellberg, D. (eds.). The ends of rhetoric: history, theory, practice. Stanford University Press, Stanford, Ca.140-156.
- Sperber, Dan and Wilson, Deirdre (1988). "Representations and relevance". En Kempson, R. (ed.). Mental Representations: the interface between language and reality. CUP, Cambridge. 133-153
- Sperber, Dan and Wilson, Deirdre (1986). "Loose Talk". En Proceedings of the aristotelian Society., 86:153-171.
- Sperber, Dan and Wilson, Deirdre (1981). "Irony and the Use-Mention distinction". En Cole, P. Radical Pragmatic New York, Academic Press.
- Sroda, Anne y Bezuidenhout, Mary Sue (1998). "Children's Use of contextual cues to resolve referential ambiguity: an application of Relevance Theory". En Pragmatics and Cognition, 6, 1-2, 265-299.

- Stanley, Jason (2000). "Context and logical form". En Linguistic and Philosophy, 23, 391-434.
- Stanley, Jason, Szabo, Zoltan G. (2000). "On quantifier domain restriction". En Mind and Language, 15, 219-61.
- Wilson, Deirdre (2000). "Metarepresentation in Linguistic Communication". En D. Sperber (ed.) Metarrepresentation: an Interdisciplinary Perspective. Oxford University Press, Oxford:411-448.
- Wilson, Deirdre and Sperber, Dan (2002). "Relevance Theory". To appear in G. Ward and L. Horn (eds.). Handbook of Pragmatics. Oxford, Blackwell
- Wilson, Deirdre and Sperber, Dan (1992). On verbal irony. En "Lingua" 87 1/2. 53-76.
- Wilson, Deirdre and Sperber, Dan (1986). "Pragmatics and modularity". En Anne M. Farley, Peter T. Farley, Karl-Erik McCullough (eds.) The Chicago Linguistic Society Parasession on Pragmatics and Grammatical Theory. Chicago, Chicago Linguistic Society.

